

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

Departamento de Lengua Y literatura Inglesa y Norteamericana



TESIS DOCTORAL

**Solidaridad universal y sociedad futura : los intelectuales y
la prospectiva en el mundo contemporáneo**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Rosendo Gallego Menarguez

Madrid, 2015

Rosendo Gallego Menárguez

TP
1981
027



* 5 3 0 9 8 5 4 7 1 X *
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

x-53-055127-5

**SOLIDARIDAD UNIVERSAL Y SOCIEDAD FUTURA: LOS INTELECTUALES
Y LA PROSPECTIVA EN EL MUNDO CONTEMPORANEO**

Departamento de Lengua y Literatura Inglesa y Norteamericana
Sección de Filología Moderna
Facultad de Filología
Universidad Complutense de Madrid
1980



BIBLIOTECA

© Rosendo Gallego Menárguez
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1981
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-25-1981

T E S I S D O C T O R A L

D E

Rosendo Gallego Menárguez

SOLIDARIDAD UNIVERSAL Y SOCIEDAD FUTURA:

LOS INTELLECTUALES Y LA PROSPECTIVA EN EL

MUNDO CONTEMPORANEO

Abril, 1979

i n d i c e g e n e r a l

-I-

	<u>Página</u>
I n t r o d u c c i ó n	1
 <u>Capítulo I:</u> REFLEXIONES SOBRE LOS GRAN-	
DES PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS	
 <u>El desequilibrio demográfico</u> 16	
Métodos de observación demográfica.	20
Evolución de la población mundial..	25
Política demográfica.....	28
De la sociedad tradicional a la situación actual.....	35
 <u>El hambre en el mundo</u>	
Perspectiva histórica.....	50
De la teoría energética a la fotosíntesis.....	54
Obstáculos y secuelas.....	67
Panorama actual: la Campaña contra el hambre.....	75
 <u>La sociedad y la cultura</u> 86	
Los prejuicios sociales.....	88
Uso y abuso de los medios de comunicación.....	95
Sentido único de la información....	107
Identidad, diversidad y destino de la cultura.....	111
Papel de los intelectuales.....	114
 <u>En torno al desarrollo</u> 117	
Desarrollo y subdesarrollo.....	120
 <u>El hombre y su entorno</u> 125	
Economía y ecología.....	128

Capítulo II: CONTRADICCIONES Y FRICCIONES

La ciencia, patrimonio

universal..... 132 ,

Ciencia y desarrollo..... 137 .

Internacionalización de la ciencia..... 150

Cara y cruz de la ciencia..... 155

Los derechos humanos

Sobre la libertad individual..... 159

La dignidad humana y la tortura..... 168

Las minorías oprimidas..... 170

El Tercer Mundo en la encrucijada

Antecedentes..... 173

El despertar del Tercer Mundo..... 178

Situación actual..... 185

**Oriente y Occidente: tensiones
y posibilidades**

Esterilidad del eurocentrismo..... 192

Religiones, culturas..... 198

Un ejemplo: el de la India..... 201

-III-

Capítulo III: LOS ADELANTADOS DEL FUTURO

<u>Agresividad, regresividad.....</u>	209
 Paz negativa y paz positiva.....	223
 <u>Los caminos de la paz</u>	
 Jacques Mühlethaler: empezar por los niños..	228
Alfred Kastler: guerrero de la paz.....	245
Lanza del Vasto: victoria sobre la utopía...	252
Sobre la no violencia.....	260
Abate Pierre: en busca de los desherados....	264
Max Habicht: una alternativa a las Naciones Unidas.....	269
Michel Cépède: agricultura para la paz.....	275

Capítulo IV: HORIZONTE, AÑO 2000

El mundialismo

Actualidad y necesidad.....	280
Implicaciones económicas y políticas.....	287
Hacia la unidad mundial.....	291
Los movimientos mundialistas.....	299
Ciudadanía mundial y conciencia universal..	306
C o n c l u s i o n e s	309
Cuadros estadísticos	318
Reseñas biográficas	326
Índice alfabético	332
B i b l i o g r a f í a	350

Introducción

"La magna obra de la civilización,
la gigantesca labor del progreso,
se ha reducido a sustituir medios
por medios; no conquistó el ideal
de estrecha solidaridad. La huma-
nidad no se abraza; la humanidad
lucha."

Victoriano García Martí.

¿Cuál es la actitud del hombre de nuestros
días ante los graves problemas que aquejan a la humani-
dad?

¿Hacia dónde se encamina el género humano en
este último cuarto de siglo?

¿Son los sucesos de Hiroshima un toque de
atención eficaz para evitar la aniquilación de nuestra
especie o constituyen el principio del fin?

La humanidad es la única especie de seres
vivos que ha logrado formar una capa coherente sobre
la Tierra. Por eso no se ha disgregado. Se ha mantenido
como hoja única e indivisa en el árbol de la vida.

Esa tendencia a un creciente entrelazamiento y densificación del tejido de la humanidad se advierte más fácilmente en el periodo histórico. El hombre de la edad de la piedra vivía aún "por su cuenta". Había hombres, pero no humanidad. En cambio, la vida de hoy exige hierro, cobre, algodón, electricidad, cine y noticias. Podríamos decir que todas las personas necesitan para vivir la Tierra entera. Aisladas, apenas pueden pensar ni dar un paso adelante. Por lo tanto, el individuo no tiene porvenir más que en unión con los demás. También la humanidad, como un todo, estaba dividida en pueblos y razas. Pero en los últimos decenios la malla humana se ha espesado de manera asombrosa. El ferrocarril, el automóvil, la aviación, la radio, la televisión y los satélites artificiales han acercado a pueblos e individuos. Cada uno de éstos puede actuar sobre todos sus semejantes; puede estar, activa o pasivamente, en todos los continentes y en todos los mares. De ello se sigue una tremenda concentración de la conciencia colectiva. La planetización de la humanidad avanza a ritmo vertiginoso. La humanidad piensa cada vez más como un todo.

Uno de los grandes males de nuestra época es, empero, que los hábitos del pensamiento no cambian con la misma rapidez que la técnica. El resultado es que, a medida que crecen los conocimientos prácticos, disminuye la sabiduría.

Desde los albores de nuestra historia, la

habilidad humana, fruto de la inteligencia, ha ido modificando sin cesar el medio que nos rodea. En cambio, los instintos y emociones se han mantenido, en líneas generales, en su forma original. Tal como fueron conformados para adaptarse a un mundo más salvaje y primitivo que el que hoy conocemos.

Se dice que el hombre es un ser eminentemente social. Mas no lo es tanto como las hormigas o las abejas, que no parecen sentir el impulso de conducirse de manera antisocial. En nuestra época, la orientación social se ha hecho sumamente difícil. Necesitamos, incluso, prejuicios sociales para sobrevivir. Pero, al mismo tiempo, esos prejuicios nos impiden hallar soluciones a los conflictos que nos separan: obnubilados por ellos, somos incapaces de descubrir sus causas.

A todas luces, las instituciones sociales más arraigadas -escuela, iglesia, tribunales, parlamento- son impotentes para dominar el empuje de la tecnología. Cuando chocan las ideas y concepciones de épocas diferentes, se generan conflictos. No hay que extrañarse de que el presente plantee a muchos una situación inquietante que, en el fondo, no comprenden.

Una parte considerable de la juventud -y no sólo de ella- se rebela contra ese estado de cosas. Una mayoría se siente desconcertada ante las revueltas y se escandaliza por sus formas externas; pero no se toma en

serio sus causas. Nos rebelamos contra todo lo que perturba nuestras ideas preconcebidas acerca del orden y la seguridad. Y es la nuestra una actitud pasiva: no nos planteamos la revuelta. Si la juventud reclama una mayor calidad de vida, nos limitamos a sonreir, excépticos, tildando su actitud de utópica. Nos remitimos a lo que tenemos por posible y provechoso. Pocas veces pensamos en lo que sería realmente posible.

Para expresar la conducta humana mediante la fórmula más simple, bastarían dos palabras: conflicto y adaptación. Actuamos como si nuestra conducta social estuviese determinada esencialmente por la adaptación. Pasamos toda nuestra vida espiritual y física en conflicto permanente con el medio físico y psíquico. Nos adaptamos.

Todas las culturas han surgido de esa pugna. Es sorprendente que el conocimiento que tenemos de culturas extrañas y antiquísimas, logrado con gran esfuerzo y tenacidad, sea mayor y más exacto que la comprensión de la cultura en que vivimos. Nuestra cultura es el medio del "cómo". Nuestra educación está orientada hacia una adaptación ilimitada. Nuestras instituciones son mecanismos que tienden al mismo fin. El entrenamiento a que sometemos el pensamiento racional nos depara una tecnología que exagera el cómo de los procedimientos técnicos y deja que la racionalidad de la conducta humana se atrofie considerablemente.

Contamos con numerosos especialistas en todos los aspectos del medio ambiente, pero no investigan las relaciones en su conjunto. Hay institutos que estudian la sociedad, pero, de cada cien, ochenta se dedican a investigar el pasado, quince indagan sobre aspectos parciales del presente, y media docena están consagrados a los problemas del futuro. Ninguno se ocupa del presente como un todo: se nos presenta tan complejo, que faltan ideas y organizaciones capaces de desvelarlo. Parece que se investiga el presente a la fuerza, cuando molesta alguno de sus aspectos parciales.

¿Qué sucede en el plano político? Se practica, a lo más, una democracia formal. Se votan leyes que llevan largo tiempo vigentes cuando ya han sido superadas por el desarrollo. Se eligen parlamentarios que representan indirectamente intereses que no son los de los electores. No se pronuncian éstos, por ejemplo, sobre los principios fundamentales de la vida humana ni sobre las cuestiones que plantea la juventud.

¿Se ha empezado a investigar la calidad de nuestras instituciones sociales? Si no sirven como debieran, será necesario hallar una explicación, y ésta exigirá un detenido análisis. Estamos dispuestos a señalar las faltas del "sistema", a diagnosticar, antes que a analizar.

No fallan las instituciones en sí ni la técnica. Falla la manera de "utilizar" al hombre. Parece

que nos hemos acostumbrado a plegarnos a la lógica de la técnica en vez de actuar con una lógica humana. Vemos que, junto a un bienestar material creciente, vivimos entre una creciente miseria. Empezamos a advertir cómo se realiza el progreso, pero no nos planteamos por qué lo impulsamos. Hemos elaborado una tecnología de la adaptación que nos permite pasar por alto las cuestiones más decisivas. Hemos aprendido a no hacer preguntas que deberíamos hacer, y en el proceso hemos perdido muchos de nuestros instintos innatos. Nos hacemos, quizá, la ilusión de que el tiempo solucionará los conflictos por simple autorregulación. Tendríamos que abandonar las vías muertas de la adecuación sin objetivos, plantear la discusión de otros nuevos e investigar, sobre todo, las raíces de la conducta desviada de los hombres.

Vivimos una época de graves problemas y contradicciones. La lucha por el dominio de la naturaleza (tenido tanto tiempo por meta fundamental del hombre en cuanto habitante del planeta) se nos muestra hoy con nuevas dimensiones. Se observa que ese anhelado dominio va convirtiéndose en destrucción. Que la industrialización, el maquinismo, el consumo desenfrenado, son otros tantos azotes de la humanidad. Que la producción a ultranza, el gigantismo industrial y posindustrial, el endeudamiento de los más, socavan los cimientos de la vida misma. Que ésta se vacía de sentido al quedar el hombre presa de la rutina y de quienes detentan el poder decisorio y económico. Que vastas regiones del mundo pagan tributo de hambre, sudor y sangre a empresas

tentaculares e insaciables. Que banderas de uno u otro color ondean libremente ocultando intereses inconfesables.

¿Qué perspectivas tiene hoy la sociedad humana si no cambia completamente de rumbo? En el fondo, todo el mundo sabe que las cosas no pueden seguir así y que hacen falta cambios radicales. El agotamiento a medio plazo de los recursos naturales, la incapacidad de resolver el problema del hambre y de establecer la paz en el mundo, el aumento desenfrenado de la población y su gran desequilibrio entre unos países y otros, son algunos de los principales problemas que no admiten demora. Y, como telón de fondo, la amenaza de un holocausto indescriptible.

¿Qué nuevas fronteras cabe esperar mientras al interés se le siga llamando ayuda, no ceda el mito del crecimiento cuantitativo y no aceptemos de una vez por todas que estamos vinculados por la vida a una sola y única Tierra?

Una Tierra en la que pensamos ya en términos planetarios. En la que somos capaces de previsión, de planificación, de cooperación organizada.

Si echamos una ojeada a la historia, vemos cómo a las civilizaciones primitivas sucedió una de carácter

complejo, bien organizada en los planos social, económico y político. La cultura, el arte, la literatura, la música y la filosofía de todos los tiempos están hoy a disposición de todos los hombres.

Pero ¿qué hacen los países del mundo? Constituidos en estados-nación separados por fronteras "inviolables", aferrados a una soberanía absoluta, no están dispuestos a compartir con los demás cosa alguna, excepto en favor de beneficios comerciales, que han merecido toda una legislación internacional.

Cierto que se vienen concediendo ayudas de diversas clases -así se dice-, que están determinadas, en gran medida, por los intereses del donante. Pero una ayuda o es desinteresada o es otra cosa. ¿Puede afirmarse honradamente que la llamada ayuda a los países subdesarrollados está exenta de interés? Las excepciones no hacen sino confirmar la regla.

Esa actitud no sólo fomenta la sensación de aislamiento. Conduce a la explotación de los grupos más débiles por los más fuertes, con su secuela de miseria de toda índole. Y he aquí que la humanidad es una y los frutos de la Tierra pertenecen a todos.

Tendrá que desaparecer gradualmente el egoísmo nacional; la voluntad de preservar a toda costa los estatutos nacionales, que a menudo se interpretan como barreras fronterizas en favor de la expansión comercial.

Las naciones pueden y deben demostrar las posibilidades de existencia de un mundo y una humanidad que son únicos; llegar al convencimiento de que su cultura, sus recursos y su capacidad de servir han de ser contribuciones al bien común.

La pretensión de soberanía ilimitada es la pretensión de que todos los asuntos externos sean regulados puramente por la fuerza. De que cuando dos naciones o grupos de naciones están interesados en un problema, la decisión sólo ha de depender de cuál de los dos es -o cree ser- el más fuerte.

No creemos que pueda haber paz segura en el mundo sin que los estados renuncien a una parte de su soberanía en las relaciones exteriores. Sin que cedan el arbitrio de tales asuntos a algún instrumento transnacional de gobierno. No basta con un tribunal en La Haya que decida de acuerdo con leyes internacionales ya existentes. En tanto los hombres puedan dar gusto a sus instintos rapaces, algunos se aprovecharán de esa libertad para oprimir y expoliar.

Aparte el comercio, los intereses de las naciones coinciden esencialmente en todo lo que llamamos civilización. Los inventos y descubrimientos benefician a todos. El progreso de la ciencia afecta a todo el mundo civilizado. El arte, la literatura y el estudio tienen ámbito internacional; lo que se hace en un país no se

hace para ese país, sino para toda la humanidad. Si nos preguntamos cuáles son las cosas que elevan al género humano sobre los irracionales y nos hacen considerarlo más valioso que cualquier otra especie animal, vemos que ninguna de ellas es algo que una nación pueda tener en propiedad exclusiva. Son cosas que todo el mundo comparte o puede compartir. Y todo aquél que sienta alguna preocupación por esas cosas y desee ver el fruto del trabajo en la Tierra (que sólo el ser humano puede realizar), dará poca importancia a las fronteras nacionales. A que un hombre preste obediencia a uno u otro estado.

Mientras el odio, el prejuicio y el miedo presidan los sentimientos de los hombres para con sus semejantes, no podremos liberarnos de la tiranía de la violencia y de la fuerza bruta. Habrá que tomar conciencia de los intereses comunes a toda la humanidad e ignorar los supuestos intereses que dividen a las naciones.

Las Naciones Unidas se enfrentan a un doble problema: el de una justa distribución de los recursos, que permita atender las necesidades vitales, y el de la implantación de una verdadera igualdad de oportunidades y de educación para todos. Las naciones que poseen medios abundantes han de ser guardianes de esas riquezas; tenerlas en custodia para quienes las necesiten. Llegará el momento en que, en interés de la paz y de la seguridad, los que ostentan el poder económico habrán de reconocerlo y obrar en consecuencia.

Hubo un tiempo en que la justa distribución habría sido imposible. Hoy existen estadísticas y se hacen encuestas en todos los sectores. Sus resultados son publicados y están a disposición de los ciudadanos. Los gobernantes saben con exactitud con qué recursos se cuenta y el uso justo y equitativo que podría -y debería- hacerse de ellos en el plano mundial. Pero es bien sabido que esos recursos son generalmente retenidos por las naciones poderosas en calidad de armas de negociación y mercadería.

No cabe ignorar que en nuestro tiempo el género humano ha de optar por una decisión extrema: resignarse a cometer un suicidio en masa o aprender a convivir como una gran familia, diversa pero fraterna. Esta última alternativa, que es el único medio de evitar la autoaniquilación, exige que desaparezcan las actuales barreras -con frecuencia artificiales- que separan a los hombres.

.....

La gravedad y multiplicidad de los problemas esbozados; el evidente desfase entre las conquistas de la ciencia y la tecnología y el estancamiento moral y espiritual que se observa en todas las capas de la sociedad; la contradicción entre los cuantiosos medios disponibles y la situación infrahumana en que vive gran parte de la población mundial; el inmenso riesgo que conlleva la carrera de armamentos en que están empeñadas las grandes potencias, son las principales razones que me han movido a redactar este trabajo.

Sería ilusorio creer que se puede dar una fórmula mágica o sencilla capaz de resolver todos estos problemas. El tema es demasiado grave y complejo. Comporta muy diversos aspectos que no sólo atañen a las relaciones humanas en general y al destino de nuestra especie en particular, sino también a los planos más recónditos de la naturaleza y el corazón humanos.

Creo, sin embargo, que es urgente e inaplazable tomar conciencia de la situación. Vivimos una época de revoluciones: industrial y posindustrial, del transporte, de las comunicaciones, del ocio... Ha sonado la hora de emprender una revolución mucho más ambiciosa. La revolución de la esperanza, que, apoyándose en nuestra fe en el hombre, le procure una existencia más digna y más plena.

Por fortuna, ilustres personalidades trabajan

con entusiasmo en todo el mundo y alzan su voz autorizada para demostrar que existe buena voluntad y que puede hallarse solución a tan graves problemas. Humanistas, hombres de ciencia e investigadores afanosos pugnan por señalarmos el camino. Las vías son múltiples, como lo es el talante humano, pero todas convergen en un punto clave: el que indica la meta a alcanzar.

Al disponernos a iniciar nuestro trabajo (cuyo tema latía largo tiempo en nuestra mente), pensamos que sería útil, si no necesario, acercarnos a algunos de esos pensadores. Hemos entablado con ellos un diálogo que nos parece fructífero para nuestro empeño. Al contrastar personalmente sus ideas y opiniones, hemos enriquecido las nuestras. Sus puntos de vista han venido a corroborar el que sustentamos. Más allá del propósito de componer una tesis doctoral, las entrevistas que estas personalidades me concedieron han tenido la virtud de afirmar mis convicciones, robustecer mi fe y, en definitiva, ayudarme en la tarea de aportar un ínfimo grano de arena a la empresa ingente que nuestro tiempo exige.

Apoyándonos en el pasado en lo que hemos creído necesario, pero partiendo, sobre todo, del presente, hemos procedido a un análisis de la situación actual y a una prospección del futuro. Nuestra labor se inscribe, pues, principalmente, en el ámbito de la historia contemporánea. No podría ser de otra manera,

pues siendo nuestro propósito presentar hechos tan actuales como los apuntados y señalar posibles soluciones a corto o medio plazo, nos parecía necesario romper, por lo demás, con el pasado. Máxime cuando el hombre contemporáneo tiende aún, en buena medida, a pensar y juzgar según pautas superadas. La situación es grave; la gravedad de los problemas, acuciante. Es preciso actuar sin demora, cara al porvenir de la raza humana.

Con todo lo dicho, nos parece advertir en el horizonte del año 2000 (al que sólo debe darse un sentido simbólico) una sociedad humana enfrentada todavía a sus múltiples contradicciones, traumatizada por tantos años de incongruencia; pero, al mismo tiempo, en trance de superación; en lucha decidida con la miseria y la iniquidad. Encaminada, en suma, hacia un mundo solidario, y dispuesta a acabar por fin con la injusticia.

Nos parece que el mundo contemporáneo tiende a alcanzar una unidad jamás realizada, cuyas etapas se advierten en la historia de la humanidad (aislamiento tribal, desarrollo de las comunicaciones, consolidación de divisiones en estados-nación, multiplicación de intercambios diversos, formación de sistemas mundiales, movimiento federal). Las actuales decisiones deben tomarse en función de posibilidades presentes o futuras que, en términos generales, sólo pueden conocerse y evaluarse mediante el pensamiento científico aplicado al mundo y al tiempo.

A la luz de los hechos acaecidos en nuestro siglo, nos parece que la única vía posible para la consumación de esa unidad mundial es la opción regionalista y federalista. En definitiva, mundialista. Esta solución requiere la creación de instituciones de ámbito planetario capaces de hacer respetar las medidas de alcance mundial que favorezcan a los ciudadanos, sin distinción de nacionalidad, raza o condición social.

Es, pues, necesario, superar el concepto de nación. Por desgracia, son muchos los hombres condicionados por el estado-nación y sus presupuestos. Pero las minorías de hoy bien pueden ser la mayoría de mañana. El fenómeno no es nada excepcional en la historia humana.

Capítulo I

REFLEXIONES SOBRE LOS GRANDES PROBLEMAS CONTEMPORANEOS

El desequilibrio demográfico

El planteamiento del crecimiento demográfico no es fenómeno nuevo. Muchos pensadores y especialistas han escrito sobre la materia, no siempre con responsabilidad. Hoy existe una documentación ingente por la suma de datos estadísticos y de las predicciones que se deducen de ellos. Unas veces, se busca la solución en el control de la natalidad, y otras se rechaza esta solución. La cuestión se ha planteado en los planos religioso, social, político y ético. Pero lo cierto es que el problema subsiste y que cada vez es más grave.

No basta el intento de regular la tasa de crecimiento controlando la natalidad ni orientando los esfuerzos hacia el aumento de la producción. En todas las sociedades, a medida que avanza el control sobre el entorno se acelera el ritmo de crecimiento demográfico, disminuye la mortalidad infantil y se prolonga el promedio de duración de la vida humana. Y cuando una sociedad alcanza cierto nivel, la tasa de crecimiento vegetativo se estabiliza e incluso, en algunos casos, decrece.

El ritmo de crecimiento de la población ha aumentado en el mundo por el desarrollo técnico, pero

prácticamente no se han tenido en cuenta las consecuencias, que hoy día constituyen todavía un problema de vital importancia en todos los órdenes.

Existe un gran desequilibrio demográfico en las diferentes regiones del globo¹. Vemos que mientras en las de mayor productividad se estabilizan sus poblaciones, en no pocas áreas económicamente deprimidas hay grandes dificultades para frenar el crecimiento vegetativo. La falta de escuelas, la pobreza de las comunicaciones y la escasez de recursos primarios son algunos de los principales factores que determinan esta situación.

Se han hecho algunos esfuerzos para corregir tal desequilibrio. Pero han sido poco eficaces debido al deseo de aislarse del problema "ajeno" o, simplemente, por el egoísmo de negarse a compartir con el prójimo nuestro bienestar.

La fijación de fronteras, el concepto de nacionalidad y el desarrollo de poderes particulares estatales representan un obstáculo poderoso para el movimiento natural de los pueblos. No han faltado proyectos para impulsar migraciones masivas desde zonas desérticas

¹ Cf. los cuadros 1 y 2.

a zonas fértiles, o desde regiones superpobladas a otras escasamente habitadas. En la práctica, surgen importantes impedimentos cuya superación requiere una gran dosis de buena voluntad.

El dicho popular "la mesa del pobre es escasa, pero el lecho de la miseria es fecundo" ha perdido hoy toda su vigencia. Si los pobres tienen muchos hijos, no es necesaria ni principalmente por su deficiente educación o por su imprevisión de las consecuencias, como parece implicarse en el dicho. Los progresos de la ciencia, la divulgación de los principios sanitarios y dietéticos y de los medicamentos antiinfecciosos son, en gran parte, los causantes del aumento de la población mundial. La mortalidad infantil ha disminuido y el promedio de vida se ha prolongado.

La verdad es que, actualmente, la población occidental parece encaminada hacia una nivelación de la tasa de crecimiento vegetativo, paralela al crecimiento económico. Esto ha sido, en gran medida, resultado de un aumento del nivel de vida, que a su vez ha sido posible por la libertad de expansión geográfica y económica operada, a menudo, a costa de los países menos desarrollados.

Se han esgrimido numerosos argumentos en pro y en contra del control del crecimiento de la población. Los que son a favor, oscilan entre las posturas drás-

ticas que pretenden justificarse con la escasez de recursos, y los que tienen un alcance más amplio y aceptan la influencia de otros factores. Los que se pronuncian en contra alegan, en su mayoría, razones éticas, políticas y aun de mera economía local. Se aferran a la idea de que todo puede resolverse por medio de la ciencia y la técnicas modernas. Al parecer, olvidan que la falta de control y buen gobierno de las ciencias y las técnicas ha sido en gran parte responsable del desorbitado crecimiento demográfico mundial y del desgaste de los recursos y materias primas.

En todo caso, será preciso controlar, en el plano internacional, los grandes recursos alimenticios, así como las materias primas y las fuentes de energía; promover la educación a todos los niveles. Plantear, en suma, el problema demográfico -como todos los que hoy aquejan a la humanidad en forma inquietante- con visión universalizada y generosa.

Métodos de observación demográfica

Tradicionalmente, la observación de los fenómenos de la población se basa en el censo, que permite conocer los datos relativos a la estructura de la población, y en los registros civil y demográfico, que facilitan los datos sobre el movimiento de aquélla. Estos instrumentos clásicos se originaron al margen de la ciencia demográfica y siguen siendo en gran parte independientes, lo que no deja de plantear diversos problemas.

En el siglo XIX se crearon servicios oficiales de estadística con objeto de efectuar censos periódicamente e implantar el registro civil. De esta forma, la demografía iba a disponer de medios de observación permanentes e importantes. Pero, durante largo tiempo, la observación se mantuvo fuera del ámbito de los demógrafos y se orientó principalmente hacia las necesidades de orden administrativo; no hacia metas estrictamente científicas.

En el transcurso de los diez o veinte últimos años (según los países), la administración pública ha introducido un fichero permanente en el que se registran, desde el nacimiento a la muerte de los individuos, los principales fenómenos de interés social. Este fichero tiene la ventaja de agrupar en una sola fuente todos los datos del registro civil y los del censo.

Constituye, al mismo tiempo, una documentación continua y precisa.

Esta evolución de la observación demográfica -que varía sensiblemente de uno a otro país- ha dado lugar a una situación que dista mucho de ser homogénea. Principalmente si se comparan los países desarrollados con los llamados subdesarrollados¹.

El censo consiste en la obtención de los datos demográficos, económicos y sociales de los habitantes de un determinado territorio en un momento dado.

Los datos demográficos son estáticos. Generalmente, se refieren al total de la población, a su distribución por edades, sexo y estado civil. Responden a ciertas categorías geográficas, sociales y económicas (provincias, municipios, educación, profesión, actividad). De igual modo, se obtienen datos acerca de la composición de las familias, el número de hijos, sus fechas de nacimiento y defunción, los matrimonios anteriores, etc.

El registro continuo de los diferentes fenómenos corre a cargo de la administración pública. Las declaraciones de nacimiento, defunción, matrimonio y separación aparecen en los registros civiles de todos los países en los que es obligatorio formularlas.

¹ Sólo desde el pasado decenio viene utilizándose el citado fichero en algunos países como Suecia y Noruega.

En cambio, el registro de las migraciones se halla mucho menos controlado y formalizado. El de las migraciones exteriores (entradas y salidas de un determinado país) está a cargo de un servicio especial, que varía según los distintos países. Las migraciones internas (cambios de residencia) aparecen consignadas en los registros de población, que sólo existen en ciertas naciones.

Las encuestas por sondeo han adquirido una importancia creciente, incluso en aquellos países con un sistema de observación clásica satisfactorio. Su principal utilidad consiste en que permiten realizar estudios más completos, que serían imposibles ateniéndose exclusivamente a los datos de la observación indicada. Estas encuestas, aunque propiamente no pueden sustituir al censo, pueden combinarse con él. En tal caso, el censo se limitará a recoger el número exacto de habitantes de un territorio dado y su distribución de acuerdo con determinadas categorías. No habrá que prestar atención a otros problemas de observación (edad, sexo, estado civil, residencia, etc.) Seguidamente, se procederá a efectuar una serie de encuestas sobre temas específicos.

La encuesta por sondeo no se dirige a todos los habitantes de un territorio, sino únicamente a cierto número de ellos. Permite reunir datos más por-menorizados si el estudio se limita a un solo tema, y

de mejor calidad si los encuestados están debidamente preparados.

En los países subdesarrollados, la observación clásica tropieza con numerosas dificultades. En principio, requiere una organización administrativa adecuada, tanto por lo que respecta al censo como al registro continuo de los hechos demográficos.

El bajo nivel cultural de las poblaciones representa un segundo inconveniente, prácticamente insuperable a corto plazo. En un sentido, limita las posibilidades de contar con personas competentes que se encarguen de reunir las informaciones. Por otra parte, las poblaciones poco alfabetizadas exigen personas más o menos especializadas que les ayuden a interpretar los datos solicitados y a contestar las preguntas con mayor exactitud.

Además, estas poblaciones no valoran debidamente la utilidad de tales investigaciones. Si en Europa, por ejemplo, es indispensable poseer los certificados que expide el registro civil para acceder a ciertos servicios sociales, no sucede igual en los países subdesarrollados.

A ello se suman los problemas socioeconómicos: es-

casez de vías de comunicación, dispersión de las poblaciones, etc. El registro civil no puede avanzar o está en embrión.

Los datos relativos a la población se obtienen, pues, mediante diversos métodos: el censo, el registro civil y la encuesta. Pero el demógrafo no puede contentarse con las cifras que proporcionan estos medios si se propone, por ejemplo, determinar las tendencias de la natalidad o de la población en edad escolar: en esas tendencias están confundidos el pasado y el presente de la población. De ahí que, para delimitar tales influencias, se vea obligado a recurrir al análisis demográfico. En otras palabras, a averiguar los diversos factores que influyen en el número anual de nacimientos, defunciones, matrimonios y el movimiento migratorio. Los métodos de análisis demográfico están hoy día muy avanzados en algunos países, pero otros muchos carecen de recursos y medios técnicos para abordarlos.

Evolución de la población mundial

A escala mundial, el problema del exceso de crecimiento demográfico se plantea casi exclusivamente en los países del Tercer Mundo, que representan más de los dos tercios de la población del planeta. Existen numerosos estudios que destacan los peligros de lo que se ha dado en llamar la "explosión demográfica". No faltan ejemplos que, rayando en la ciencia ficción, subrayan la aceleración actual de dicho crecimiento y lo que cabe esperar si se mantiene. En los países desarrollados el problema presenta características diferentes. El crecimiento anual de la población es más reducido (alrededor del 1 por ciento), y algunos países padecen el problema del envejecimiento de su población¹.

Según ciertas estimaciones -quizá no muy alejadas de la realidad- parece que el proceso evolutivo de la población demográfica de la humanidad fue sumamente lento durante varios milenios, para registrar, hacia la mitad de nuestra era, una sensible aceleración. Esta se fue incrementando, sobre todo desde mediados del siglo actual.

Al parecer, los primeros mil millones de habitantes se alcanzaron al cabo de miles de años (en 1810); los dos mil millones, 105 años más tarde (en 1915). La

¹ Las autoridades francesas han manifestado su preocupación en los últimos años ante el fenómeno de envejecimiento de la población gala.

población mundial llegó a los tres mil millones en 1960, es decir sólo 35 años después. Para el año 2000, se calcula que alcanzará, como mínimo, los seis mil millones de almas.

En realidad, el tiempo que requiere una población para aumentar su número en mil millones depende, ante todo, de sus efectivos iniciales, y disminuye necesariamente a medida que éstos aumentan. La variación del crecimiento se expresa con mayor exactitud por su crecimiento anual medio, o bien según el tiempo requerido para que sus efectivos iniciales se dupliquen.

La evolución del crecimiento demográfico no es homogénea en toda la superficie de la Tierra. Difiere notablemente según la dicotomía esquemática de las poblaciones, en función de su desarrollo actual, desde el punto de vista económico y social.

En nuestros días, el crecimiento demasiado rápido de la población constituye uno de los problemas más graves a que se enfrenta la humanidad. Destacadas personalidades hacen todo lo posible por ponerla sobre aviso contra los peligros de la "explosión demográfica", tanto en el plano nacional como en el mundial. Si el crecimiento actual se mantuviese, la población mundial se duplicaría en menos de 40 años. En tal caso, muchos países del Tercer Mundo la duplicarían antes de 30 años, y tal vez antes de 25.

Ninguna sociedad evolucionada podría salvar su actual nivel de desarrollo si tuviese que afrontar el crecimiento demográfico de la mayoría de los países subdesarrollados. Ello significa que, a estos últimos, les sería muy difícil no ya mejorar, sino mantener su desarrollo si todo esfuerzo en ese sentido quedase anulado por el crecimiento de la población.

Partiendo, por lo general, de modelos de simulación, diversos estudios se han propuesto demostrar las nefastas consecuencias del crecimiento excesivo de la población. Al mismo tiempo, han tratado de prever las ventajas que representaría una reducción de tal crecimiento mediante una restricción efectiva de la fecundidad. Las mismas inversiones económicas y sociales tienen repercusiones muy diferentes en el desarrollo, según que la fecundidad sea o no controlada. En el primer caso, dichas inversiones son fuente de verdadero desarrollo, mientras que en el segundo sólo pueden mantener la situación existente.

Por lo tanto, es necesario y urgente que la mayoría de los países del Tercer Mundo mejoren su situación actual. Los elementos favorables al desarrollo que poseen no parece que puedan contrarrestar con eficacia los efectos negativos generados por el crecimiento demográfico.

Política demográfica

La idea de actuar sobre el movimiento demográfico para adaptarlo a unos imperativos políticos, sociales y económicos, aparece ya en numerosos autores a lo largo de la historia. Pero el establecimiento de políticas demográficas nacionales es un hecho todavía reciente. Esto se ha visto confirmado por el problema creado en el Tercer Mundo como consecuencia de la explosión demográfica.

En los países desarrollados, el enfoque se ha caracterizado hasta ahora por la ausencia de políticas que persigan objetivos claros respecto al movimiento de la población. Sin duda, se adoptan medidas legislativas y administrativas que pueden tener un impacto sobre la natalidad, la mortalidad y la movilidad social. Responden, sin embargo, a consideraciones muy diversas y están lejos de obedecer a una política demográfica coherente. Más bien parecen encaminadas a afrontar dificultades pasajeras, y su alcance es tan sólo a corto plazo.

En cuanto a la natalidad, las tendencias en favor de ésta predominaron largo tiempo en los países desarrollados; no se tradujeron necesariamente en una verdadera política. Francia es el país que ha elaborado la política más coherente en este sentido, con efectos relativamente positivos. En los demás países, las tendencias favorables a la natalidad han consistido, por

lo general, en ayudas materiales y en primas por nacimientos. Su principal objetivo ha sido proteger el bienestar económico y social de las familias. Pero esta tendencia parece haber sido tan sólo una justificación complementaria.

Paralelamente a estas medidas, consideradas como positivas desde el punto de vista de la natalidad, la legislación de los países desarrollados solía ser muy restrictiva en lo relativo a la contracepción y al aborto; actitud que tenía poco que ver con el problema demográfico y se inspiraba en consideraciones de orden moral.

En lo que atañe al control de la natalidad, existen todavía restricciones legislativas en algunos países, aunque tienden a desaparecer. Entre los países que han asumido una actitud más liberal en este terreno, hay gran número de ellos que cuentan con servicios de información y consulta. Ello no implica la adopción de una política de planificación de la fecundidad. De cualquier modo, el aborto ha sido liberalizado en mayor o menor grado en casi todos los países del norte y este de Europa, y más recientemente en Gran Bretaña y Estados Unidos. Sigue prohibido en varios países, pero parece afirmarse la tendencia hacia su liberalización.

Convendría que los países desarrollados se planteasen el problema de su población y elaborasen políticas demográficas encaminadas a lograr los objetivos colectivos que se imponen. Hasta ahora, la posible orientación de tales políticas sigue siendo muy discutible.

La emigración no parece ser ya una solución viable para los problemas contemporáneos. Permitió, sin embargo, en ciertos momentos, detener un crecimiento demográfico excesivo, como ocurrió en Europa en el siglo pasado.

Los países desarrollados, que representan menos del 30 por ciento de la población mundial, no están en condiciones de acoger a los emigrantes del Tercer Mundo en número suficiente para reducir sustancialmente el crecimiento demográfico de esos países. En todo caso, una solución semejante sería utópica por irrealizable. Y lo único que se conseguiría con ello sería desplazar el problema; no detener el crecimiento de la población mundial, que parece insostenible en un plazo más o menos largo.

El aumento de la mortalidad va contra los valores humanos universalmente aceptados. Todo individuo desea vivir el mayor tiempo posible, y ninguna política se atrevería a afrontar abiertamente una solución semejante. Una posible excepción sería la relativa a la

mortalidad intrauterina mediante el aborto, que puede, en último extremo, no ser considerada socialmente como tal mortalidad. Es más, si se pretende reducir el crecimiento demográfico, es con el fin de impedir, precisamente, la mortalidad, que ha constituido en la historia el freno natural de ese crecimiento.

El pasado decenio se caracterizó por una espectacular evolución en favor de la planificación familiar. Los progresos de la observación y del análisis demográficos han permitido estudiar la situación en numerosos países aún poco conocidos en este terreno. Han puesto de relieve la magnitud del problema demográfico; los resultados de los estudios basados en encuestas sobre los criterios, actitudes y prácticas relacionados con la fecundidad y su control han demostrado que los obstáculos ideológicos y, sobre todo, religiosos, para la planificación familiar son menos importantes de lo que se suponía. Ello resulta comprensible si se piensa que el empleo de los nuevos sistemas anticonceptivos requiere un cierto grado de aceptación y convencimiento. Las experiencias realizadas en diversos países, sin responder propiamente a políticas oficiales, han logrado un éxito suficiente como para considerar eficaces tales programas.

A ello hay que añadir la insistencia de algunos organismos, que prestan ayuda técnica y financiera a los países subdesarrollados, en el sentido de que éstos

se esfuercen por reducir el crecimiento demográfico a fin de aprovechar al máximo las ayudas que reciben. En cuanto a los organismos internacionales, la orientación favorable a los programas de la planificación familiar se vio impulsada por gran número de representantes de los países subdesarrollados, algunos de los cuales habían alcanzado su independencia por esa época.

Esta evolución se caracteriza principalmente por el número creciente de gobiernos que promulgan o, cuando menos, apoyan los programas de control de la natalidad. Paralelamente, en el transcurso de los años 60 se intensificaron las actividades de las organizaciones públicas y privadas que se ocupaban de la planificación familiar. Los grandes organismos internacionales se comprometieron, por su parte, a prestar ayuda en esta clase de políticas a los gobiernos que la solicitasen.

La Comisión de la Población de las Naciones Unidas, que se abstuvo siempre de participar en los programas de control de la natalidad, pidió autorización para prestar ayuda técnica. La solicitud fue aceptada por el Consejo Económico y Social (ECOSOC). Los diversos organismos especializados de la ONU van adoptando, sucesivamente, posiciones favorables al estudio de los problemas planteados por la planificación familiar (Organización Mundial de la Salud, UNESCO, Organi-

zación Internacional del Trabajo, etc.)

Si esta evolución de las ideas y de los hechos se vio favorecida por la actividad previa de algunas organizaciones públicas y privadas independientes de las Naciones Unidas, también indujo a éstas a intensificar su participación.

Conviene señalar las diferencias que existen entre una política contraria a la natalidad y una política de planificación de la fecundidad. No es raro confundirlas, aunque se distinguen claramente por el nivel de los objetivos que persiguen, los medios de que se valen y sus justificaciones básicas.

Una política de planificación de la fecundidad tiene por meta esencial convertir la procreación en un acto consciente y deseado. No pretende que una pareja tenga más o menos hijos, sino que procrea de acuerdo con un proyecto establecido por sus dos integrantes en lo que atañe al número de hijos y al momento de los nacimientos. En cambio, el objetivo de una política contraria a la natalidad es disminuir la natalidad de una población con el fin de reducir su crecimiento.

Aunque en ambas políticas se dispone de medios comunes -contracepción, esterilización, aborto-, la de planificación de la fecundidad debe también recurrir a los medios favorables a la propia fecundidad. Por ejem-

plo, al tratamiento de la esterilidad.

En la justificación de estas políticas aparece una diferencia más digna de tenerse en cuenta que la relativa a los medios empleados. Una política contraria a la natalidad se justificará por la presión demográfica, del mismo modo que una política favorable a ella se justificará por la depresión demográfica.

La planificación de la fecundidad se justifica en función de los valores admitidos en las sociedades. En la medida en que éstas reconocen que la influencia del hombre sobre la naturaleza es un valor y que la conciencia y la libertad de un acto contribuyen a definir su dimensión humana, dicha planificación puede ser considerada como un progreso. Todo Estado consciente de su responsabilidad -cualquiera que sea el grado de desarrollo de su sociedad- deberá velar por que todas las parejas tengan la posibilidad de procrear con plena conciencia y libertad.

De la sociedad tradicional a la situación actual

Las civilizaciones rurales más primitivas presentan caracteres demográficos afines a los de los grupos que viven de la recogida de frutos, de la caza, la pesca o el nomadismo pastoril. La humanidad permanece diluida en todas las regiones donde sólo se conoce el cultivo sobre rastrojo, pues hace falta mucho tiempo para regenerar la fertilidad de la tierra si no se hace nada por ayudar a la naturaleza. Las enfermedades endémicas amenazan a la población. Pero las condiciones de vida mejoran con la sedenterización. Nuevas técnicas permiten hacer acopio de provisiones. Donde predomina el cultivo de cereales, la conservación de los alimentos no ofrece grandes dificultades. Los tubérculos se conservan dejándolos en tierra, poniéndolos en silos o reduciéndolos a harina.

El régimen demográfico se caracteriza entonces por una natalidad más elevada que la de los grupos arcaicos, por una mayor seguridad y, por lo tanto, una menor frecuencia de las crisis de subsistencia. Estas aparecen periódicamente cuando la cosecha es mala y cuando la población ha crecido durante un largo período de prosperidad. El control de la población se opera así de una manera aleatoria, pero es lo suficientemente eficaz para que, a la larga, sea desdenable el aumento de la densidad.

Se aprende a enriquecer la tierra con abonos y estiércol, se cultivan nuevas plantas, la cría de ganado se asocia más estrechamente a la agricultura. Se llega así a crear sistemas de aprovechamiento continuo de la tierra que aseguran la existencia a poblaciones de considerable densidad. Va creciendo la producción en todas partes, lo que permite la proliferación de núcleos urbanos, de centros comerciales y administrativos. Estos intensifican, a su vez, las actividades, que conducen, con el tiempo, a una utilización más intensiva del suelo.

El aumento de la densidad lleva a un control más eficaz del medio ambiente. Las enfermedades se combaten más fácilmente¹.

El rasgo más importante de la evolución demográfica resulta del aumento de la densidad de población, de la aparición de centros urbanos y de la multiplicación de las relaciones humanas.

Una oleada de mortalidad desequilibra de manera durable el comportamiento demográfico. Va acompañada

¹ En contraste, en el Asia meridional el paludismo constituye un peligro temible en las colinas y montañas ocupadas por tribus que practican el cultivo sobre rastrojo.

de una disminución, a menudo muy acentuada, de la fecundidad, y sus consecuencias se manifiestan a lo largo de generaciones. Cuando los años adversos son muy numerosos, se resiente el equilibrio general de la población.

Los países de civilización rural presentan todos profundas analogías en su comportamiento demográfico, en la fecundidad registrada en el campo y en el alto índice mortalidad urbana. Las ciudades no mantienen su población sino gracias a una inmigración permanente.

A medida que aumenta la productividad del trabajo de la tierra, disminuye la población empleada en la agricultura. En las áreas más pobladas, los individuos así liberados pueden hallar su puesto en nuevas ocupaciones. Si la densidad es muy baja, irán a vivir a las ciudades.

Cuando la población rural no constituye más que una pequeña fracción del conjunto, las ciudades acaban por desvincularse totalmente de la tierra. Dependen sólo de las vías de comunicación y del transporte para obtener los productos que consumen y relacionarse con otros núcleos urbanos.

Esta transición se refleja en el comportamiento demográfico. El progreso del conocimiento médico

y de la técnica permitió eliminar en menos de un siglo la mayor parte de los focos causantes de mortalidad excepcional. La revolución de los transportes procura a cada región los alimentos que necesita. El riesgo del hambre desaparece de las naciones industrializadas. Las enfermedades endémicas y epidémicas ceden progresivamente al ponerse a punto las vacunas, los insecticidas y los antibióticos. Se trata de técnicas de costo relativamente bajo, que evitan las grandes oleadas de mortalidad que asolaban periódicamente el mundo. Conllevan, sobre todo, una reducción masiva de la mortalidad en los primeros años de la vida humana. En las familias de antaño solamente alcanzaban la edad adulta la mitad de los niños. Actualmente, llegan a ella las nueve décimas partes en términos generales. La tasa de mortalidad ha disminuido, y ha aumentado la esperanza de vida, que ha pasado de los 30 a los 70 años en la mayoría de los países industrializados. La transformación se ha operado gradualmente y ha invertido el desequilibrio que existía entre los sexos (las mujeres morían más jóvenes que los hombres).

En el siglo XIX y en el primer cuarto del XX, los beneficios derivados del progreso de la medicina eran todavía un privilegio de clase, como lo es aún el acceso a un régimen alimenticio abundante y equilibrado.

La disminución de la mortalidad no va acompañada de la desaparición de todas las inquietudes en el plano sanitario. Las sociedades arcaicas sufrían el azote de la parasitosis y de las enfermedades endémicas. Las sociedades que podemos llamar intermedias, el de las epidemias y las grandes plagas de carencia de alimentos. Nuestro mundo actual es el de las agresiones químicas, lo que se traduce en la multiplicación de las alergias y, en otro terreno, en la progresión de ciertos tipos de cáncer. Las enfermedades más amenazadoras son las derivadas del deterioro del medio ambiente, de los modos de vida sedentarios y del ritmo que éstos imponen al organismo humano.

Por lo general, el descenso de la natalidad se inició mucho más tarde que el de la mortalidad. Esto explica la explosión demográfica que acompaña a la primera fase del periodo de transición. Sucede incluso, entonces, que aumentan la natalidad y la fecundidad, debido a los primeros progresos de la higiene, pero también a la edad más temprana en que se casan las parejas y a otros factores.

Con el tiempo se modifica la situación. La carga que representan los niños se hace más pesada cuando la mayoría sobreviven y el periodo de escolaridad aumenta. Cunde el interés por prevenir los nacimientos. En países como Alemania, Inglaterra e Italia, se registra un desfase de dos generaciones entre el

descenso de la natalidad y el de la mortalidad. Los métodos anticonceptivos apenas se generalizaron antes de mediados del siglo XIX en los sectores acomodados de la sociedad británica, mientras que eran práctica corriente en casi toda Francia a fines del siglo precedente. El arsenal de medios anticonceptivos ha crecido paulatinamente, su eficacia ha aumentado, pero la planificación de los nacimientos ha entrado en las costumbres. Sin embargo, hasta los años 40 los resultados fueron aleatorios. Los métodos exigían precauciones que justificaban la presencia de una natalidad variable según el nivel de educación y de la situación social. El número de hijos por familia era tanto mayor cuanto más bajos eran los ingresos, excepto en los países donde estaba autorizado el aborto.

La píldora, la esterilización, la liberalización del aborto, acrecentaron la eficacia del control. Ya antes de la aparición de estas técnicas, se advertía una evolución que situaba a las familias menos numerosas en la capa intermedia de la pirámide social. Aún es pronto para saber cómo se distribuirán las familias ahora que la natalidad se ha hecho voluntaria. Probablemente, de manera más equilibrada, con menos diferencias por el rango social o la fortuna.

La reducción de la natalidad y de la mortalidad provoca una transformación radical en la escala

de las edades. En las sociedades tradicionales, los individuos de menos de 20 años representaban a menudo la mitad de la población total, y los de más de 60 constituían entre la quinta y la sexta parte en la mayoría de los países europeos hoy industrializados.

No suele insistirse demasiado sobre las implicaciones psicológicas de esta transformación. Hoy día, nuestras sociedades tienden a estar dominadas por personas de edad avanzada, mientras los jóvenes, escindidos del mundo de los adultos por los cambios del sistema educativo, toman conciencia de sus problemas y de sus inquietudes.

En los países de Europa occidental, América del Norte, Japón, y luego en la Europa oriental, la fase de transición trae consigo las mismas consecuencias: disminución de la mortalidad y de la natalidad, envejecimiento. Se acusa, en general, una aceleración del crecimiento demográfico, que va seguida de su descenso y de una cierta estabilización. Todas estas transformaciones están vinculadas a la creación de una infraestructura industrial y a la multiplicación de los servicios.

En los últimos decenios, y particularmente desde el final de la segunda Guerra Mundial, se ha visto surgir un nuevo fenómeno, un nuevo problema. En los países cuya estructura económica continúa siendo tradicio-

nal, los progresos de la medicina conllevan un descenso notable de la mortalidad. La conmoción social provocada por la occidentalización elimina los frenos que limitaban la natalidad. La explosión demográfica que caracteriza la primera fase de la transición se inicia incluso antes de que esos países emprendan la modernización de sus infraestructuras y empiecen a construir una economía eficaz y mecanizada. ¿Nos encaminamos a una explosión incontrolable que no llegará a ser neutralizada por el descenso de la fecundidad? De ahí la inquietud actual ante el problema de la población. ¿Qué sucederá si no disminuye la natalidad?

El pesimismo de algunos a este respecto parece exagerado. Todo indica que los nuevos medios de contracepción serían eficaces para limitar la natalidad de los países en desarrollo. Han mostrado su validez en los países industrializados, donde se les atribuye el notable descenso de la fecundidad observado desde 1950.

No obstante, hacen falta mucho años para que el aumento de la población se opere a un ritmo más lento. El número de mujeres en edad de procrear crece rápidamente en todos los países del Tercer Mundo. Pero se observa un cierto descenso generalizado de la fecundidad, que hace presagiar una disminución sensible de la tasa de expansión demográfica, a escala mundial, a partir de los años 80-90.

Esta disminución es indispensable, ya que al ritmo actual la población mundial aumenta anualmente en cerca de 80 millones de almas.

Con todo, el peso demográfico del Tercer Mundo, el de América y, en menor grado, el de Asia (donde la tasa de crecimiento ha remitido un tanto) se seguirá acusando cada vez más hasta fines de siglo. Esto plantea un problema de primera magnitud a la raza blanca, que, desde el Renacimiento, viene dominando la historia universal. La geografía de la población modela y condiciona los problemas políticos del mundo de hoy y del de mañana.

Considerando el conjunto de las tierras emergidas (unos 150 millones de kilómetros cuadrados), la densidad media de la población mundial es de algo menos de 30 habitantes por km^2 ; pero la relación población/superficie ocupada cobra otro carácter si se toman en consideración las densidades en el plano regional. Y en este caso, hay que tener en cuenta tanto las condiciones naturales locales -clima, topografía, suelo- como el grado de desarrollo social y económico. El nivel regional pone de relieve, además, la desigualdad en el ritmo de crecimiento, que está estrechamente vinculada al desarrollo.

Los promedios mundiales se hallan entre dos

tipos de situación bien distintos: la del mundo desarrollado y la del resto del mundo. Esta última hay que asimilarla, en primer término, al Tercer Mundo, expresión que comprende también diversos factores no demográficos.

¿Qué medidas se adoptan ante el problema demográfico?

En 1976, por ejemplo, un grupo de demógrafos y responsables políticos de los principales países europeos votó en el Consejo de Europa una serie de recomendaciones relativas a la incidencia de una población estacionaria o decreciente. Se trataba de hacer frente a los riesgos del "crecimiento cero".

La complejidad de las situaciones económicas, sociales y culturales y las divergencias de los objetivos demográficos no permitían, según los expertos, definir una política concertada a escala europea. Una población estacionaria no dejaría de suscitar, por otra parte, numerosos problemas prácticos, sobre todo en lo referente a las familias numerosas y a las familias reducidas. Había, pues, que adaptar las políticas sociales para lograr una redistribución de los recursos en favor de los individuos menos favorecidos.

La prioridad asignada al factor económico no alteraba en nada el hecho de que países como la Alemania

Federal -en la cima de la expansión- fueran incapaces de alcanzar un nivel de reposición demográfica que requiera el descenso de la fecundidad. En 1975, dicho país tuvo un déficit de 50 mil nacimientos, que habría sido de 100 mil sin el aporte de la inmigración. Desde 1968, Malta, Suecia y Dinamarca no llegaban ya al nivel de reposición. Desde 1972, Bélgica e Inglaterra no alcanzaban a reponer sus efectivos humanos. Lo mismo puede decirse de Noruega y Austria a partir de 1973.

En el plano general europeo, se llegó a la conclusión de que era necesario seguir estudiando conjuntamente las implicaciones de la evolución demográfica y proceder al intercambio de puntos de vista a alto nivel. Por ahora, los países siguen políticas demográficas cada vez más parecidas y aceptan, en principio, el "crecimiento cero". A largo plazo, se plantea la cuestión de saber si se creará un organismo común que controle la ordenación del territorio y las migraciones.

Francia, por ejemplo, tiene actualmente unos 100 habitantes por kilómetro cuadrado, la cuarta parte que Holanda. Los demógrafos se preguntan si una Europa política podría contribuir mejor a lograr una distribución más equilibrada de la población.

Creemos que este problema -como tantos otros cuya importancia rebasa los límites de las fronteras nacionales- se ha de enfocar a escala mundial. Y no

sólo por razones humanísticas y morales, sino también por razones prácticas. No será vano el esfuerzo que se realice a nivel europeo, pero el problema de fondo no haría sino aplazarse -y agravarse- si en el planteamiento siguieran ignorándose las interrelaciones de todo tipo que existen entre los diversos pueblos.

Mientras en Europa los demógrafos se enfrentan al problema del "crecimiento cero", en otros países se dan situaciones graves en el otro extremo de la escala. En el año 2000, la ciudad de México tendrá, según estimaciones ponderadas, más de 40 millones de habitantes si los que hoy la pueblan se obstinan en reproducirse a razón del 5% anual. Actualmente, sus 14 millones de almas viven hacinados en 1.480 km cuadrados¹. De no tomarse medidas draconianas sin demora, el problema llevará a una crisis nacional de gran envergadura.

La falta de alojamientos, la contaminación -acentuada por el funcionamiento de 60 mil empresas industriales y la circulación de dos millones de vehículos motorizados- son dos de los más graves problemas a que se enfrentan las autoridades del distrito federal.

¹ Hace unos meses, Antonio Fuentes Flores, Presidente del Congreso Mundial de Arquitectos, lanzaba un nuevo grito de alarma sobre las consecuencias desastrosas del asombroso crecimiento de la capital azteca.

El gobierno hace notables esfuerzos para reducir la tasa de crecimiento. Los especialistas independientes estiman la misión imposible si se abandona al país a sus solas posibilidades.

Ciudad de múltiples paradojas, México carece del agua necesaria mientras que, en la larga estación de las lluvias, padece graves inundaciones. El agua que consumen sus habitantes procede de ríos de la región central, cuyo nivel desciende peligrosamente de año en año. En la batalla contra la contaminación, que bate también récords mundiales, el gobierno ha optado por sustituir la gasolina por el gas en la propulsión de los vehículos oficiales y los taxis. Todos estos problemas (y otros como los de los servicios sanitarios y de la electricidad) están al orden del día en las preocupaciones de los dirigentes mexicanos. Si el gigantismo de la capital no se detiene, a fin de siglo llegará a ser la ciudad más poblada e inhabitable del mundo.

Otro caso impresionante es el de la India, donde se manifiesta una oposición creciente a la campaña de esterilización lanzada por el gobierno. Oficialmente, esta última no es obligatoria. En realidad, son práctica corriente las medidas coercitivas que se aplican para inducir a los varones a someterse a la vasectomía. En 1976, los directores de los centros

docentes de Nueva Dehli registraron, según estadísticas oficiales, 18 mil esterilizaciones en cuatro meses. Cuentan con una doble arma de presión: sobre los profesores y sobre los padres de los alumnos. Si éstos no presentan un certificado de esterilización, ven rechazadas a menudo sus peticiones de inscripción en la escuela. En las cartas de invitación que se dirigen a una parte de los ciudadanos para que asistan a los campos de esterilización, se les ruega que persuadan a sus sirvientes a someterse a la citada operación quirúrgica. Se les prometen primas en metálico y la entrega del "certificado" y se desmienten los rumores que circulan sobre posibles riesgos de impotencia.

Los intelectuales, por su parte, juzgan con frecuencia excesivamente severa la política del gobierno en este terreno. Reconocen que la explosión demográfica india es inquietante, pero afirman que habría otros medios de frenarla. En el campo, los responsables de la planificación familiar tratan, ante todo, de alcanzar los objetivos que tienen asignados: un cierto número de vasectomías por pueblo y por distrito. Para ello, no vacilan en cortar el servicio público de agua o la electricidad. En ocasiones, aprovechan la pobreza de los más frustrados, para los que 100 rupias (importe de la prima) representan una suma caída del cielo. No es raro que los obreros agrícolas descubran, en el quirófano, que se les ha engañado y que acaban de perder su

derecho a la procreación.

Los intelectuales denuncian vivamente estos métodos, que ya se practicaban en las áreas rurales antes de la proclamación del estado de urgencia (1975), y la connivencia entre la élite gubernamental y los expertos extranjeros.

Es poco probable que la campaña de esterilización dé los resultados perseguidos, que se cifran en reducir del 35 al 25 por ciento el índice de natalidad. Se prevé que el celo de los funcionarios cederá con bastante rapidez. La población de la India, estimada por las Naciones Unidas en más de 650 millones de habitantes, crece a razón de 14 millones anuales. No parece haber duda, en definitiva, de que el mejor contraceptivo es el desarrollo.

El hambre en el mundo

Perspectiva histórica

Hasta los grandes descubrimientos de los navegantes y, más exactamente, hasta entrado el siglo XVI, no pudieron conocerse los contornos de la Tierra. Se fueron rellenando todos los claros, los espacios en blanco de los antiguos mapas. El mundo tomaba forma, cobraba relieve a los ojos de los hombres. En realidad, estábamos aún lejos de lo sustancial. Teníamos una imagen variopinta del mundo, pero engañosa.

A mediados de nuestro siglo se inicia una investigación profunda de algunos aspectos que apenas se habían tenido en cuenta hasta entonces. La geografía y sus ciencias auxiliares se habían ocupado casi exclusivamente de mostrar las grandezas de la Tierra y ponderar el esfuerzo humano. Hace pocos años, la ciencia decidió estudiar la situación con talante realista. Dio paso a una geografía y a una economía que expresan la realidad sin subterfugios. Pasó la era de la geografía como espejo mágico del mundo. Hemos llegado a la de la geografía científica, que se interesa por analizar en profundidad el complejo mecanismo de las relaciones entre el hombre y su entorno.

El cuadro que presenta del mundo actual pone de relieve los aciertos y grandezas, pero también los fracasos y miserias.

Uno de los aspectos más oscuros de la auténtica imagen del mundo es la existencia de grandes zonas de poblaciones hambrientas. El hambre es la expresión más típica de la miseria que reina en nuestro planeta.

En épocas tenebrosas, la humanidad padeció devastadoras oleadas de hambre que diezmaban la población en breve plazo. Las epidemias, la guerra, el estado rudimentario de la ciencia y de la técnica y las malas condiciones higiénicas se encadenaban para provocar tal situación. Los medios entonces disponibles eran muy precarios para resolverla. La estructura social la agravaba sobremanera.

A lo largo de los siglos, el hambre ha sido fiel compañera del hombre. Es una de las grandes heroínas de la Biblia. Está asociada a todos los grandes acontecimientos de la antigüedad. En el año 440 antes de C., desesperados por el hambre, los plebeyos se arrojaban al Tíber en masa. La columna lactaria, elevada en el seno de la antigua Roma, era testigo de un gesto de desesperación de los romanos: recordando que una loba llena de compasión amamantó a Rómulo y Remo, dejaban al pie de aquélla a los recién nacidos que no

podían alimentar.

El espectro del hambre domina toda la Edad Media. Empujados por ella, Atila y sus hordas se despliegan hacia el sur. Solapada, avanza durante toda la Guerra de los Cien Años y, a veces (879, 1016, 1162), se adueña de toda Europa.

Es la Europa occidental la que asesta al hambre el primer golpe mortal, a principios del siglo XIX. El descubrimiento de la máquina arranca a la agricultura de su letargo secular. En el mar, las carabelas son destronadas por el barco a vapor, que pondrá al alcance del viejo continente recursos impensados. Todavía azota el hambre a Europa terriblemente (Irlanda, 1847), acaba con un millón de hombres y obliga a otro millón a emigrar. Ataca luego a la Europa oriental y al lejano Oriente, donde causa los mayores estragos registrados.

El siglo XIX es, asimismo, el de las más crueles oleadas de hambre en la India. Una sola -1876- cobra cinco millones de víctimas. En pocos años mueren, a fines de siglo, 20 millones de indios.

El hambre, hija de calamidades naturales, no ha desaparecido todavía en el siglo XX. Bajo otra máscara, vuelve a golpear a la humanidad con nuevo furor. Entre 1940 y 1945, somete a Europa entera.

Hoy, en el estado actual de la ciencia y la técnica, se sabe que está estrechamente vinculada a las grandes tensiones sociales reinantes. Y que éstas obedecen, a su vez, al desequilibrio económico. El profundo desnivel existente entre los países desarrollados y los "menos desarrollados" constituye un peligro evidente para la paz. Es foco de disensiones y de conflictos políticos e ideológicos.

Según datos estadísticos de las Naciones Unidas, los países más ricos cuentan con el 16% de la población mundial y con más del 70% de la renta mundial. Los quince países más pobres agrupan a más del 50% de la población global y sólo disponen de un escaso 10% de esa renta.

Esa terrible diferencia es causa fundamental de otros numerosos rasgos de desigualdad entre los grupos humanos. Se ha afirmado o pensado demasiado tiempo que el hambre era un fenómeno natural más o menos inevitable. La ciencia permite hoy asegurar que no es así. La ignorancia, el interés, la hipocresía y la debilidad han sido, hasta fechas recientes, grandes obstáculos para admitir el problema y afrontarlo con valentía.

De la teoría energética a la fotosíntesis

El hambre se conoce hoy día científicamente. No sólo como fenómeno fisiológico, sino también como fenómeno social, de alcance mucho más amplio.

Desde que Lavoisier demostró que la vida es mantenida por una oxidación, y Atwater probó la llamada teoría energética, se ha difundido rápidamente la medición de la alimentación humana en calorías. Con ello quedaban superadas las nociones más generales y menos precisas hasta entonces predominantes.

Sin embargo, la teoría energética no es suficiente. El ser vivo no sólo necesita calorías. También necesita en su alimentación los elementos con que reponer pérdidas específicas de proteínas, sustancias minerales, vitaminas; todas ellas útiles y, a menudo, indispensables. Es más, los seres humanos en periodo de crecimiento -niños, adolescentes- y los que han de proveer al crecimiento de otro ser -mujeres encinta- tienen que hallar en sus alimentos lo necesario para ese crecimiento.

Los resultados alcanzados por la ciencia de la nutrición son más que suficientes para mitigar, con su aplicación, el hambre humana. Boyd Orr, el gran es-

pecialista en esta materia y primer director general de la FAO, se expresa así a propósito del término "hambre":

"Debe definirse bien el término hambre. En el pasado, se usaba para expresar la falta de alimento propio para satisfacer el apetito. El número de muertos por hambre se limitaba a los individuos esqueléticos que morían de inanición total, como en las oleadas de hambre. Nosotros la empleamos en el sentido moderno: falta de cualquiera de los 40 elementos nutritivos indispensables para preservar la salud. La falta de uno solo de ellos causa la muerte prematura, aunque no provoque la inanición debida a la falta de alimento. La falta total de éste, como es el caso en las grandes oleadas de hambre, ha sido siempre una causa importante de mortalidad. En los últimos decenios, ese hambre ha producido la muerte a más seres humanos que la guerra. Pero el número de tales víctimas es escaso si se compara con el de aquéllos cuyo régimen alimenticio, insuficiente para mantenerles en buena salud, les hace vulnerables a las enfermedades de la nutrición. Si es éste el sentido que se da a la palabra hambre, entonces los dos tercios de la población mundial la padecen".

En términos generales, puede decirse que el hambre tiene su solución en la agricultura. La ciencia ha desempeñado un papel importante en ese sentido. Sin

embargo, de los 14 mil millones de hectáreas de tierras emergidas, calculan los agrónomos que con los procedimientos clásicos podrían cultivarse siete mil millones. Actualmente, las tierras en cultivo no alcanzan los mil millones y medios de hectáreas.

Mientras que la alimentación consiste esencialmente en el consumo de calorías, la producción vegetal es el resultado de un fenómeno que, desde fines del siglo XVIII, se conoce cada vez mejor y ha recibido el nombre de fotosíntesis. Este fenómeno juega un papel esencial en la aplicación de las modernas técnicas agrícolas y, por lo tanto, en los esfuerzos para obtener el máximo aprovechamiento de los cultivos.

El aumento de la concentración de gas carbónico de la atmósfera, derivado de una utilización masiva -industrial y doméstica- de la combustión de las reservas fósiles de carbono (hulla, petróleo, gas), plantea un grave problema. Desde la revolución industrial, la proporción de gas carbónico del aire se ha elevado en un 12 por ciento. Se prevé que en los próximos cien años aumentará en un 70-80 por ciento.

Pero esta tendencia puede combatirse mediante una vegetación adecuada. Es concebible que los gases expulsados por las industrias y las instalaciones de calefacción colectivas sean dirigidos un día por gaseo-

ductos hacia invernaderos. Allí serían depurados por las plantas, que suministrarían una parte considerable del aprovisionamiento de los núcleos urbanos.

Parece que ciertas zonas áridas como el Sáhara tienen el mayor potencial agrícola teórico del mundo. Se observa en ellas una poderosa insolación casi permanente todos los días del año, con temperaturas altamente propicias al crecimiento y desarrollo de las plantas más productivas, gracias a grandes alternancias diarias. Es verdad que en el Sáhara hay elementos limitadores (sobre todo, el agua); pero en realidad esos elementos no se consumen; circulan, como el carbono, en ciclos entre la biosfera, la atmósfera y la litosfera. El único límite absoluto impuesto a la producción vegetal es la energía solar utilizada por las plantas.

En 1965, K. M. Malin, en su intervención ante el segundo Congreso Mundial de la Población, presentó los resultados de los cálculos realizados para determinar el número máximo de personas que podrían alimentarse con una hectárea si el único límite fuese la energía solar utilizada por la vegetación. Era del orden de cien personas por hectárea cultivada en las condiciones que permite la agronomía moderna.

Según cálculos moderados en este sentido, se deduce que, utilizando esa energía solar los animales

y las plantas, podrían alimentarse adecuadamente de 37 a 49 personas con cada hectárea cultivada, a base de mil calorías vegetales por persona y día. Basta esto para probar que no reside ahí el factor limitador de la producción agrícola.

Será preciso buscarlo en las condiciones del medio y en el mejoramiento de plantas y animales. Uno de los hechos sorprendentes es la comprobación de que los bosques, especialmente los de las zonas templadas, presentan un rendimiento cuatro a diez veces superior al de los cultivos tradicionales. El cultivo de las clorelas (algas verdes de agua dulce) permite alcanzar rendimientos del 25 por ciento. Las clorelas fueron, al principio, plantas idóneas para el estudio de la fotosíntesis. Se han hecho, en este terreno, rápidos progresos. En pocos años se ha logrado reducir considerablemente los costos de producción, e incluso se prevé su empleo generalizado para la alimentación del ganado.

En un medio alcalino enriquecido con óxido de carbono, han podido obtenerse cultivos acelerados de espirulina, alga que se halla en ciertas épocas en abundancia en la superficie de los pantanos del Chad. La población la consume en forma de galletas desecadas, alimento rico en proteínas y vitaminas. Se informa que el rendimiento obtenido en cultivo acele-

rado alcanza los 24 mil kilos de proteínas por hectárea. Las clorelas y las espirulinas no equivalen todavía a la fotosíntesis in vitro, cuyos rendimientos serán tal vez, un día no muy lejano, más espectaculares.

Si los gobiernos siguiesen los consejos de ciertos hombres de ciencia en favor de la cooperación internacional; si pusiesen a su disposición medios comparables a los arbitrados para los grandes bombardeos aéreos de la segunda Guerra Mundial, la fertilización de las zonas áridas del planeta sería una posibilidad real. Pero la guerra es, al parecer, un motor más poderoso que el hambre del mundo. ¿Se pondrá más empeño en situar a un hombre en Marte o en Venus que en transformar el Sáhara en un vergel?

Los océanos, que cubren el 70 por ciento de la superficie del globo, y donde las condiciones de la fotosíntesis son notables, no aportan hoy día más que el 1,5 por ciento de las calorías y el 10 por ciento de las proteínas animales de nuestra alimentación. El peso de la materia viva de los océanos -fauna y flora- representa cuatro a siete veces el de los vegetales y animales terrestres. Con todo, el mar, sometido a la acción de la pesca y de la caza, no es una reserva inagotable.

Las capturas de peces, crustáceos y moluscos han aumentado notablemente en los últimos años. Han

de 29 millones de toneladas en 1958 a más de 60 millones en 1978. La demanda prevista para 1985 es de unos 110 millones de toneladas. De ellas, 70 corresponden a la alimentación humana directa, y 40 a la alimentación animal. Estas cifras se aproximan al potencial de las fuentes clásicas -marinas y de agua dulce-, que se estima en 140 millones de toneladas.

Ya en 1937, la Conferencia de Londres se esforzaba en regular la pesca de la ballena. Más recientemente, los atúnidos del Atlántico han sido objeto de esfuerzos paralelos de conservación. Pero éstos no son sino los primeros balbuceos de una economía razonada. Los progresos realizados en la tecnología pesquera se han orientado hacia las capturas, a la apropiación. Se ha aplicado la ciencia para que el hombre capture más peces, y muy poco para fomentar su multiplicación.

Cabe esperar, paradójicamente, que aumenten los recursos globales en este terreno, ya que tenemos una marcada preferencia por las especies carnívoras. El rendimiento de la fotosíntesis en los vegetales marinos puede ser muy elevado, porque no consumimos directamente ese fitoplancton. El zooplancton vive de vegetales microscópicos y es consumido por pequeños peces como las anchoas y sardinas. Estas, a su vez, son presa de otros más grandes, tales como los bacalaos, lubinas y atunes, que buscamos preferentemente.

Hacen falta 100 kilos de fitoplancton para obtener 70 de zooplancton, pero con aquella cantidad sólo pueden obtenerse 15 ó 16 kilos de anchovas y sardinas y 300 gramos de bacalao o atún.

Poco importa, pues, que sea elevado el rendimiento de la fotosíntesis. La producción natural de las especies que buscamos es limitada y onerosa.

En los últimos años se han realizado notables esfuerzos en favor de una verdadera economía agrícola del llamado cultivo de los océanos. En Japón no sólo se recogen, sino que se cultivan ciertas algas marinas que se emplean en la cocina japonesa. En 1960, su consumo se elevaba a 340.000 toneladas, es decir, un 5 por ciento del volumen total de los productos del mar.

Pero en términos generales, el esfuerzo es mínimo. Si el océano no se cultiva, no es porque la ciencia y la tecnología sean incapaces de resolver los problemas técnicos que se plantean. Es porque las estructuras jurídicas no permiten poner en práctica sus descubrimientos. Cuando se piensa en las dificultades para establecer un derecho del mar en materia de territorialidad, hay que admitir que serán necesarias grandes dosis de imaginación, buena voluntad y negociación para explotar en común la riqueza del océano.

tico Noroeste dan algún motivo para el optimismo en cuanto a la conservación de los recursos y su explotación mediante una economía racional. Es el 70 por ciento de la zona de contacto entre la atmósfera y la biosfera lo que está en juego. El esfuerzo bien mereció la pena.

Hoy día, es evidente que la densidad demográfica no permite caracterizar el desarrollo. En 1963, el mundo tenía un promedio de 23 habitantes por kilómetro cuadrado. Dos regiones del mundo estaban densamente pobladas: Europa (88) y Asia (64), y cinco tenían una densidad inferior a la media: América del Norte y la URSS (10), América del Sur y África (9) y Oceanía (2). La máxima densidad correspondía a Holanda (353), hallándose por encima de los 200 habitantes por kilómetro cuadrado Corea, Formosa, la Martinica y Puerto Rico; pero también Bélgica, Japón, Alemania Federal y Gran Bretaña.

En el otro extremo de la escala, Australia, Nueva Guinea y las zonas amazónicas de Brasil, Colombia, Perú y Venezuela sólo tenían un habitante por kilómetro cuadrado.

En los llamados desiertos verdes de Nueva Guinea y la Amazonia, la densidad de población es tan escasa que el hombre no puede dominar la naturaleza y está condenado a una economía de caza y pesca, análoga a la que, en el paleolítico, permitía subsistir preca-

riamente a un millón de neandertaloides.

Para asegurar la producción, lo que importa es la adecuada proporción entre los pares de brazos productivos y las bocas a alimentar. Pero el problema del aprovisionamiento de una población no depende principalmente de la densidad demográfica, del número de bocas a alimentar con arreglo a una producción determinada, sino, mucho más, de la relación entre las unidades de trabajo humano aplicadas a la producción y la población total. Tampoco basta considerar la diferencia entre natalidad y mortalidad globales (crecimiento demográfico natural) para prever el porvenir de la población.

Existen diferencias considerables en cuanto al índice de mortalidad infantil y la esperanza de vida entre los países desarrollados y los llamados en vías de desarrollo¹. Ello supone un gran handicap para las poblaciones del segundo grupo de países. En 1945, la India gastó el 22,5 por ciento de su renta nacional en alimentación, vestido y educación de niños que murieron antes de alcanzar la edad de quince años. En Gran Bretaña, dicho porcentaje fue del 6,5 por ciento en el mismo año.

Los progresos, relativamente recientes, de la demografía permiten analizar mejor la situación. Dejan entrever soluciones a la antinomia malthusiana entre el

¹ Cf. el cuadro 3.

poder generador del hombre y el poder nutricio del Estado. Es ahí donde radica esencialmente la lucha contra el hambre.

Cuando la renta es escasa, el nivel alimenticio no puede ser suficiente para mantener a los pobres en buena salud. Pero además, la alimentación no es en sí un consumo final. El alimento es la materia prima de la que el trabajador extrae su fuerza de trabajo. El propio hombre es producto de la alimentación que ha recibido desde su concepción -fisiológicamente hablando-. Su productividad física e intelectual depende de su alimentación, especialmente de la recibida en los primeros meses de vida. El día que los problemas de la humanidad sean planteados como los de una gran familia, la economía recobrará su sentido original y no se refugiara en el estudio de los mercados y de los medios de obtener con qué enriquecerse a expensas de los demás.

Para que un día se instaure la economía alimentaria a escala mundial, es preciso disponer de datos comparativos. Así lo comprendieron los pioneros de Ginebra. Lograron que la Sociedad de Naciones lanzase la primera encuesta mundial sobre la alimentación (1934-38), cuyos resultados, analizados durante la segunda Guerra Mundial, publicó la FAO en Washington en 1946. Esta organización llevó a cabo otras dos encuestas (Roma, 1953 y 1963). El análisis sistemático de los datos así obte-

nidos permitió determinar las grandes tendencias del consumo alimentario y la correlación entre el nivel sanitario, los índices demográficos, el desarrollo y el nivel alimenticio.

Desde que se reconoció que la salud del trabajador era un bien de producción, la alimentación debería haber sido reconocida, en consecuencia, como un factor de producción.

Pero también apareció una correlación inversa muy acusada entre el nivel alimenticio en calorías y la natalidad. No en vano la sabiduría popular ha afirmado desde hace tiempo que "un gallo nunca está gordo". Se sabía que cada vez que una especie viviente se encuentra amenazada, la naturaleza provee lo necesario para asegurar la preservación aumentando su fecundidad y su fertilidad, sobre todo cuando la amenaza proviene de una disminución de los alimentos adecuados. Con lo que resulta que el estado de penuria favorece la fecundidad, mientras que el de abundancia la frena.

Más recientemente, Josué de Castro trató de dar una explicación fisiológica a la conocida observación recogida en el proverbio "la mesa del pobre es escasa, pero el lecho de la miseria es fecundo" (ya citado). Añadió a las conclusiones de los investigadores anteriores

la distinción entre proteínas animales y otros elementos nutritivos.

De acuerdo con estas leyes, en todas las sociedades se manifiesta un crecimiento constante en los grupos menos favorecidos, en proporción a su alimentación. En los que viven en la abundancia, se observa, por el contrario, un decrecimiento constante. Estas y otras explicaciones posteriores no son la última palabra sobre una problemática tan importante, que plantea una serie de hechos irrefutables. Con todo, los resultados hasta ahora obtenidos en el estudio de la economía alimentaria bastan para demostrar la importancia que los futuros avances en la materia tendrá en la lucha contra el hambre.

Obstáculos y secuelas

Veamos ahora algunos de los impedimentos que se oponen a una alimentación equilibrada en diversas regiones del mundo y algunas de las consecuencias de una alimentación deficiente.

La malnutrición es uno de los problemas más graves que afectan a la humanidad en materia de salud pública. En los países en desarrollo, siguen estando muy difundidas las enfermedades provocadas por ella y por otras carencias alimentarias.

Los casos más frecuentes son los de malnutrición por falta de proteínas y calorías (desnutrición), la carencia de vitamina A, la anemia y las enfermedades debidas a insuficiencia de vitamina B.

La desnutrición afecta a muy numerosos niños en edad preescolar en la mayoría de los países en desarrollo. Entraña un elevado índice de mortalidad. En muchos de esos países, las defunciones de niños menores de cinco años representan entre el 30 y el 40 por ciento de la mortalidad total. En los recién nacidos, dicho índice alcanza del 18 al 30 por mil, en tanto que en los países desarrollados, que no padecen malnutrición,

las cifras correspondientes son el 7 por ciento y menos del uno por mil.

Revisten particular importancia el medio psicológico en que crece el niño y el estímulo social que recibe durante los primeros años de su vida. Estos factores pueden, a su vez, estar indirectamente asociados a la malnutrición, ya que ésta y las enfermedades subsiguientes agravan aún más la ineficacia del medio.

Hasta hace poco tiempo, se pensaba que si la desnutrición estaba tan extendida entre los niños, ello se debía a la insuficiencia de proteínas en la alimentación. Esta creencia ha tenido notable influjo en el enfoque que se adoptaba en los planes establecidos para resolver el problema. Se estimaba que, para colmar ese foso proteínico, había que esforzarse por elaborar concentrados de proteínas.

Las investigaciones realizadas últimamente en diversas partes del mundo revelan que lo que falta esencialmente en la dieta alimenticia de los niños pequeños no son proteínas, sino calorías. A ello hemos aludido, indirectamente, al hablar de la teoría energética.

Los factores dietéticos que influyen en la malnutrición se relacionan más con la cantidad de alimentos asimilados y, por consiguiente, con la energía

(calorías) que con la proporción de proteínas contenidas en los alimentos.

La malnutrición se debe, principalmente, a la pobreza. Pero los efectos de un mal régimen alimenticio suelen agravarse considerablemente por las infecciones y contaminaciones provocadas por la falta de higiene (tanto en el medio ambiente como en el individuo). La ignorancia, la superstición y los malos hábitos en la alimentación tienen también su parte de culpa. Por eso, es poco probable que pueda mejorarse la situación alimentaria de las comunidades pobres si todo se reduce a organizar programas sobre la nutrición, por indispensables que sean.

Estos problemas deben ir acompañados de medidas que no tienen conexión aparente con la nutrición. Habrá que pensar, pues, en el medio físico, en el suministro de agua. Habrá que organizar programas de inmunización y elevar el nivel cultural.

Puede decirse que tres cuartas partes de la población del mundo trabajan para producir alimentos, y que el resto trabaja para comprarlos. Todos los progresos de la ciencia y de la técnica no han podido liberar al hombre de esa dura realidad. No han hecho más que reducir su esfuerzo en la conquista del pan cotidiano. Asegurar una diversidad de productos alimenticios capaz

de responder a los gustos, cada vez más variados, de un grupo de consumidores cada vez más numeroso y exigente.

Las costumbres alimentarias son parte integrante de la cultura. En un principio, sin duda, estas costumbres fueron impuestas por el medio ambiente. Estaban limitadas por los recursos de las cosechas. De cazador que fuera, el nómada se convirtió en pastor al domesticar a los animales salvajes, y luego, habiendo aprendido a plantar y cultivar cereales, en agricultor sedentario.

Como consecuencia de un proceso continuo, el hombre ha seleccionado laboriosamente, a lo largo de los siglos, las especies animales y vegetales que han demostrado ser buenas para él: para su salud, su gusto, su fuerza y su bienestar. Y todo ello, afrontando en el proceso obstáculos de orden espiritual, social y cultural creados por él mismo y, por desgracia, siempre restrictivos. Esa selección ha llegado a crear los hábitos alimentarios que forman parte actualmente de su modo de vida.

El hombre está lejos de obtener el mejor aprovechamiento posible de los recursos de que dispone. Creencias, tabúes, la propia tradición, rigen, con frecuencia, el uso o la falta de uso de los alimentos.

Y esos factores varían según el clan, la familia, los individuos, la edad, la situación fisiológica, las épocas del año, las asociaciones de productos, los métodos de matanza, de ordeño, de recolección, etc.

Esta complejidad de tabúes o limitaciones tiene, sin duda, diversas causas: protección del individuo o de la comunidad, ignorancia, prudencia, abstinencia, superstición, prestigio social.

Las prohibiciones en la alimentación se aplican particularmente a la carne, los huevos, el pescado y la leche; tienen carácter absoluto o temporal. Según los pueblos y creencias, la leche produce esterilidad en la mujer; los huevos, la anulación de la libido; ciertos tipos de carne, efectos nefastos en los niños; las judías, la viruela, y así sucesivamente.

No es, por lo tanto, asombroso, que la madre padezca pronto de graves anemias; que el niño nazca, a menudo, con carencias latentes; que la avitaminosis A lleve a la ceguera; que la avitaminosis B, cuando no acaba con el enfermo, prepare el terreno para infecciones frecuentemente mortales. Ya hemos indicado el abismo que media entre la mortalidad infantil en los países desarrollados y la de los demás países.

Es necesario que todo esto cambie. Que haya

una mejor distribución de los alimentos en la familia y una mejor utilización de los productos locales. Y para ello hace falta proceder a una educación especial de la madre de familia.

Veamos un ejemplo concreto. Marruecos consume, para endulzar el té con hojas de menta, 40 kilogramos de azúcar por habitante y año. Más de 100 gramos diarios. Este nivel de consumo es análogo al de los países de renta diez veces superior a la marroquí. Para dar una idea de lo que cuesta este hábito, digamos únicamente que el té y el azúcar absorben dos meses de sueldo de una familia media en Marruecos. Un gasto semejante, aun teniendo en cuenta la significación social y el papel estimulante de esta bebida nacional, se podría reducir en cuantía considerable.

Afortunadamente, existen ejemplos de una evolución que, en determinados lugares, tiene carácter de revolución. En 1952 se organizó un programa de distribución de leche en pleno centro del Congo. En menos de un año, las madres que no habían aceptado la leche más que para los varones de la casa, la aceptaron para ellas y sus hijas. Y en lugares donde hace solamente 50 años un marido podía repudiar a su mujer y reclamar el ganado de la dote si descubría que ella había comido algún huevo, se va progresar rápidamente la agricultura.

El papel de las organizaciones internacionales,

en colaboración con las autoridades nacionales, consiste en formar educadores desde el nivel correspondiente a una aldea hasta el más alto que pedirse pueda. En el terreno de la nutrición, ello supone de entrada un conocimiento de los tipos y costumbres alimentarios y del correspondiente sustrato económico y sociocultural; la determinación de los puntos de resistencia y de los puntos débiles con miras a combatir las prácticas vulnerables o a dar un rodeo en torno a aquellos obstáculos que estén firmemente arraigados; la elección de prioridades según la urgencia de los problemas de nutrición y los recursos reales o potenciales; la orientación de la producción o el aprovisionamiento de los circuitos comerciales como corresponda a la demanda que se desee crear, sin que ello tenga una influencia nociva sobre los precios. En resumen: una política nacional, un plan de acción a escala local, los métodos de trabajo que se impongan y, finalmente, la formación del personal necesario para llevar a efecto el programa.

Cientos de programas de este tipo están realizándose por una u otra de esas vías. Desde hace algún tiempo, se hace un esfuerzo por actuar en todos los frentes simultáneamente: escuelas, centros de protección maternal e infantil, programas de desarrollo de la comunidad, campañas de educación del público. En más de 40 países se llevan a cabo unos 50 programas educativos

sobre alimentación y nutrición, bajo los auspicios de la FAO, la UNICEF, la OMS o la UNESCO.

La importancia de estos programas no ha pasado aún de la etapa experimental. Pero los gobiernos están convencidos del éxito que comportan y desean multiplicarlos.

Contando con una ayuda internacional efectiva se podrían alcanzar en unos 20 años metas a las que, al ritmo de los leves progresos actuales, no podría llegarse en menos de un siglo.

Panorama actual: la Campaña contra el Hambre

Hemos visto que, de cuantos problemas tiene hoy planteados la humanidad, el hambre es uno de los más graves si no el que más. No caben disimulos ni actitudes evasivas. Millones de seres humanos mueren porque no tienen qué comer. Ignorar, eludir o desentenderse del espectro del hambre es, además de inmoral, un atentado contra la solidaridad entre los hombres y, en última instancia, un crimen de lesa humanidad.

El asunto exige crudeza y realismo en el planteamiento; honradez y presteza en las decisiones.

Entre las encuestas tradicionales que cada fin de año realizan las grandes agencias de noticias, los diarios y revistas y los organismos de opinión especializados, el hambre no figura nunca en los primeros lugares de las listas de temas que se estiman más "interesantes" o "preocupantes". Al parecer, morir de hambre no tiene "gancho". Se ha convertido en algo banal.

Las cifras son estremecedoras: más de la mitad de la población mundial no está correctamente nutrida; 470 millones de personas del Tercer Mundo viven en condiciones realmente precarias a causa de la escasez de

alimentos; de un total de 97 países en vías de desarrollo, 67 padecen un alarmante déficit de energías alimentarias; sólo 93 de los 740 millones de hectáreas de tierra cultivable de los países en desarrollo disponen de sistema de irrigación; anualmente se desperdician varios millones de toneladas de pescado capturado, destinado al consumo humano, debido a la ineficacia de los servicios de distribución...

La acción del hombre, la política, no son ajenas a la problemática del hambre. Es cierto que las cosechas de algunos años son adversas, que se conjuran varios factores para complicar más las cosas, que el clima incide a veces negativamente en la producción de alimentos. Pero no radican ahí el origen y el fondo de la cuestión.

El origen viene de lejos. El régimen colonial causó a los países que hoy agrupamos bajo el nombre de Tercer Mundo un serio perjuicio en la tradicional economía alimentaria. La producción agrícola se fue orientando cada vez más hacia la exportación de materias primas o de artículos como el cacao y el café. La producción de alimentos para la población nacional quedó relegada a un lugar secundario. Como resultado, se rompió el equilibrio entre alimentos y población.

El fondo de la cuestión no es una mala cosecha ni un factor climático adverso ni las deficiencias técnicas o de distribución. Estas son agravantes si se quiere. El verdadero fondo de la cuestión es el juego especulativo e interesado de las grandes potencias y el gran egoísmo que conlleva; juego del que dependen millones de vidas humanas.

El hambre, tan presente, por desgracia, en nuestro planeta, exige soluciones rápidas y eficaces.

Hay hombres y organismos, sin embargo, que trabajan sin cesar para que la esperanza de un mañana sin hambre se haga realidad.

Cuando, al término de la segunda Guerra Mundial, los países industrializados se percataron del fenómeno general del hambre, que alcanzaba de la mitad a los dos tercios de la población global, fue cristalizando la idea de organizar una Campaña Mundial contra un estado de cosas que suponía un desafío permanente a nuestra civilización.

La Campaña fue organizada en 1960 por la FAO. Se formaron comités nacionales en 66 países y se emprendió una serie de acciones, experiencias y demostraciones. Al comprobarse, a fines de 1963, que, a pesar de algunos progresos, subsistía el problema en toda su amplitud y

gravedad, la Conferencia de los comités nacionales y la Conferencia intergubernamental que le siguió decidieron reemprender la campaña hasta ver cumplido su objetivo.

Pero no parece que pueda alcanzarse la victoria si no se hace ver a los movilizados el significado de su combate y los medios de ganarlo. Hace falta, pues, un plan fundado en una observación fundamental que se hizo pública en el Congreso Mundial de la Alimentación celebrado en Washington en 1963: el estado actual de la ciencia de la agronomía y de la nutrición permite eliminar el hambre.

Si esto no se logra, si dichas técnicas no se ponen en práctica, la culpa hay que atribuirle al estado de la sociedad y, particularmente, al de su economía. De ello se desprende la necesidad evidente de reformas profundas.

La victoria sobre el hambre depende de todo un conjunto de acciones: intensificación de la cultura -más orientada hacia la producción de alimentos-, aclaraciones, utilización racional del agua, combinación del cultivo y de la cría de ganado, etc.

La industrialización (otro medio de lucha contra el hambre) ha de facilitar a los agricultores los medios de aumentar el rendimiento y de valorizar sus

productos; lograr que los países en desarrollo eviten determinadas importaciones de productos manufacturados, aumentando de este modo los recursos disponibles para la alimentación.

Todos los expertos están de acuerdo respecto a la necesidad de realizar un esfuerzo simultáneo. En el campo de la nutrición, la educación permitiría adoptar regímenes alimenticios más equilibrados, medidas elementales de preservación de mercancías que actualmente se pierden.

Las medidas técnicas deben ir acompañadas de la cooperación; de la reforma de las instituciones, el régimen fiscal y los mecanismos de crédito.

En muchos casos, las orientaciones previstas en los planes de desarrollo podrían mejorar con la incorporación de los descubrimientos más recientes en el ámbito de la agronomía y de la nutrición, amén de otras disciplinas.

El mayor obstáculo para la realización de estos planes de desarrollo y, por lo tanto, para la eliminación del hambre, es la insuficiencia de los recursos aportados.

Evaluar en más de 50 mil millones de dólares

las inversiones anuales necesarias para los países en desarrollo está, a todas luces, por debajo de la realidad. Frente a esta cifra, el total de lo que viene llamándose "ayuda a los países subdesarrollados" (de 7 a 8 mil millones de dólares) dista mucho de ser suficiente¹.

La ayuda, aunque se preste con largueza, seguirá siendo insuficiente. Esta observación ha permitido reforzar las propuestas encaminadas a consagrar las economías procedentes del desarme a un fondo especial de desarrollo².

Sólo existe un medio de franquear los límites que suponen la ayuda de los ricos y el ahorro de los pobres: acudir a recursos aún inutilizados, cuya movilización no perjudicaría a los que no quieren prescindir de lo superfluo.

¹ Según estimaciones de la OCDE, los medios financieros puestos a disposición de los países en vías de desarrollo ascendieron, en 1960, a siete mil seiscientos millones de dólares, sin incluir los créditos a corto plazo.

² En los años 60, la Conferencia de Roma adoptó una resolución en este sentido, a instancias de la delegación de Tanganika. La propuesta ya había sido hecha en varias ocasiones, principalmente por los franceses.

Esos recursos existen, son enormes; están en proporción con el problema que se pretende resolver. Son los cientos de millones de parados del Tercer Mundo; los excedentes que estorban en nuestros silos; las reservas de potencial intelectual; las posibilidades de producción frenadas por la inseguridad de su comercialización; la capacidad de producción de los países industrializados. La única solución estriba en movilizar dichos recursos. Y esto es posible, como demuestra el análisis económico confirmado por experiencias concretas.

El escándalo de un mundo en que más de la mitad de sus habitantes padecen hambre es un escándalo de la inteligencia más que del corazón. Resulta, en efecto, absurdo que la humanidad renuncie a utilizar los recursos que tiene a su alcance ante tales necesidades insatisfechas.

Movilizar los recursos inexplorados significa emplear a los parados; aprovechar las tierras no cultivadas, las existencias almacenadas y las máquinas que funcionan muy por debajo de sus posibilidades. Se trata de una actitud nueva, que no vacila en acusar a las viejas estructuras, a las que cabe imputar la responsabilidad del atraso del mundo.

En Pakistán, por ejemplo, existe en la agricultura un excedente de mano de obra del 56 por ciento. En

Filipinas, se calcula que la mitad de los obreros trabajan sólo 75 días al año. En los países mediterráneos, el empleo efectivo en el campo es del orden del 50 por ciento de la mano de obra disponible: en Portugal, del 45 por ciento; en Marruecos, del 55; en el sur de Italia, del 36. Por lo que respecta a Argelia, los informes oficiales calculaban, en 1954, alrededor de un millón de hombres en estado de subempleo. En Latinoamérica, la situación se agrava especialmente en la meseta de los Andes, el noroeste brasileño y la región del Caribe.

Esa ingente cantidad de mano de obra disponible permitiría realizar cuantiosas nuevas inversiones. Habilitar canales de riego, excavar pozos, proteger el suelo contra las lluvias y la erosión, plantar árboles, conquistar tierras incultas, supone una serie de trabajos que los hombres del campo pueden efectuar con los medios e instrumentos normales.

Cabe hacer una objeción: al pagar un salario a semejante masa de obreros, se crearía un poder adquisitivo suplementario de tal magnitud que, de no crearse de inmediato la contrapartida (aumento de productos de consumo), amenazaría con desencadenar una verdadera inflación.

Pero si los hombres trabajan en su propio provecho y pueden mejorar sus tierras o las de su comu-

nidad, no necesitarán salario. En Marruecos se hicieron dos ensayos (1957, 1961), y en Túnez viene realizándose desde 1960 una experiencia mucho más vasta. Se trata de encomendar a decenas de millares de hombres trabajos susceptibles de crear empleos y producciones, que suponen un suplemento de nutrición: canalización de aguas, construcción de pequeñas presas, cimentación de los canales de riego, roturaciones, repoblación forestal, protección de terrenos contra la erosión, etc.

Madagascar ha emprendido el mismo camino con trabajos de gran envergadura, inversiones muy productivas efectuadas por las comunidades rurales, ayudas y préstamos estatales. En 1962, 450.000 hombres (la cuarta parte de la población activa) participaron en dichos trabajos. Una prueba más de las inmensas posibilidades de ese plan.

En cuanto a la rentabilidad, baste un ejemplo: entre las obras realizadas, figuran trabajos de irrigación. Irrigar seis mil hectáreas de tierra virgen por los métodos clásicos habría costado miles de millones y habría durado cuatro años. En cambio, en unos meses se logró hacerlo con 100 mil campesinos con un coste de 50 millones.

Si se llegase a generalizar este sistema en todo el mundo, se eliminaría uno de los mayores absurdos

movilizando una inmensa fuerza de trabajo en la lucha contra el hambre.

La cooperación y la campaña contra el hambre no requieren solamente que se acopien los recursos y se pongan a disposición de los países que los necesitan. Exigen también que se fomente la inventiva, que se entre en nuevos terrenos con decisión e imaginación. No podemos inhibirnos ante la necesidad y urgencia de esta tarea por difícil que se presente.

Cuando llegue a realizarse el balance objetivo de la colonización (que bien merece un estudio profundo y detenido), se verá quizás que uno de sus graves defectos consistió en querer "exportar", en vez de transponer, la civilización europea o norteamericana a un medio en el que no podía resolver más que una mínima parte de los problemas que se planteaban; en no realizar sistemáticamente el esfuerzo de adaptación necesario a las condiciones locales, que habría permitido a los países receptores sacar el mejor partido, no sólo del patrimonio cultural grecolatino, sino también de las técnicas orientales y de la capacidad de invención local.¹

¹ No debe entenderse con esto que estimemos justificada la empresa colonizadora en lo que comporta de expolio del Tercer Mundo. Como expondremos más adelante, creemos que el perjuicio moral y material por ella causado a los colonizados es (en la medida en que puede hacerse tal comparación) de mayor magnitud que los beneficios obtenidos.

Tal vez la Campaña contra el Hambre, en su tibio desvelo, puede proporcionar lo que faltaba en proyectos demasiado costosos y espectaculares: señalar las condiciones globales que permitan realizar proyectos aún más ambiciosos en el fondo, ya que tienden a eliminar rápidamente una miseria a la que corremos el riesgo de acostumbrarnos.

La sociedad y la cultura

Como hemos apuntado, es imperativo adoptar medidas a escala mundial que tiendan a corregir el desequilibrio demográfico y las grandes desigualdades existentes en el plano de la alimentación. Se empieza a tomar conciencia, además, de la necesidad apremiante de constituir un nuevo orden internacional; de edificar un mundo presidido por la equidad de las relaciones económicas entre los estados, el respeto mutuo por las diversas culturas y la cooperación internacional. Urge luchar en esa dirección para resolver los problemas de todo tipo que tienen planteados las sociedades en un momento de la historia en que el progreso científico y tecnológico brinda a la humanidad los medios de mejorar el nivel de vida, la calidad de la vida.

Este concepto trasciende con mucho el ámbito de las actividades económicas y abarca los aspectos esenciales de la vida social y cultural: actitudes, modos de vida y estructuras sociales en las que aún se detectan vestigios de comportamientos y hábitos mentales heredados de tiempos pasados de conformismo y colonialismo.

Hasta cierto punto, la necesidad de una acción colectiva y abarcadora se hizo patente tras la segunda Guerra Mundial. Pero la verdadera naturaleza del problema

no se ha puesto de relieve hasta los últimos años.

Se advierte ya que, en realidad, no se trataba meramente de reafirmar el comercio y el sistema económico, sino también de introducir cambios -e incluso reales transformaciones- en la sociedad y en su actitud.

A escala mundial, los problemas se multiplican no sólo por la diversidad de culturas y de sistemas económicos, la interacción de las tendencias políticas e ideológicas y el papel que desempeñan las empresas multinacionales, sino además porque las nuevas prioridades económicas entran en conflicto con los valores culturales de los diferentes países.

En nuestro siglo, el factor tiempo juega un papel importante, pues la gravedad de los problemas que se plantean y las legítimas aspiraciones de los pueblos a una vida mejor crean una situación de urgencia que puede dar lugar a soluciones provisionales y a medidas transitorias que tiendan a frenar la presión de la opinión pública pero que, por desgracia, no hagan sino aplazar la solución final.

Los prejuicios sociales

Existen prejuicios personales y prejuicios sociales. Ante los primeros es preciso mantenerse alerta. En cambio, sin prejuicios sociales difícilmente podría existir el individuo. Muy a menudo comprobamos que para poder actuar tenemos que formarnos una idea de la actitud de otras personas, hemos de tener en cuenta el sentir dominante, tanto en nuestro medio social, como en nuestra vecindad. Al relacionarnos con otros grupos humanos (extranjeros, negros, distinta clase social, etc.), es muy difícil que nos formemos un juicio propio basándonos en hechos comprobados por nosotros mismos, e instintivamente recurrimos a opiniones de terceros. Se llega así al concepto del "nosotros" y el de "ellos", es decir de los grupos que sentimos próximos y de los que, por el contrario, sentimos lejanos.

Frente a la noción peyorativa del "ellos" se alza la valoración positiva del "nosotros". El chauvinista, por ejemplo, tiene un prejuicio positivo de su propio país, y negativo del extranjero o de algún país en particular.

Los prejuicios tienen un indudable poder operante, que aumenta cuando se convierten en palanca

de organizaciones sociales, grupos de presión o fuerzas políticas. Se dirigen siempre contra determinadas categorías de personas. El prejuicio social atañe a la relación entre diferentes categorías sociales, y de ordinario se produce entre una mayoría y una minoría de la misma sociedad. Las víctimas suelen constituir una minoría, como por ejemplo, los judíos, los negros, los gitanos, etc.

¿Cuál es la esencia del prejuicio? Podría parecer que en su base está la irracionalidad. Pero es fácil detectar también implicaciones de orden puramente material: intereses encontrados, temor a la competencia, política salarial. Existen prejuicios sociales de muy diversa naturaleza, y sus efectos son, en parte, completamente distintos, en especial si se consideran las reacciones de los sectores de población afectados.

Cabe distinguir entre aquellas personas que ven en la sociedad más bien una jungla humana, en la que cada cual está contra todos -punto de vista que parece caracterizar a la personalidad con prejuicios- y las que, por el contrario, creen en una disposición general de los hombres a cooperar entre sí. En este sentido, los prejuicios pueden servir de orientación, aunque sean con frecuencia incoherentes.

Es usual atribuir a ciertas categorías de

personas, más o menos arbitrariamente definidas, determinadas propiedades. Se afirma, por ejemplo, que el campesino es sobrio y obstinado; el anciano, sabio; la juventud, feliz y despreocupada; que el rico está satisfecho y el pobre es desgraciado.

En el trato social, por otra parte, operan fuerzas que inducen al individuo a desempeñar frente a los demás un papel que corresponda a las esperanzas que éstos tienen puestas en él. Un determinado pronóstico puede crear las condiciones necesarias para que se cumpla, no sólo respecto al individuo frente a los miembros de su propio grupo, sino también, a veces, para con los miembros de otros. Vemos, por ejemplo, cómo el francés suele comportarse muy "a la francesa" cuando está en el extranjero para corresponder a las expectativas de sus semejantes indígenas y para eliminar una cierta inseguridad que se produce cuando uno piensa que su interlocutor no tiene una imagen precisa de él.

Cuando ese fenómeno es eficaz, la conciencia de pertenecer a una categoría crea accidentalmente un malentendido. De acuerdo con éste, la persona con prejuicios tiene frecuentemente razón, si bien sólo en un sentido superficial. El malentendido se debe no sólo a las ideas preconcebidas de esa persona, que ha hecho suyo el tópico cultural sobre la conducta de otros indi-

viduos, sino también a la conducta conformista y conforme con las esperanzas, que viene a ratificar la opinión estereotipada. Sin la presión de tales esperanzas, la persona juzgada se habría conducido de forma muy distinta. La identidad de nuestras esperanzas con la realidad no excluye, pues, un auténtico malentendido, que es consecuencia de un prejuicio social existente.

Este fenómeno explica las razones por las que en los prejuicios hay un fondo de verdad, aunque sea mínima en la mayoría de los casos. Si se examina el mecanismo que lleva a la confirmación de los prejuicios, se inmuniza uno contra la tendencia a ver en ello una justificación de los mismos.

Se puede decir, en suma, que la sociedad tiende, con mayor o menor éxito, a que los prejuicios de general difusión se vean confirmados posteriormente en la realidad. Lo consigue en los grupos que están totalmente integrados, como por ejemplo, entre las mujeres, mejor que en los que viven segregados de algún modo del resto de la sociedad, como ocurre a menudo con las minorías étnicas.

La idea estereotipada de ciertas categorías de personas no se ratifica sólo por el hecho de que influya en nuestra percepción, sino también por el

hecho de que otras personas nos confirman en ello al comunicarnos tales experiencias. En este sentido, los modernos medios de comunicación de masas juegan, a veces, un papel funesto. Las personas con prejuicios utilizan, además, preferentemente, las fuentes de información que confirman con profusión de detalles sus prejuicios.

Si consideramos las ideas estereotipadas exclusivamente bajo el aspecto de opiniones de grupo, se nos muestran como componentes de la cultura social, que pueden ser transmitidos como tales de generación en generación.

Con todo, la literatura científica concede, en la mayoría de los casos, muy poca importancia a éstos y otros intentos de explicación histórica. Se da por probado que los prejuicios no pueden sostenerse a la larga sin el apoyo de ciertas coyunturas de intereses o de ciertos factores de la personalidad, es decir, que no pueden sostenerse exclusivamente por su carácter tradicional. Por ejemplo, parece cierto que los prejuicios antijsponeses y antichinos en Estados Unidos han estado sometidos a fuertes cambios bajo la influencia de factores políticos y económicos.

La forma estereotipada de los prejuicios no es sorprendente por cuanto las formulaciones estereoti-

padas son, generalmente, bien fáciles de retener en la memoria y gozan, por ello, de amplia repercusión. El prejuicio se opone, además, a toda tentativa de desenmascararlo, y se resiste a toda formulación personalmente matizada.

Cuando una persona no ha tenido oportunidad de formarse un juicio propio sobre algún asunto, cae fácilmente, bajo la presión de las esperanzas en él depositadas, en la perplejidad, y se ve obligada a recurrir a los juicios estereotipados que conoce, para reproducirlos como opinión propia en el momento en que se le pregunte sobre el particular.

Los tópicos constituyen un rico filón de juicios a disposición de todo el mundo. Cuántas veces hablan los ancianos, por ejemplo, de "los viejos tiempos" en los que todo era mejor, sólo para expresar, sin meterse en honduras, su malhumor sobre un presente que no comprenden. Esas ideas están impregnadas, por lo general, de una intensa convencionalización, y tardan lo suyo en adaptarse a los continuos cambios sociales.

Digamos, finalmente, que los tópicos tienen la singular propiedad de servir de reactivos de los afectos humanos. Los discursos de los agitadores de uno u otro signo contienen harto reiterativamente, de forma monótona y uniforme, las mismas formulaciones

estereotipadas, cuyo objetivo es despertar determinados
e intensos afectos en el público.

Uso y abuso de los medio de comunicación

Muy pocos persisten ya en la idea de que los medios de comunicación no ejercen acción alguna sobre nosotros. Las discrepancias surgen a propósito de la naturaleza de esa influencia. Se trata de saber si hay que poner el acento en lo que esos medios hacen de nosotros o en lo que nosotros hacemos de ellos. La polémica se plantea en torno a la evaluación del peso específico de ambos factores.

Los llamados medios de comunicación de masas dependen estrechamente de las condiciones económicas, sociales, políticas e históricas que caracterizan a un país o a una población.

Habrà que determinar si nos condicionan o si contribuyen a liberarnos; si nos escapan o si podemos dominarlos. Sobre todo, habrá que tomar conciencia del problema que todo esto suscita. La tarea es de gran magnitud

La idea de medios de comunicación implica la de intermediario. En este caso, se trata de un intermediario tecnológico. Puede decirse que los medios de comunicación son, esencialmente, aparatos, objetos técnicos contruidos por el hombre. Son, por lo tanto,

artificiales y, como tales, forman parte de la civilización tecnológica, cuyo vertiginoso desarrollo caracteriza, sin duda, a nuestro siglo.

En consecuencia, hemos de situarlos dentro de un conjunto fundamental de nuestra época: el de las máquinas.

Ahora bien; los medios de comunicación son algo más que máquinas. Sirven para comunicar. Y esta característica es la que los hace específicamente distintos de las demás máquinas. Su aspecto técnico queda, en la mayoría de los casos, confundido con el propiamente humano. Tendemos a olvidar sus características puramente mecánicas, y ello hace que les temamos más que a las simples máquinas. En los medios de comunicación y en las computadoras se materializan, a los ojos, del profano, los peligros que podrían hacernos sucumbir.

Sucede que los medios de comunicación de masas pueden, como tales, llegar a un número considerable de individuos. Este fenómeno es particularmente claro en el caso de la radio y la televisión. Un número casi infinito de oyentes y espectadores puede ser alcanzado simultáneamente por tales medios. Basta para ello que la infraestructura técnica y, sobre todo, el número de receptores, sean adecuados.

En expresión de Marshall MacLuhan, el gran especialista de la comunicación, la humanidad está sa-liendo de la "galaxia Gutenberg" para entrar en la "galaxia Marconi"; es decir, está abandonando la era de comunicación impresa y entrando en la civilización que podríamos llamar audiovisual, simbolizada especialmente por la televisión.

Al parecer, la humanidad no es plenamente cons-ciente de que está pasando de uno a otro medio de comunicación. Sigue ligada al pasado ciegamente, y si no rectifica pronto su actitud, corre el riesgo de ser víctima de una suerte de dictadura de los medios de comunicación.

No estará de más que nos detengamos en algunos cifras.

Hasta los 13 años, la proporción de niños que contemplan la televisión es enorme. En los Estados Unidos, pasan un promedio de 30 horas semanales ante la pequeña pantalla; bastante más tiempo que en la escuela. En Francia, las cifras son también considerables: 25 horas semanales. A ello hay que añadir las numerosas horas pasadas en la lectura de historietas gráficas, escuchando discos o la radio, etc.

En suma: los medios de comunicación constituyen ya la dimensión esencial de la vida infantil, querá-

moslo o no, en los países más avanzados.

La radio y la televisión ejercen una poderosa influencia, mucho más importante de lo que suele pensarse; influencia decisiva, que a menudo se tiende a olvidar.

Las observaciones realizadas en todos los países son sensiblemente convergentes. El papel que desempeñan los medios de comunicación es importante, especialmente entre las generaciones jóvenes. Cuantitativamente, ocupan en la vida humana un lugar tan destacado como el tiempo consagrado al trabajo. Puede decirse, sin exageración, que son omnipresentes.

Su irrupción en la vida cotidiana provoca actitudes de oposición que se han tenido con frecuencia por fenómeno nuevo. En realidad no es así. En otras ocasiones han surgido en la historia análogos movimientos hostiles, y los argumentos esgrimidos solían ser notablemente próximos a los que hoy se emplean contra los medios de comunicación.

El ejemplo más claro es, tal vez, el de la invención de la imprenta. Fueron principalmente los clérigos, que ostentaban la cultura y el saber de la época, quienes se opusieron a la imprenta, presentándola

poco menos que como un invento diabólico. La cultura iba a ser abandonada a los que no la merecían. Cabe preguntarse si no se trataba, en realidad, de una voluntad de segregación social: los privilegiados de entonces serían conscientes de que el saber era un poder. Y si la imprenta ponía el saber al alcance de todos, ese poder dejaría de estar controlado y centralizado.

En todos los tiempos se manifiestan actitudes retrógradas semejantes, lo que no ha impedido nunca la difusión y el avance de los nuevos medios creados por el hombre.

La oposición contra los medios de comunicación tiene también sus raíces en la vieja lucha del hombre contra la máquina. Esta ha suscitado a menudo una resistencia violenta e injustificada. El trabajo industrial mecanizado aliena al individuo -se ha repetido- porque le sojuzga al mismo ritmo de la máquina.

Hoy día, la cultura audiovisual parece hallarse en un complejo laberinto: todo el mundo usa de ella, pero quienes ostentan el poder cultural declaran que es inútil; que la verdadera cultura es la escrita. Habrá que esperar aún bastante tiempo para que se conceda a la cultura audiovisual el respeto que merece. Las nuevas generaciones nos forzarán a ello.

En términos generales, se puede afirmar que los medios de comunicación no merecen los violentos ataques de que son objeto. Se confunde con harta frecuencia su poder con el empleo que se hace de ellos. Es necesario plantearse equilibradamente sus posibilidades para combatir con eficacia el mal uso que a menudo se les asigna. Tampoco es prudente adherirse al entusiasmo inquietante que a veces suscitan. Lo que importa es mantenerse alerta, examinar objetivamente aquello que pueden aportar y lo que realmente aportan. Se verá así que poseen una gran capacidad, pero que podría lograrse de ellos mucho más de lo que se obtiene.

Volvemos, en cierto modo, al primitivo estado tribal, pero con una diferencia capital: que la tribu no sólo agrupa a unos cuantos individuos, sino al planeta entero. Por los medios de comunicación, el mundo se convierte en un pueblo de enormes dimensiones, una inmensa tribu cuyos miembros pueden participar en la vida de la totalidad. La televisión ejerce, más que los demás medios, una influencia decisiva. Hace participar a los espectadores en lo que sucede en el mundo entero.

Por ser un medio frío, solicita la cooperación activa del espectador. La imagen se compone de tres millones de puntos por segundo, de los que aquí no selecciona más que algunos centenares para constituir

la imagen que realmente percibe. Su participación en los acontecimientos es, pues, activa, como antiguamente ocurría en la vida de la tribu.

Al parecer, merced a los medios de comunicación, la humanidad se transforma, creándose un nuevo porvenir a partir del pasado. Se trataría de una verdadera mutación de la civilización; de una reorganización global que no destruye el pasado, sino que le confiere una dimensión radicalmente nueva.

Esta transformación fundamental provoca resistencias. Se plantea aquí el "conflicto generacional" al que aludíamos en otro lugar. Las generaciones de más edad tienden a ser más reservadas que las jóvenes ante las modificaciones que se operan. A través de los medios de comunicación se manifiesta ejemplarmente este fenómeno, especialmente en el ámbito escolar. Los enseñantes representan, en gran medida, la vieja generación. Ello explica los conflictos que existen en el mundo entero entre educadores y alumnos. Estos últimos tienen, muy a menudo, conciencia de aprender lo esencial en su contacto con los medios de comunicación. No es raro que asistan a los centros de enseñanza únicamente para contemporizar con los adultos a quienes deben obedecer. Los jóvenes han comprendido que la televisión será el instrumento del compromiso individual, de la comunica-

ción recíproca, ya sea con otras personas o con otros sistemas sociales o científicos.

Los medios de comunicación tienen una importancia social capital, precisamente porque encarnan el punto de contacto de un conflicto fundamental entre generaciones, que marcará el porvenir de la humanidad entera.

La actitud ante dichos medios varía según los distintos grupos sociales. Gustan a unos; precisamente por lo que desagrada a otros; aportan a unos algo que otros no necesitan. En suma, su característica esencial es su gran flexibilidad; la capacidad de plegarse a las aspiraciones de los usuarios.

Técnicamente, poseen una potencia planetaria. Ninguna región del globo les es inaccesible. Son capaces de poner instantáneamente en contacto dos puntos cualesquiera del mundo.

La aparición de los satélites artificiales ha acentuado aún más la fuerza de este fenómeno. Sabemos que el cielo está poblado de multitud de ellos. Sirven diversos fines, pero desempeñan siempre una función comunicativa. En el campo de la meteorología, por ejemplo, juegan un papel decisivo.

Existen ya inmensos proyectos de educación

mundial basados en los medios de comunicación, que serán difundidos mediante los satélites en el universo entero. La enseñanza audiovisual cobrará así una dimensión mucho mayor.

En numerosos países, sobre todo del Tercer Mundo, donde la educación tradicional plantea problemas casi insolubles, los medios de comunicación, apoyados por los satélites artificiales, permitirían poner en práctica nuevos modos de enseñanza meros onerosos. Las grandes organizaciones internacionales conceden a este asunto una importancia considerable, pues ven en él una vía que conduciría a un mejor desarrollo.

Hay que señalar que, sin esperar la puesta en servicio de satélites verdaderamente eficaces, ya han empezado a funcionar ciertos proyectos masivos en el terreno educativo. Lógicamente, son los países del Tercer Mundo los primeros en realizarlos.

El más célebre de ellos es, quizá, el que tiene lugar en Costa de Marfil. Se inició en 1967 y debe alcanzar su pleno desarrollo en 1980. Se trata de transformar toda la enseñanza primaria en enseñanza televisada. Dado el gran número de niños en edad escolar y la escasez de maestros, los medios de comunicación constituirían el único instrumento capaz de hacer frente a la demanda.

Se ha decidido implantar la televisión en todas partes.

Las clases se emiten en la pequeña pantalla, y los monitores explican in situ a los niños lo que necesitan, corrigen sus errores y les proponen ejercicios prácticos. La televisión constituye, pues, el arma pedagógica fundamental. Toda la escolaridad primaria gira en torno a ella.

Hay que insistir en el hecho de que los medios de comunicación no son solamente instrumentos de transmisión. Actúan sobre los seres humanos mediante mecanismos de orden afectivo todavía mal conocidos. Afectan a la imaginación, a los sentimientos y a nuestras capas sensibles. Nos caracterizan íntimamente.

En términos generales, su influencia opera a través de canales diversos, ajenos a la razón, y no hay que olvidar que los telespectadores reaccionan ante ellos.

Han transformado, en gran parte, nuestra existencia cotidiana. No han modificado, al parecer, nuestras actitudes fundamentales, nuestros comportamientos íntimos y ancestrales, nuestra visión del mundo. Su aparición es, históricamente, muy reciente. Por ahora, sólo dos cosas parecen ciertas: que ejercerán en la vida de la humanidad una influencia creciente, a la que nadie

escapará, y que únicamente nos sojuzgarán si nosotros lo consentimos.

La "enseñanza paralela" que depara la televisión merece con frecuencia juicios condenatorios y actitudes hostiles por parte de la escuela tradicional. Tiende ésta a poner fuera de la ley a la llamada cultura de masas, tildándola de cultura inferior, de falsa cultura.

Sin embargo, el cine y la televisión son instrumentos nada desdeñables para canalizar la inteligencia. No parece que la pedagogía tenga gran cosa que temer de tal cooperación. Cabe preguntarse si, por el mismo hecho de su profesión, no deberían vencer los enseñantes esa repugnancia. Algo se ha avanzado por ese camino.

En su conjunto, los medios de comunicación, y principalmente los audiovisuales, representan una actividad de "ocio" muy importante y vivamente apreciada. Por eso hay que deplorar que no se incorporen masivamente a la enseñanza. Parece que ése sería el único medio razonable de resolver verdaderamente el antagonismo entre educadores y alumnos a propósito de la cultura de masas. Ahí radica la oportunidad de dominar los medios de comunicación. Creemos que, inevitablemente, acabarán por integrarse en la enseñanza. Toca a la es-

-106-

cuela lograr que los alumnos, apasionados por ellos,
no sean sus víctimas.

Sentido único de la información

Un aspecto importante del efecto que ejercen los medios de comunicación modernos en la sociedad es el relativo a la propia información transmitida, a quién dispone de ella, a quiénes se destina. Estos factores ofrecen buen motivo de reflexión y merece la pena detenerse en ellos.

El tema implica aspectos tan notables como el de la actitud del Tercer Mundo ante la llamada "libertad de información" y el del verdadero papel que debe desempeñar la información.

Es evidente que hoy día ésta constituye un poder tecnológico y político, tanto en el plano nacional como en el internacional. Los centros de decisión en esta materia se desplazan cada vez más hacia las sociedades que tienen gran capacidad de producir, obtener y comunicar la información. En general, el mundo de la información está dominado por el Occidente. Se comprende que los países en desarrollo acepten de mal grado su situación de simples "consumidores" de un producto cuya fabricación y distribución no controlan. Hay que preguntarse si existen en el mundo personas que pueden expresarse porque disponen de los medios necesarios

para ello, y otras que no pueden.

La difusión de la información es, en gran parte, un proceso unidireccional cuyo origen se halla en algunos centros situados, esencialmente, en los países industrializados. La información refleja los intereses y aspiraciones de dichos centros. Tal desigualdad en el empleo de los medios informativos representa un desafío frente al cual hay que reaccionar.

Se trata, en el fondo, de restituir a la información sus cualidades liberadoras en vez de convertirla en instrumento de dominación. El desequilibrio tiene múltiples implicaciones, tanto económicas como culturales y sociales.

A partir del presente decenio, el ascenso del Tercer Mundo en la escena mundial y la urgencia de los problemas que habían de resolverse suscitaron una toma de conciencia sobre la necesidad de reivindicar la identidad cultural de los pueblos. De apoyarse en ella para abordar, con criterio más equitativo y óptica global, la cuestión del desarrollo. De ahí la necesidad de integrar en todos esos esfuerzos en pro del desarrollo una política cultural de la comunicación.

La cuestión es de actualidad, y probablemente

lo seguirá siendo en años venideros, pues los países receptores de la información reclaman con fuerza creciente la posibilidad de ejercer un justo derecho de réplica. Se impone elaborar una nueva concepción del derecho a la información.

Los modernos medios de comunicación saltan por encima de las fronteras. Los problemas no se plantean, en realidad, en el terreno técnico, sino en el político. Durante el primer Decenio para el Desarrollo, iniciado en 1960 por las Naciones Unidas, se atribuyó gran importancia a las posibilidades que ofrecen los nuevos medios para generalizar la comprensión internacional. Las estaciones comerciales de radiodifusión parecían tener gran confianza en tales posibilidades. Investigaciones ulteriores han demostrado que, si en una nación o en una cultura determinada no se perciben claramente la naturaleza y el proceso de la comunicación, ello es aún más evidente en el complejo ámbito de la comunicación cultural internacional.

Uno de los grandes obstáculos, es, en este punto, la barrera lingüística. Los posibles destinatarios no conocen, en muchos casos, el idioma empleado en la radiodifusión. Actualmente, el inglés es la lengua principal de comunicación internacional. Ello no sólo se debe al número de personas que lo hablan, sino también a que, hasta ahora, Gran Bretaña, Estados Unidos

y Australia vienen dominando la comunicación radiotelegráfica.

En los últimos años, se ha enconado el debate a medida que se convertía en realidad la posibilidad de transmitir directamente emisiones de radio y televisión por encima de las fronteras. Se trata, esencialmente, de que la comunicación es una forma de poder. El control de los mecanismos y el contenido del sistema de comunicación de un país pueden permitir a una serie de intereses creados controlar aspectos importantes de las decisiones de la sociedad y de sus valores culturales y políticos.

Existe hoy gran contradicción entre dos principios esenciales: el "derecho soberano" de los estados en materia de comunicación a través de las fronteras nacionales, y la libre circulación de la información. La mayoría de los países afirman respetar uno y otro, pero muchos de ellos perciben ya la dificultad de conciliarlos de acuerdo con una política de comunicación coherente.

En éste como en tantos otros graves problemas que pesan sobre la humanidad, se echa en falta la existencia de algún organismo transnacional con poder y capacidad decisoria suficientes para controlar los recursos que hoy están al alcance del hombre.

Identidad, diversidad y destino de la cultura

Es de esperar que se halle una solución a largo plazo a los problemas pendientes. Ello dependerá, en gran medida, de la solidaridad internacional y de los esfuerzos que hagan los estados. Sobre todo, de la generalización de una toma de conciencia que empiece a esbozarse, por fortuna, al acercarnos al año 2000.

Toda solución a los problemas de nuestro siglo asociados a las relaciones políticas, económicas y sociales entre las naciones implica transformaciones profundas del esquema de comportamiento social y de las actitudes culturales. Tales transformaciones facilitarán la interdependencia de los pueblos sin merma de su genio original ni de su cultura específica.

La tendencia más notable en las relaciones entre estados y pueblos es su creciente toma de conciencia de la diversidad cultural del mundo, de su rico acervo cultural y de su contribución valiosa al legado común de la humanidad.

Todo pueblo, nación o estado tiene derecho a su propia cultura, que debe desarrollar de acuerdo con sus tradiciones peculiares, en el contexto de las



instituciones políticas que ha creado. Es deber de los demás pueblos, naciones o estados respetar esa identidad cultural y la integridad territorial.

No se trata tanto de acallar la rebeldía del pobre frente al rico, de rellenar el foso que separa a los pueblos, como de servir al hombre, a todos los humanos; de persuadir a todas las naciones a que luchen, hombre con hombre, contra los males que, en diferente grado, afectan a todos: la amenaza de conflictos armados, el colapso de los valores humanos -valores morales-, las alarmantes desigualdades entre los grupos sociales y el creciente deterioro de la herencia natural y cultural.

No puede haber hoy día verdadero pluralismo cultural si todas las naciones no recobran su identidad cultural. Ese derecho a ser diferente³ brinda una sólida base a la cooperación cultural e intelectual que es necesaria para establecer un nuevo orden mundial más justo y más fraterno. Tal cooperación ha de fundarse en el respeto a los demás.

Ello implica la necesidad urgente de revisar por completo nuestras pautas de moralidad pública y privada. Vivimos quizá uno de los periodos de decadencia más graves de la historia. Un periodo en el que los go-

biernos no vacilan en recurrir a la tortura para mantenerse en el poder. No faltan las organizaciones transnacionales encomiables que denuncian éstos hechos, pero son insuficientes en número y en capacidad y, oficialmente, los hechos suelen silenciarse. El ciudadano medio tiende a desinteresarse, lo que es indicio de la necesidad de revisar nuestros esquemas morales.

Cabe concebir una política nacional mundial, máxime cuando los individuos comprenden que una única cultura mundial no es objetivo deseable. El requisito previo de esa política sería que comprendiéramos la idiosincrasia de los demás y aceptáramos las diferentes identidades; que no midiéramos por nuestra propia experiencia la experiencia ajena. Sólo entonces podría nuestra identidad ejercer una influencia fructífera en el prójimo. Son muy vastas las posibilidades de intercambio de los valores culturales heredados y de los adquiridos. Pero la uniformidad cultural y espiritual no puede ni debe ser nuestro objetivo.

En el mundo de mañana, será indispensable tomar en consideración todas las formas de cultura en el sentido más amplio de la palabra. La cultura es esencial para la supervivencia de los pueblos. Difícilmente soportarán éstos la presión económica y social que supone el deseo de elevar su nivel de vida si no se adoptan las medidas necesarias para preservar su patrimonio cultural.

Papel de los intelectuales

¿Qué función toca desempeñar a los intelectuales en la lucha por resolver estos problemas?

De su actividad e influencia puede depender el despertar de las sociedades. No es competencia exclusiva de los políticos. Ningún gobierno puede hoy desafiar el poder del intelecto con impunidad ni trazar una política eficaz sin el respaldo de una filosofía coherente. Los pueblos son cada vez más conscientes del peligroso desequilibrio del mundo.

En todo el globo se celebran conferencias para determinar el modo en que puede llegarse a una base más justa y equitativa. Por desgracia, éstos son paliativos que no van a la raíz del problema. Los países desarrollados participan en esas reuniones, pero parecen decididos a preservar sus privilegios a la manera en que un rico, para acallar su conciencia, distribuye limosnas y cuida bien de no entrar en el fondo de la cuestión.

Lo que cabe esperar de los intelectuales es una solución duradera (en esto como en otros asuntos de acuciante actualidad) que tenga efectos de largo alcance sobre la mente de los más.

Hay dos clases de personas de las que no se puede esperar impulso alguno que favorezca la necesaria transformación de la sociedad: las que aún siguen beneficiándose del actual estado de cosas, y las que padecen hambre y las peores adversidades. Las primeras no se preocupan porque son socialmente ignorantes o radicalmente egoístas; las segundas, porque sufren ya demasiado para ocuparse de otra cosa.

Queda mucho por hacer a quienes no forman parte de esas dos categorías. A las minorías, a la juventud y a buena parte de los intelectuales, a los hombres y mujeres que luchan ya por cumplir su responsabilidad humana. Ellos pueden ignorar deliberadamente los objetivos superados, identificarse con el sufrimiento, compartir la carga común de los desheredados.

Urge tomar conciencia de qué vivimos una etapa peligrosa de transición; una incómoda situación entre dos épocas. Algunos permanecen anclados en un pasado paternalista y autosatisfecho. Otros miran hacia un mañana más humano y más digno de nuestra especie.

Los jóvenes están ávidos de nuevos valores morales y sociales con que hacer frente al desconocido futuro. No pocos de ellos incurren en la destrucción y el vandalismo porque la violencia es el medio más expeditivo que los adultos les ofrecen como modelo.

Las múltiples expresiones de esa violencia de la juventud bien pueden verse como formas negativas de creatividad.

La sociedad necesita individuos animosos con nuevas ideas, grandes maestros, intelectuales y creadores con influencia pero sin poder.

Hay gentes que combaten en los cinco continentes y señalan nuevos estilos de vida fundados, a veces, en valores olvidados. Pero a menudo no se conocen entre sí ni tienen ocasión de reunirse, y en ocasiones sucumben porque su mensaje es demasiado claro. El poder conoce el alcance de su influjo.

Por eso haría falta una extensa red que pusiera en conexión a esas gentes y esas ideas para que, aunando esfuerzos, cobrasen fuerza y empuje. Para que en esta etapa de transición pueda operarse la transformación que nuestra sociedad requiere.

El problema es cómo escuchar lo que se dice en todo el mundo. Y para ello hace falta un lenguaje común de conceptos básicos que los más conscientes comparten.

En torno al desarrollo

El hombre existe sobre la Tierra desde hace un millón de años aproximadamente. Sin embargo, no ha aprendido a escribir, a expresar su pensamiento de manera durable, hasta hace relativamente poco. Tan sólo seis o siete mil años. La agricultura, en el sentido estricto, es también comparativamente reciente. Hay que suponer que el hombre primitivo, en la época de nuestros primeros padres, satisfacía sus necesidades con lo que tenía al alcance de la mano. Tardó mucho tiempo en descubrir lo que hoy, por parecernos evidente, puede hacernos pensar que estuvo a su disposición desde el primer instante.

La naturaleza le impuso, en los primeros tiempos, un cierto grado de libertad en lo que atañe a su autonomía propia y a su vínculo con el medio circundante. Imponente y poderosa, le obliga a avanzar de una manera determinada.

Actualmente, la naturaleza está lejos de haber sido dominada, pero el hombre puede, en muchos aspectos, emplear medios con que paliar su influjo. O por lo menos, puede encauzar lo que hace siglos era fuerza libre y sin freno.

La observación de la naturaleza, el intento de hallar una explicación a lo que parecía provocar ciertos ciclos o transformaciones, dio al hombre la posibilidad de descubrir las leyes que regían fenómenos hasta entonces inexplicables. La observación, el asombro y el temor debieron ser el origen de los primeros pasos que dio en su carrera científica.

Pero el hombre necesita de la técnica, y ésta, a diferencia de la ciencia, no constituye en sí misma un camino hacia la verdad. Tiene un carácter instrumental. Rápidamente ha ampliado sus dominios, y hoy vemos la transformación que ha impuesto en muchas actividades. Se hace sentir su acción en la alimentación, la información, la capacidad de dominio, el transporte, la salud, la protección contra las inclemencias y, en suma, en un bienestar que ha hecho suya la palabra confortable.

Hay otro aspecto en el que la evolución de la ciencia y con ella el desarrollo de la técnica ha hecho impacto. Ha modificado el planteamiento de ciertos problemas, como los relacionados con la formación humana y la enseñanza.

La gran fragmentación en la aplicación de los saberes conlleva una especialización. El trabajo ha tenido que dividirse. Es imprescindible el dominio preciso de una parte muy reducida de los conocimientos.

No puede olvidarse que el tiempo transcurrido entre un descubrimiento científico y su aplicación se ha acortado extraordinariamente en los últimos años. Pero al mismo tiempo que el trabajo se ha dividido y se ha hecho más necesaria la especialización, ha surgido la necesidad de una mayor colaboración. Hoy, más que nunca, se trabaja en equipo. Se intenta romper los compartimentos estancos en que en otros tiempos se encerraban las distintas disciplinas de la ciencia y de la técnica.

En el mundo actual, la cultura no se presenta solamente como el conocimiento de materias de índole humanística. La ciencia ocupa un lugar importante y el hombre culto no puede ignorar los nuevos descubrimientos.

Surge el concepto de desarrollo, y con él la clasificación de los pueblos con arreglo a un nivel que, por no estar suficientemente definido, no da cuenta cabal de lo que realmente significa el superdesarrollo o el subdesarrollo. Pero es indudable que las relaciones entre la ciencia y el desarrollo son hoy temas de estudio y de preocupación.

Desarrollo y subdesarrollo

El hambre y la bomba atómica han sido los dos grandes descubrimientos del siglo XX¹. El hecho de que el ser humano haya tomado conciencia de estas dos amenazas está a punto de hacer cambiar el pensamiento político mundial.

A partir del invento de la bomba atómica, instrumento de suicidio colectivo, la guerra ha llegado a ser imposible y hay que hallar en la paz la solución a los alarmantes problemas que se plantean al hombre de la era atómica. Por lo tanto, es la guerra lo que se convierte -al menos teóricamente- en una utopía, mientras que la paz parece la única realidad viable.

El descubrimiento del hambre como calamidad universal ha demostrado que la paz sólo puede conquistarse mediante la previa eliminación de aquélla, responsable de la peor tensión social del mundo presente: la tensión que reina entre los pueblos pobres, hambrientos, que viven bajo un régimen de economía dependiente, y los pueblos ricos y bien alimentados que habitan los países industrializados.

Los primeros se han dado cuenta de la injusticia social que les obliga a vivir periféricamente la con-

1 El hambre -tan vieja como el hombre- ha de entenderse aquí como fenómeno evidente de fuerza social, capaz de provocar conmociones de incalculables consecuencias.

dición humana. De esta toma de conciencia ha surgido, por una parte, la rebelión, y por otra, el deseo de emanciparse de estado marginal económico y social. En tal toma de conciencia radica la cristalización de la idea-fuerza central de nuestro siglo: la idea de desarrollo.

La característica de los pueblos subdesarrollados es que todos padecen hambre. Hambre de alimentos, de conocimientos, de libertad. Si la primera es la que atenaza con mayor fuerza a las grandes masas humanas que componen las naciones pobres, el hambre de saber es la que se extiende con mayor ímpetu entre los representantes de la generación atómica. Esos jóvenes sobre cuyos hombros pesa la responsabilidad de rehacer el mundo.

La finalidad esencial de la verdadera educación consiste en incorporar las masas humanas al gran proceso de su historia. Educar a los pueblos subdesarrollados consiste, ante todo, en hacerles cobrar conciencia de su realidad social y proporcionarles los medios de salir de su etapa actual. Y entre los diferentes factores de producción, esenciales para el desarrollo, el más importante es el elemento humano, sobre el cual descansan el trabajo y la productividad.

Debiera ser objetivo primordial alcanzar un equilibrio entre los problemas de la cultura y los del desarrollo; convertir éste en un fenómeno global, humanizado y armonizado. La cultura no ha de ser un lujo superfluo. Constituye un ingrediente indispensable para el desarrollo de los pueblos.

Vemos, pues, el desarrollo, fundamentalmente, como un problema de educación, de formación de responsables en todos los planos.

Los pueblos no compartirán el saber mientras no lo respeten. El día en que se decidan seriamente a compartirlo, en que acometan juntos la tarea de adquirirlo, cambiará su política. Descubrirán que ésta consiste en construir la paz en lugar de preparar la guerra.

Se han realizado numerosas encuestas sobre el analfabetismo¹. Las que se basan en el censo general de la población no son fáciles de interpretar, pero es posible obtener resultados satisfactorios utilizando las estadísticas escolares. Se estima que cuatro o cinco años de enseñanza primaria proporcionan una alfabetización suficiente.

Las cifras confirman que el analfabetismo disminuye con el desarrollo de la asistencia escolar. No

1 Cf. el cuadro 4.

obstante, se precisan varios años de enseñanza obligatoria para lograr una disminución apreciable del número de analfabetos. Los individuos que han pasado por la escuela primaria, solamente retienen lo aprendido si practican la lectura y la escritura en el medio en que viven.

Está en marcha el gran movimiento de la educación de adultos, obra de los países industrializados. Las naciones en vías de desarrollo, por su parte, se concentran en la educación de base. Pero la aceleración del cambio impone una educación permanente de todos los hombres y mujeres. Una educación activa, comunitaria y realista que ya se estima esencial en todos los continentes. Esto no significa que los continentes y los pueblos sean iguales, sino que unos y otros -ricos y pobres- se conocen mejor cuando se comparan; prueba de que no sólo son solidarios, sino miembros de una misma civilización. Y sus diferencias son enriquecedoras.

La educación es indispensable, pero no suficiente. El hombre tiene que alimentarse, vestirse, vivir con arreglo a los medios de nuestra época. Para que todos los hombres accedan a ello, es necesario el entendimiento, el acercamiento. Nuestra suerte es que cada uno se siente diferente y que todos se saben solidarios. Estamos obligados a encontrarnos profundamente. No compartimos la misma idea del hombre, pero la existencia de cada uno,

por singular que sea, interesa a todos los demás. Esta singularidad es mucho más interesante que la ociosidad humana cuyas viejas filosofías hacían el caldo gordo. De lo que se trata es de que coexistan las múltiples facetas del hombre sin contentarse con palabras. La educación permanente no necesita buscar más lejos la concepción del ser humano.

El hombre y su entorno

Todos los elementos materiales que el hombre necesita y utiliza son esencialmente "naturales". Para vivir, depende sobre todo del aire, el agua y los alimentos, y necesita un espacio que se los proporcione. Para desarrollarse, precisa materias primas y energía. Hoy se comprueba de manera científica que todo existe en nuestro globo en cantidades limitadas.

Hace años, las fuentes de abastecimiento eran aparentemente inagotables. Todavía quedaban en el planeta grandes extensiones inexploradas. El consumo mundial era moderado porque la población aún era escasa.

Hasta hace poco tiempo se consideraba el oxígeno como un elemento ilimitado, invariablemente renovable. Con la tecnología moderna, no sólo se ha puesto en tela de juicio esa creencia, sino que se quema el oxígeno en proporción superior a la del consumo que antes se hacía de él. Esta situación se agrava por las perturbaciones que la acción humana provoca, por ejemplo, con el agotamiento de capas vegetales, bosques y masas verdes y con la contaminación del agua.

Esta, tan necesaria para la vida humana en los más diversos órdenes, existe igualmente en cantida-

des limitadas. Su agotamiento sólo puede evitarse manteniendo su capacidad de reciclaje dentro del sistema ecológico. Pero la acción del hombre obstaculiza la continuidad de ese reciclaje natural, sobre todo a causa del excesivo consumo y de su incidencia en el equilibrio bioquímico de las masas de agua.

Para su alimentación, el hombre depende también del equilibrio de la biosfera, del mundo acuático, de la fertilidad de la tierra, de la acción del agua y de la radiación solar. De estos elementos, la tierra es el más gastado y restringido por diversas razones: naturaleza geológica de las capas superiores, demanda de terrenos para usos urbanos, industriales y de ocio, etc. La técnica moderna canaliza sus esfuerzos en varias direcciones. Trata de solucionar esos problemas y ha cosechado grandes éxitos, pero también grandes fracasos. La mayoría de estos últimos se ha debido a la falta de coordinación de las distintas disciplinas especializadas, o al hecho de no haber enfocado los problemas de manera global.

Las fuentes de energía y los yacimientos de minerales se conocen con relativa precisión. Si se compara el ritmo de agotamiento de los recursos energéticos y el de los minerales, no faltan motivos para reconsiderar, ante el próximo, futuro, la actitud que el mundo actual parece adoptar respecto al consumo de

esos elementos¹.

Por otra parte, la interacción del hombre y su entorno implica tanto aspectos de las ciencias físicas como de las sociales. Un enfoque que se apoye solamente en una de esas ramas es insuficiente. La presión sobre los recursos es función del sistema socio-económico. Tanto perjuicio pueden ocasionar al entorno natural las economías maltrechas de las zonas escasamente pobladas, como las presiones ejercidas en pequeños países altamente industrializados. Se impone una cooperación a escala mundial en el estudio exhaustivo de la naturaleza, que tienda al óptimo aprovechamiento de sus riquezas. El Programa sobre el Hombre y la Biosfera promovido por la UNESCO es, quizás, un eficaz punto de partida hacia esa meta y una aportación a la gran empresa de solidaridad que es hoy tan necesaria.

¹ Sirvan de ilustración los siguientes datos, procedentes del Club de Roma:

<u>Elemento</u>	<u>Reserva mundial</u>	<u>Duración en años</u>
petróleo	455×10^9 barriles	38
cobre	308×10^{12} metros cúbicos	31
gas natural	32×10^6 ton. métricas	36
plomo	91×10^6 ton. métricas	26
zinc	123×10^6 ton. métricas	23

Economía y ecología

Los problemas ecológicos afectan de lleno a la estrategia económica. El problema radica, en este sentido, en permitir que la naturaleza siga su curso actuando sobre ella. Se advierte la gran contradicción que existe entre el poderío del hombre, que crece sin cesar con el avance de la técnica, y los problemas que cada vez pesan más sobre la humanidad.

La revolución científico-técnica no es, en realidad, la causa de esta situación. Revela que la línea de acción seguida frente a las leyes de la naturaleza es equivocada. No se puede obrar desentendiéndose de esas leyes ni se puede expulsar al hombre de la naturaleza. Se observa en ésta una serie de ciclos heterogéneos, paralelos a las diversas especies en evolución. Cada vez que se ataca o destruye una variedad vegetal o animal, se disminuye el capital natural del planeta.

A menudo se intenta uniformizar las variedades, cuando de lo que se trata es de preservar el capital biológico natural.

El enfoque económico que se adopte es de la mayor importancia. Muchas veces, en lugar de orientar

la producción para satisfacer las necesidades vitales del hombre, se orienta hacia el beneficio, hacia el rendimiento económico. Es enorme el desperdicio que supone la producción de artículos deficientes, poco duraderos, artificiales, que con frecuencia no se pueden reparar y quedan inservibles..

En Europa, por ejemplo, se ha sectorializado la producción. Se toma el beneficio por fin primordial, a costa de lo que sea. Los productos de desecho de un sector determinado podrían ser la materia prima para otro, pero no se aprovechan.

Es sabido que la energía no hace sino transformarse. Todo fenómeno de manipulación produce una liberación de energía en una u otra forma. ¿Cómo se habla, entonces, de "crisis de la energía"? En páginas anteriores hemos dicho que los recursos energéticos (fósiles y minerales) no son inagotables; que está previsto su agotamiento. Pero también se ha comprobado, por ejemplo, que la fotosíntesis tiene una capacidad superior al desgaste energético. De hecho, energía hay en todos sitios. Lo que hace falta es aprovecharla, emplear todos los medios de la técnica moderna y acabar con el desmesurado despilfarro causado por una economía interesada o mal orientada.

El problema de la contaminación tendría solución relativamente sencilla si las grandes empresas,

en vez de actuar con arreglo a sus apetencias o a sus dimensiones, lo hicieran pensando en las necesidades vitales de la comunidad. Es preciso evitar la gran contradicción que existe entre quienes ostentan el poder económico y los intereses de la humanidad. Hay un círculo vicioso en el subdesarrollo, tanto en el plano sociológico como en el biológico y en el intelectual. Uno de los peligros más graves que amenazan a los seres humanos es la rapidez con que se degrada el suelo y se contamina el medio ambiente.

En 1977, la prensa se hizo eco de la gran catástrofe ecológica de Seveso, en la región milanese. Aunque los médicos lanzaron un llamamiento contra toda inquietud "injustificada", ello no impidió que un 20 por ciento de los niños de la zona contaminada por la dioxina contrajeran cierto tipo de acné agudo. Se detectaron huellas evidentes de toxina incluso en legumbres frescas vendidas lejos de la zona señalada como peligrosa. La intervención del ejército, el desconcierto de las autoridades y las opiniones divergentes de los científicos no sirvieron para terminar con el problema de la descontaminación de las viviendas y los cultivos y la recuperación de las zonas afectadas por la nube tóxica, que dos años después seguía sin solución satisfactoria.

Estos problemas, como todos los que aquejan

-131-

a la humanidad, requieren enfoques fundados en planteamientos globales. Su solución depende de que se creen organismos transnacionales capaces de superar los intereses personales o de grupos.

C a p í t u l o I I

CONTRADICCIONES Y FRICCIONES

La ciencia, patrimonio universal

Hoy día, la humanidad dispone de los medios que necesita para transformar el mundo. Uno de los grandes beneficios de la ciencia y de la tecnología es que hacen a los pueblos interdependientes. Importantes proyectos de investigación nuclear, transformación de tierras yermas, aprovechamiento de recursos marinos, desalación del agua del mar, desarrollo del Océano Indico, y otros, son frutos de la cooperación internacional: desbordan la capacidad técnica individual de los países interesados. La colaboración entre las naciones, la coordinación de los trabajos de investigación, el intercambio de científicos y de información, las reuniones internacionales, son, todas ellas, formas eficaces de cooperación intelectual que nos muestran cómo los pueblos dependen unos de otros y cómo las naciones pueden ayudarse entre sí.

La ciencia y la tecnología han logrado grandes éxitos en la lucha contra las enfermedades y han mitigado considerablemente las plagas del hambre y de la ignorancia. Queda mucho por hacer, sin embargo, en lo que atañe a la protección de la salud y el mejoramiento de las condiciones sanitarias.

Mientras la ciencia médica continúa su carrera de éxitos hacia la total liberación del hombre frente a

enfermedades, lo que hoy hace falta, ante todo, es llevar a las grandes masas de población las conquistas alcanzadas en el ámbito de la medicina preventiva.

El ritmo del progreso científico es cada vez más vigoroso. Nadie puede predecir lo que la ciencia nos tiene reservado para el futuro. Pero se puede afirmar que todos sus descubrimientos y aplicaciones podrán emplearse en beneficio del hombre, siempre que éste lo quiera.

Aunque la ciencia y la tecnología han elevado la calidad de nuestro diario vivir, hemos de reconocer que también han provocado trastornos sociales de diversa índole y han creado no pocos problemas. Muchas familias se han roto por su causa, al tener que emigrar sus miembros a los centros de producción en busca de trabajo o a las grandes ciudades de tecnología floreciente.

Los emigrantes descubren a menudo que no hay empleos suficientes para todos; que los puestos vacantes se ofrecen a trabajadores especializados, cosa que ellos no suelen ser. Fracasados en su intento, sienten vergüenza de regresar a sus lugares de origen y se ven obligados a enfrentarse a los numerosos problemas que les plantea su readaptación.

A los campesinos apenas llegan las bendiciones de la revolución científica. Guardan por ello un

profundo resentimiento contra los ricos y contra el Estado; cosa sumamente peligrosa, pues ese rencor puede explotar un día en forma violenta y transformarse en abierta rebelión. No faltan ejemplos en la Historia.

En muchas partes del mundo -África, Asia, Oriente medio, Latinoamérica- la difusión del conocimiento científico ha sido muy limitada, por lo que la demanda de sus aplicaciones es, naturalmente, muy baja. Sus gentes son pobres porque carecen de conocimientos. Son incapaces de determinar por sí mismas sus objetivos, y mucho menos la manera de alcanzarlos. El rico y el poderoso les explotan fácilmente. Permanecen inmóviles mientras el mundo avanza sin cesar.

Cada vez se recurre más a la máquina en busca de una respuesta inmediata a las necesidades. Es más fácil y más cómodo. Pero el resultado es que se deja adormecer las reacciones emocionales. Nos deshumanizamos. La máquina no tiene vida ni alma. No puede comunicarnos la alegría de vivir, que es la base de todas las relaciones humanas.

Los países en desarrollo se enfrentan a grandes problemas de insuficiencia. Tienen, además, otros problemas tan importantes o más que éstos: los creados por el impacto de la tecnología -y los cambios subsiguientes- en sus estructuras económicas y sociales.

Evidentemente, hay un alto grado de frustración en el simple hecho de que los países con gran desarrollo científico y técnico se encuentran en condiciones óptimas de acelerar su ritmo de progreso, en comparación con los países en desarrollo. Con ello se acentúan cada vez más las diferencias que separan a unos de otros. Es más: a veces, los adelantos científicos y tecnológicos hacen retroceder, en lugar de avanzar, a los países subdesarrollados¹.

El rápido crecimiento de las ciudades -otra consecuencia de la importación de la tecnología- está produciendo asimismo grandes cambios sociales.

Parece como si las fuerzas industriales liberadas por la tecnología tuvieran una voluntad propia, conducente a resultados indeseables e indeseados por el hombre, que anda a tientas por caminos desconocidos, abiertos apresuradamente por un desarrollo rapidísimo de la ciencia y de la técnica.

¹ Por ejemplo, los materiales sintéticos están en vías de reemplazar a casi todos los productos naturales, con resultados desastrosos para las economías de muchos países en desarrollo, que tienen en esos productos sus principales fuentes de riqueza. Un caso típico es el del índigo, valioso producto que antes era monopolio de las Indias occidentales y hoy está fuertemente desplazado por los colorantes sintéticos.

El ritmo resultante de los cambios sociales deja muy pocas oportunidades para el ajuste y reajuste de los hábitos y actitudes mentales, de las relaciones sociales, políticas y personales, de los valores establecidos y de las relaciones entre unas naciones y otras.

Pero sería injusto echar todas las culpas a la ciencia. Habrá que culpar al hombre mismo desde que perdió su verdadera perspectiva y empezó a creer que la ciencia, por sí sola, podía resolver todos los problemas.

Será necesario replantear las ideas dominantes sobre las instituciones y los sistemas políticos, a la luz de los cambios que se están produciendo en el mundo a ritmo vertiginoso. Puesto que no podemos frenar el avance incesante de la ciencia y la tecnología, con sus inevitables cambios sociales, es de la mayor importancia que el hombre trate de no perder el paso en el camino cultural. Sólo así logrará mantener a la ciencia en el lugar que le corresponde, como instrumento a su servicio, y evitar que ocurra lo contrario, es decir, que quede superado por las innovaciones de aquélla.

Ciencia y desarrollo

A principios del Primer Decenio para el Desarrollo (1960-1970), las Naciones Unidas organizaron la Conferencia para la Aplicación de la Ciencia y la Tecnología en beneficio de las zonas menos desarrolladas. Algunos veían en la ciencia y la tecnología la panacea que resolvería los problemas de la pobreza, las enfermedades y el atraso; todo ello en breve plazo.

La O.N.U. creó un comité asesor y una oficina de la ciencia y la tecnología en su sede central. En los años siguientes se crearon multitud de organismos, comités, consejos, grupos de trabajo, etc., cuya misión consistía en aportar sugerencias concretas sobre el empleo de los modernos conocimientos científicos para acelerar el desarrollo económico y social en los países menos desarrollados. Uno de los resultados fue que el mundo se inundó de buenas intenciones y de papel impreso.

Recientemente, Théo Lefèvre, ministro de investigación de Bélgica, escribía:

"Hemos de reconocer que, bajo el efecto de la ciencia, no deja de aumentar la diferencia entre los países industrializados y los del Tercer Mundo".

No puede considerarse a todos los países subdesarrollados como un grupo homogéneo en los aspectos socioeconómico, científico y tecnológico. Hay buen número de países en vías de desarrollo con un grado de organización y despliegue científico y tecnológico comparable al de las pequeñas naciones europeas. Por ejemplo, la India, la República Árabe Unida y Argentina. No obstante, prevalece en ellos una situación de subdesarrollo general, como si no hubiese correlación entre el progreso científico y el económico¹.

Se han publicado innumerables libros y artículos y se ha organizado en todo el mundo una serie interminable de reuniones para analizar el problema. Se ha recomendado a los gobiernos y empresas privadas que inviertan mayores sumas de dinero en esas actividades científicas y tecnológicas. Se ha predicado el evangelio de la ciencia en los países en desarrollo; llamamiento al que se ha respondido de forma considerable. Pero apenas se ha llegado a compromisos serios para esforzarse en fomentar la capacidad científica y tecnológica y orientarla -deliberadamente- hacia los problemas del desarrollo. Por desgracia, las condiciones sociales y económicas de los países menos desarrollados han empeorado, salvo escasas excepciones, respecto a los países más poderosos. Los ricos siguen enriqueciéndose y los pobres empobreciéndose. Análoga tendencia se observa en el interior de los países.

¹ Cf. el cuadro 6.

La expresión "el mundo en vías de desarrollo" es como un símbolo taquigráfico de conveniencia que comprende países de índole étnica, cultural y de todo tipo tan diversa como la misma humanidad. Esta diversidad se extiende al desarrollo económico, a la tasa de crecimiento, a las perspectivas para el futuro.

Las medidas que se adopten en favor de ese mundo en vías de desarrollo tendrán que afrontar el problema de ser eficaces y adecuadas tanto para Brasil como para Bhutan, Singapur y Somalia, Turquía y Tanzania. Los especialistas hacen hincapié en que los países más pobres, que carecen de las bases del desarrollo económico, no tienen capacidad para absorber la avanzada técnica que es vital para los países en rápido desarrollo.

Ante esta situación, las Naciones Unidas, en su Asamblea General de noviembre de 1971, establecieron una lista de los 25 países menos desarrollados. El criterio de selección era triple: renta per capita no superior a 100 dólares anuales; proporción de habitantes capaces de leer y escribir no superior al 20 por ciento (de 15 años de edad en adelante), y sector de fabricación no superior a la décima parte del producto nacional bruto. Algunos de esos países reunían las tres circunstancias; otros, solamente dos.

De los 25 países aludidos, 16 son africanos, y

de éstos, 14 se encuentran sobre una franja ininterrumpida de tierra que se extiende desde el Atlántico al Mar Rojo, atravesando el Sáhara, y luego hacia el Sur: Guinea, Malí, Alto Volta, Dahomey, Níger, Chad, Somalia, Uganda, Ruanda, Tanzania, Burundi y Malaui. La República Árabe del Yemen -único país menos desarrollado del Oriente Medio- está separada de dicha franja por el estrecho del Mar Rojo. Más al Sur, tierra adentro, se hallan Botswana y Lesotho. De hecho, diez de los 16 países africanos carecen de costas.

Cuatro de los países asiáticos menos desarrollados bordean las montañas del Hindukush o del Himalaya: Afganistán, Nepal, Bután y Sikkim, y tres de ellos son islas: Samoa Occidental, las Maldivas y Haití, único representante del hemisferio occidental.

Como sucede en el mundo en vías de desarrollo, el menos desarrollado presenta una gran diversidad. Por cada habitante de Samoa Occidental, hay 250 etíopes. Seis de los países tienen densidades de población inferiores a diez habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que en cuatro de ellos la densidad es diez veces mayor. En cuanto a extensión superficial, las Islas Maldivas son 8.300 veces más pequeñas que Sudán. Como un grupo de expertos hizo constar ante la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo):

"Los países se enfrentan a problemas muy diferentes. Por lo tanto, es importante

establecer un programa de acción para cada país subdesarrollado".

Naturalmente, los países llamados del Tercer Mundo comparten muchas características que justifican los criterios por los cuales se les incluyó en la misma categoría. Muchos están poblados por campesinos o nómadas. Seis familias de cada siete viven de la tierra y se sustentan de los productos que obtienen de ella. El terreno es, con frecuencia, marginal -desierto, montaña, sabana- y cuenta con suministros de agua limitados y caprichosos. El ganado es generalmente de escasa calidad y es poco resistente y desarrollado debido a las malas condiciones del medio. Con el crecimiento de la población, aumenta la erosión del suelo, que antes aparecía cubierto de hierba y hoy, cuando las cosechas son más necesarias, está impracticable para el cultivo.

Las mismas condiciones que empobrecen al campesino o el nómada le hacen refractario al cambio; no se atreve a arriesgarse porque está en juego la supervivencia de su familia. Dice así, a este respecto, el señor Martín, presidente del Comité de Ayuda para el Desarrollo de la OECD¹:

¹ Organización Europea de Cooperación y Desarrollo.

"Una revolución en las instituciones de los pueblos debe aportar una ayuda concreta ante las duras opciones prácticas a que se en frentan los campesinos analfabetos de vida tan precaria: ¿qué hacer; recoger la nueva cosecha, a sabiendas de que un lejano mercado puede ofrecerle precios insuficientes? ¿Prescindir del prestamista y recurrir a la cooperativa local? ¿Desoir las lecciones de su padre y sus antepasados y seguir el conse jo de un joven empleado de extensión agraria?"

En la mayor parte de las zonas de los países menos desarrollados, el transporte es insuficiente, no hay ferrocarril y escasean las carreteras. La penuria de servicios sanitarios produce un elevado índice de mortalidad infantil y de malnutrición. Hay pocas escuelas. Los inversionistas extranjeros toman sus precauciones: los bancos dan pocas facilidades y el mercado local es generalmente reducido y posee escaso poder de compra. Las reservas minerales, salvo algunas excepciones, son desconocidas (aunque pueden existir). La fabricación es muy limitada

En 1969, menos del uno por ciento de las manufacturas exportadas por los países no desarrollados procedía de los del Tercer Mundo. Los datos recientes son

aún más desalentadores: el poder de compra relativo a las exportaciones -en su mayor parte una reducida gama de productos primarios de precios vulnerables- ofrece cada vez menos interés a las ricas economías de mercado, cuyas sólidas divisas necesitan los países menos favorecidos.

Los índices de crecimiento económico de esos países empeoran. En todos los países en vías de desarrollo, la tasa de crecimiento del producto nacional bruto fue del 5,1 por ciento en los años 60, mientras que en los menos desarrollados fue del 3,5 por ciento. Los estudios realizados sobre el período 1970-1972 revelan que la tasa anual media de crecimiento fue del 3 por ciento, en contraste con el casi 6 por ciento registrado en todos los países en vías de desarrollo. Si se tiene en cuenta el incremento de la población, el crecimiento per capita del producto nacional bruto en los países menos favorecidos fue próximo a cero entre 1970 y 1972.

En el crucial sector de la agricultura, los datos son también adversos. En 1968-1970, sólo cinco de los 21 países menos desarrollados de los que se tienen datos suficientes alcanzaron el índice de crecimiento agrícola del 4 por ciento, previsto para el segundo Decenio del Desarrollo. En la mayoría de esos países, la producción de alimentos ni siquiera se mantiene a la par con el incremento demográfico.

La ayuda a los países del Tercer Mundo viene siendo inferior a la prestada al mundo en vías de desarrollo en su conjunto. Los primeros han recibido un 18,5 por ciento menos de ayuda económica oficial per capita que los del segundo grupo. En 1969-1971, recibieron menos ayuda por habitante, entre otros, los siguientes países:

Bhután	0,18 dólares	
Sudán	0,69	"
Haití	1,03	"
Rep. árabe del Yemen	1,55	"

Cifras que son bien distintas de las de ayuda a Panamá (14,70 dólares), Singapur (20), Israel (29,21).

Existen, por otra parte, dificultades para hallar aplicaciones adecuadas a la ayuda prestada a los países menos desarrollados, al menos dentro de la estructura y las formas convencionales de asistencia. Por eso, es función esencial de la ayuda exterior crear las condiciones para su empleo eficaz. No puede aplicarse por igual la ciencia y la tecnología al mejoramiento de las condiciones de unos pueblos cuyo estilo de vida es básicamente distinto del de los países que cuentan con un elevado nivel de investigación científica y técnica. Los criterios que siguen los gobiernos e industrias en los

países avanzados no son aplicables en vastas regiones del mundo.

A la luz del análisis de pasados errores y fracasos, y teniendo en cuenta la complejidad de los problemas pendientes, se han empezado a trazar nuevas líneas de actuación. Así, por ejemplo, el informe de la octava reunión del Comité de las Naciones Unidas para la Planificación del Desarrollo contiene varias ideas que son fundamentales en el concepto de tal planificación y para el empleo de la ciencia y la tecnología.

Del informe se desprende que uno de los factores que han contribuido a ensanchar el vacío existente entre países en desarrollo ricos y pobres ha sido la propensión al ahorro de mano de obra en varias clases de cambio tecnológico asociadas al desarrollo. Habría que estimular a las pequeñas y medianas industrias que fabrican equipo ligero y emplean métodos de mano de obra intensiva y recursos locales; aplicar la ciencia y la tecnología en favor del crecimiento económico mediante el descubrimiento de nuevas técnicas que absorban mano de obra intensiva para reducir el desempleo y ahorrar capital; prestar una sustancial y eficaz ayuda internacional que favorezca el desarrollo de tecnologías de repuesto.

En el plan de la lucha contra la pobreza, debe

ser objetivo prioritario la prosperidad del sector rural. Se habrán de diversificar los productos agrícolas, revisar la política de mecanización siempre que afecte al desempleo.

Desarrollo y medio ambiente no son, por otra parte, conceptos en pugna, sino complementarios, que se apoyan mutuamente. La falta de desarrollo es, en sí misma, reflejo de un entorno pobre en el plano nutritivo y sanitario.

Es, en resumen, de común interés para la humanidad, ante las décadas venideras, elaborar planes globales para el desarrollo y adoptar medidas cada vez más eficaces con el fin de alcanzar un desarrollo social y económico más equilibrado en todo el mundo y unas relaciones más armoniosas entre el hombre y la naturaleza.

Desde el punto de vista del economista, el nuevo enfoque lo expresa así Samir Amin, director del Instituto Africano para el Desarrollo y la Planificación de la Economía:

"La evolución de las sociedades humanas no progresa metódicamente mediante la transferencia de instituciones de una nación a otra ni a través de las fronteras nacionales; lo hace en virtud

de poderosos esfuerzos de energía creadora cuando una sociedad antes dependiente rompe los lazos que la encadenaban. El centro ostenta el poder, pero el futuro reside en la periferia. No es ésta una opinión que las civilizaciones dominantes gustan de escuchar, y cuando alguien le presta su voz, suelen ignorarla. Hace más de un siglo, Alexis de Tocqueville anunció que el poder iba a desplazarse de Europa a América y Rusia, pero los banqueros de la reina Victoria, la tercera República francesa y Guillermo I de Alemania tardaron otros cincuenta años en advertir lo acertado de la predicción".

Desde el punto de vista del científico, escribe el físico argentino C. N. Varsavsky:

"Muchos de los programas de ayuda a los científicos de países subdesarrollados son, en mi opinión, aberraciones derivadas del error de confundir la ciencia con la práctica de la ciencia. Muchos planificadores bien-

intencionados piensan que, puesto que la ciencia es universal, el mismo tipo de ciencia puede y debe aplicarse en todas partes. Pocos comprenden que, si bien la ley de la gravedad es universal, es muy diferente trabajar con ondas de gravedad para un físico americano o ruso que para un boliviano o un angolés. Lo que hace que sea diferente no es simplemente el entorno inmediato del científico (bibliotecas, laboratorios, ayudantes), sino -lo que es mucho más importante- los distintos antecedentes culturales, sociales y económicos de los científicos, como ciudadanos de diferentes países".

Vemos, pues, que el principal error cometido hasta ahora se debe a la injustificada suposición de que solamente existe una vía para el desarrollo económico y social de las naciones: la seguida por los europeos y norteamericanos. Pero, dadas las grandes diferencias en sus condiciones físicas y en sus recursos, en su marco cultural y tradicional y en sus intereses nacionales, los países en desarrollo deben adoptar módulos originales, quizá sin precedentes. Y para ello será preciso crear un potencial indígena científico y tecnológico con el que contribuir directamente a una autorrealización de cada país o

región que sea acorde con sus aspiraciones.

La tarea que se plantea es la de llamar la atención de los científicos en general, y la de los científicos de los países en desarrollo en particular, sobre la existencia de problemas tan acuciantes como los mencionados; aportar fondos destinados a la investigación; sentar las bases para la creación de una nueva disciplina abarcadora: la ciencia para el desarrollo.

Existe un inmenso potencial de científicos e ingenieros inteligentes, deseosos, seguramente, de demostrar al mundo y a sí mismos que su labor es de vital importancia. Es muy posible que la movilización de ese potencial, en gran parte inaplicado, se convierta en el principal instrumento para lograr un desarrollo humano y económico equilibrado en los países del Tercer Mundo.

Internacionalización de la ciencia

La ciencia es universal por su misma naturaleza. La conciencia de participar en una empresa universal contribuye al entusiasmo del científico, que se siente, de alguna manera, ciudadano del mundo. Pero esa universalidad es un ideal más bien remoto desde el mundo real del laboratorio, la universidad o el consejo de investigaciones. La idea de que el conocimiento es poder, y un poder de tal naturaleza que puede aplicarse al mejoramiento de la condición humana, se convierte en la realidad fundamental del siglo XX. El científico ha venido a ser el símbolo del Estado, pues para su trabajo necesita el apoyo financiero del gobierno, y éste necesita del científico para afirmar su poder y prestigio.

La ciencia tiene la iniciativa en virtud de los problemas que plantea el mundo moderno, pero la pierde a la hora de resolverlos. El científico siente que no está condenado a vivir "para" o "de" la política, pero está condenado a vivir "en" la política. Los hombres de ciencia que no han renunciado a ver en ella algo más grande y mejor que una técnica están obligados a considerar que su misión es iluminar, o a señalar los objetivos que debe seguir la autoridad política. O, por el contrario, a dejar a ésta el problema de determinar la meta a la que debe orientarse

la actividad científica. En ambos casos, los científicos permanecen ligados al sistema de decisiones del que dependen los medios que les permiten responder a su vocación.

La ciencia está enraizada en la sociedad, y por ello se politiza inevitablemente. A causa de su naturaleza social, es influida por la política. Esta es la esfera de actividad humana que se ocupa de los problemas públicos derivados, principalmente, de las aspiraciones, los conflictos y dilemas de la existencia social. La ciencia es inherentemente política, pero no se ha politizado hasta el siglo XX. Es decir, tanto en los asuntos internos como en sus relaciones con el resto de la sociedad, la ciencia se ha involucrado profundamente en los problemas, opciones y procesos políticos.

Los científicos profesionales debieran admitir que hay gran parte de verdad en las críticas de los estudiosos de la empresa científica. Tanto en el orden individual como en el colectivo, han sido corrompidos, en mayor o menor grado, por el poder político y por los objetivos nacionales, a menudo incompatibles con su entrega a la universalidad de la ciencia. Todo indica que ha llegado la hora de una dolorosa revisión de su trabajo, sus objetivos y sus actitudes, no sólo para con su país, sino para con el mundo.

Sería deseable que todos los científicos entrasen

en acción en su respectiva comunidad nacional y urgiesen a sus colegas y a las autoridades a que transfieran el poder decisorio y los medios económicos a los organismos internacionales (mientras no existan otros de carácter transnacional), para que éstos sean los únicos patrocinadores de la investigación básica e incluso de la tecnológica. Creemos que el desarrollo de la ciencia es, a largo plazo, incompatible con la existencia de estados soberanos. Puede pasar mucho tiempo antes de que el gobierno mundial sea una realidad, pero parece que es el deber de los científicos profesionales rechazar la actitud de connivencia que ha venido caracterizando su conducta y convertirse en decididos misioneros de la internacionalización de la ciencia.

Tan difícil y ambicioso plan exigirá la aportación de gran número de científicos fervorosos. Habría que empezar por movilizar la conciencia de los científicos haciéndoles sentirse avergonzados de su traición al ideal internacional de la ciencia y de su falta de conciencia universal. Crear grupos activos y con fuerza expansiva que se consagren a la misma tarea dentro de las comunidades nacionales y establezcan estrecho contacto con grupos similares de otros países. Planear para los diversos grupos de países, regiones del mundo e incluso para el mundo entero acciones concretas que los hombres de ciencia pueden llevar a efecto, para instar a los gobiernos a que renuncien a la responsabilidad de financiación y programación y la cedan a las organizaciones internacionales que

apoyan a la ciencia, sin interferencia de la política de los órganos nacionales.

¿Utopía? Recordemos, por ejemplo, que aproximadamente en los días en que vio la luz la ciencia moderna, se consideraba igualmente utópica la abolición de las monarquías absolutas autocráticas. Gracias a la iniciativa de numerosos intelectuales, y entre ellos muchos científicos, se elaboró y más tarde cristalizó -aunque imperfectamente- el concepto de estado democrático. Debería acometerse una empresa similar. Sólo obligando al mundo de la política a aceptar los ideales internacionales de la ciencia podrá el científico redimir sus actividades y proclamar de nuevo que el quehacer de los hombres de ciencia es una de las más nobles empresas del hombre.

Un ejemplo más reciente: en 1911, K. Tsiolkovsky escribía:

"La humanidad no se limitará a quedar en la Tierra para siempre. Buscando la luz y el espacio, dará sus primeros tímidos pasos más allá de la atmósfera y después conquistará todo el espacio que rodea el Sol".

¿Cuándo podremos confesar que su "utopía" ha dejado de serlo?

La historia reciente está salpicada de eso que los escépticos suelen llamar utopías. Es frecuente y humano que cuando algo desborda los límites "realistas" de nuestra peripecia diaria y escapa al ámbito de nuestra experiencia más directa, tildemos de utópicos aquellos propósitos y proyectos que no responden a las limitaciones de la coyuntura que vivimos. Actitud infortunada, y a veces crónica, que constituye un serio obstáculo a la hora de movilizar voluntades en bien del mejoramiento de la humanidad.

Cara y cruz de la ciencia

En medio del derrumbamiento de tantos valores y de la búsqueda febril de otros nuevos que tienen lugar en nuestra época, se plantea también este dilema: ¿es la ciencia el medio más idóneo para mejorar las condiciones de la vida humana y disminuir el sufrimiento, o el método perfecto para acabar con la vida en el planeta?

Las posiciones están polarizadas en torno a esos dos enfoques. Según el argumento positivo, las conquistas de la ciencia anuncian una nueva era prometedora en la que el hombre habrá terminado de dominar a la naturaleza. Otros observadores aducen, por el contrario, que, puesto que el hombre ha fabricado armas tan mortíferas y potentes y la técnica parece escapársele de las manos, lo que se anuncia es, más bien, un desenlace apocalíptico.

Creemos que los dos argumentos pecan por exceso. No cabe glorificar a la ciencia desmesuradamente. Sus verdades son, como todo lo humano, relativas y provisionales. Su actividad consiste en la búsqueda incesante de leyes naturales inmutables. Como dice Wordsworth,

"Science appears as what in truth is
Not as our Glory and our absolute boast
But as a succedaneum, and a prop
To our infirmity"¹.

1 The Prelude.

Sucedáneo que sigue abriéndose paso en la investigación progresiva, profundizando y rectificando sin cesar, porque el mundo que explora no puede ofrecerle verdades definitivas ni únicas, sino solamente fragmentos de verdad, a costa de muchos errores. El científico sabe muy bien que, por valiosa que sea su contribución, otro ha empezado o empezará su obra donde él tuvo que dejarla.

El concepto de panacea universal que muchos atribuyen a la ciencia es erróneo. Ésta viene a ser un apoyo, un asistente que sostiene al hombre en su esfuerzo.

En cuanto a los peligros que se derivan de los grandes inventos, ya hemos dicho que no cabe culpar únicamente a la ciencia. Hay que preguntarse si ésta hace todo lo que puede por disminuir su propia responsabilidad frente a las tendencias agresivas humanas. Existen asociaciones de científicos dedicadas especialmente a este problema de la responsabilidad ética del hombre de ciencia ante las consecuencias de sus investigaciones e inventos¹.

Hay, en este sentido, varias tendencias. Unos afirman que la ciencia no puede resolver problemas éticos de la humanidad y que al científico le incumbe simplemente

¹ Citemos, por ejemplo, el "Mouvement Universel de la Responsabilité Scientifique" (M.U.R.S.), con sede en París.

el papel de investigador de la verdad en su respectivo sector. Otros sostienen que sí es su deber identificarse con las situaciones creadas por sus propios esfuerzos. En realidad, son pocos los científicos que pueden hacer valer su independencia y su libertad de creación. Los laboratorios de experimentación bien equipados son onerosos y dependen de los presupuestos; sus financieros, oficiales o privados, no tienen los mismos escrúpulos que los hombres de ciencia. Con ello se crea una dependencia que ya no es tan limpia como la postura del investigador puro. Éste ^{se} siente, a veces, tan impotente ante los factores de decisión, tan presionado por la aspiración de trabajar en las mejores condiciones posibles, que prescinde deliberadamente del dilema ético que su labor comporta para la colectividad.

Con todo, entendida la ciencia como el sostén de nuestras deficiencias, le corresponde un papel decisivo en múltiples terrenos. Podemos contar con adelantos extraordinarios -por ejemplo, en el campo de la biología- pero no parece que puedan suscitar un cambio tan radical en la estructura de la sociedad como el que los cien últimos años han producido en los sistemas sociales del pasado siglo. Vemos que la humanidad está al borde de un nuevo estilo vital. Nos parece que la vida futura seguirá siendo diferente a la de otras épocas (pues habrá más población, más energía, más actividad científica), pero con una importante novedad: el acercamiento a una previsible situa-

ción de estabilidad general es algo inusitado en la historia.

La ciencia domina la política internacional, y si por una parte amenaza nuestra vida y nuestros medios de existencia, por otra, aplicada con buen criterio, podría aportarnos una vida más rica y llena de sentido. Junto con la técnica, confiere unidad a la sociedad en que vivimos. En 1954 se inició el Año Geofísico Internacional, que duró 18 meses y constituyó la actividad internacional más grande de la historia, al menos en tiempo de paz; 40.000 científicos de 70 países, distribuidos en 4.000 estaciones situadas entre uno y otro polo de la Tierra, se dedicaron a observar el planeta. En esta ocasión se abatieron las fronteras internacionales, se abrieron todas las puertas cerradas hasta entonces, se actuó sin consideraciones de orden político. El acontecimiento tuvo lugar en un periodo de gran inquietud internacional, pero los participantes demostraron que es posible observar una conducta racional y razonable en el plano científico, y que la cooperación científica es uno de los modelos óptimos de organización mundial.

Los derechos humanos

Sobre la libertad individual

El conocimiento de los principios que protegen la libertad individual de los hombres se impone como un deber. Hemos recibido una herencia preciosa, duramente conquistada por quienes nos precedieron, y debemos transmitirla, si no mejorada, al menos intacta, a los que han de seguirnos.

Tras la primera Guerra Mundial, que transformó tan profundamente las sociedades, se establecieron, aquí y allá, regímenes autoritarios, que hicieron retroceder considerablemente a la verdadera civilización, atentando gravemente contra los derechos del hombre. Han fingido, sin duda, a menudo, crear una legalidad protectora. Ello no ha sido, la mayoría de las veces, sino un medio hipócrita para intentar camuflar la arbitrariedad bajo una apariencia de justicia.

Alguien dijo que la libertad es el mayor de los bienes. Es el derecho a actuar sin ser molestado por una autoridad arbitraria o un poder tiránico. Es la supresión de todo lo que sirve de obstáculo a nuestras inclinaciones naturalmente legítimas. Si el hombre viviese solo, su li-

bertad sería ilimitada, pero como vive en sociedad, esa libertad debe estar necesariamente limitada: teniendo todos los hombres derechos iguales, ninguno debe emprender cosa alguna que pueda limitar injustamente el derecho de los demás. Surge así un perpetuo conflicto entre derechos que se oponen y que toca conciliar a una buena justicia.

La primera y más inaprensible de las libertades es la libertad de conciencia. Por ser interior, parece que debiera escapar a toda restricción; pero la historia revela que, incluso ella, ha sido objeto de persecuciones, pues es inseparable de la libertad de expresión y de actuación, a la que el poder tiende a atacar cuando contraría sus designios o su política. Desde que los hombres se reúnen, se plantea el problema del mando y de la organización del orden. No cabe concebir una sociedad sin el ejercicio de algún tipo de autoridad y de una disciplina social.

La verdadera cuestión radica en el límite de esa autoridad, que gobierna en el interés general y que, si no se le impone el freno de la constitución y de leyes protectoras de los individuos, tiende a abusar de su poder.

Surgen así conflictos llenos de equívocos. Por una parte, entre individuos cuyas inclinaciones se oponen o contrarían y, por otra, entre el individuo y el Estado, que es propenso a ampliar su tutela, a usurpar un poder cada vez más arbitrario e imponer una servidumbre cuya

moralidad y legalidad pueden ser objetables.

En un estado coherente, es preciso llegar a un equilibrio entre la autoridad (que impone obligaciones justas) y el individuo. La independencia de éste no debe sufrir más que las restricciones estrictamente necesarias, que no atenten contra la dignidad e integridad de la persona, en tanto una decisión judicial legal pronunciada por un tribunal regular no haya acordado sancionarla.

En la antigüedad, no existía propiamente noción de libertad. La libertad política estaba constreñida por la separación de las clases sociales. Y no cabe hablar de libertad individual cuando una parte de la población vivía en la esclavitud. No puede haber verdadera libertad en una nación más que si son abolidas las distinciones de clases sociales y reina entre todos los ciudadanos una igualdad de derechos. Las únicas desigualdades tolerables son las impone la naturaleza.

A menudo se cita el nombre de Grecia, representada como cuna de las repúblicas, donde los ciudadanos eran "libres", como ejemplo de libertad. Pero la esclavitud predominaba en ella, y la autoridad era detentada por una casta menos interesada en respetar la libertad individual de los ciudadanos que en consolidar su independencia política local. En Roma, la pretendida libertad del ciudadano romano no fue, durante la República, sino el reconocimiento

de los privilegios de una oligarquía impuesta por una minoría.

No obstante, desde esa época se ven surgir algunas manifestaciones espectaculares del conflicto de la autoridad y del hombre, con la lucha de la plebe contra los patricios y las revueltas de los esclavos contra sus amos. Vagamente se entreveía que no era legítimo atentar contra la libertad del individuo.

Hubo que esperar hasta el comienzo del cristianismo para ver proclamada por vez primera la igualdad de derechos de los hombres (aunque con gran timidez). Los principios fueron planteados, sobre todo, por una minoría de oposición, que había entrevisto una noción fundamental para objetar la legitimidad del sistema social existente. Bien pronto, los cristianos, que no habían reclamado la libertad sino en la medida en que pertenecían a una minoría perseguida, se mostraron intolerantes en cuanto hubieron alcanzado el poder político.

Detentador del poder, seguro de representar una verdad indiscutible, el estado cristiano sofocó en lo que pudo la libertad de conciencia e impuso una disciplina arbitraria, negadora de toda libertad.

Los cristianos, que habían predicado en su origen

la igualdad de los hombres y el respeto de las personas, no admitieron contradicción alguna. Consideraban que toda opinión no ortodoxa debía ser tratada como sediciosa o herética.

Había tanta contradicción entre la verdad enseñada por los Evangelios y las aplicaciones que de ellos se hacía, que era necesario encontrar un terreno de conciliación. Y se halló en la fórmula del cardenal Antonelli: "la libertad no es una conquista; es un derecho; pero hay que ser mayor de edad para ejercerlo". La lógica aparentemente irrefutable de este argumento dio pie para justificar y mantener los mayores abusos.

Es evidente que los niños y los débiles mentales, incapaces de comportarse, están sometidos al arbitraje de sus padres, de sus tutores. Los padres tienden a considerar a sus hijos -incluso cuando son adultos- como menores. Paralelamente, los que ostentan el poder admiten de mal grado el status de mayoría de sus gobernados. No queda en ello excluida la buena fe, pero la "minoría" de aquéllos sirve con harta frecuencia sus intereses.

Es el argumento que parece decisivo para impedir la emancipación de los ciudadanos y que justifica el imperialismo colonial. Pretexto tanto más hábil por cuanto se apoya en un fondo de verdad. Pero es un razonamiento peligroso, pues implica graves consecuencias y autoriza todos los abusos.

¿Cuándo alcanza el hombre su mayoría? Para el que aspira a mandar en él, casi nunca. De todos modos, la apreciación es difícil y permite a un pueblo evolucionado, o que pretende serlo, mantener sojuzgado a otro que considera de civilización menos avanzada. El mismo razonamiento autoriza a un gobierno a oprimir a los ciudadanos, al tiempo que proclama bien alto que respetará su libertad cuando llegue el día que, en su fuero interno, nunca llegará.

Han tenido que pasar siglos para desembarazarse de este sofisma que, aun hoy, pesa sobre los humanos. Durante mucho tiempo hubo que esperar en silencio.

El verdadero combate por la conquista de la libertad comenzó, tímidamente, en la Edad Media, en la parte occidental de Europa, particularmente en Inglaterra y Francia.

En el ámbito social, los galofrancos habían establecido el uso de deliberaciones comunes, asambleas políticas y confederaciones entre ciudades vecinas. En el ámbito individual, se crearon asociaciones entre las clases inferiores para luchar contra ciertas exacciones de los privilegiados sin recurrir a violencias, siempre abocadas al fracaso. La servidumbre se había convertido en una forma atenuada de esclavitud. El feudalismo había atado a los hombres a una cadena, justificando un sistema social opresivo, que venía a sustituir la idea de fuerza por la de protección. Primera noción -harto vaga- del equilibrio necesario

entre los derechos de la autoridad y los del individuo.

Durante mucho tiempo se asistió a la supremacía del más fuerte, benigna o tiránica, pero siempre arbitraria, sobre una humanidad sojuzgada. Todo el edificio social reposaba en un sistema sin libertad que vinculaba a cada individuo al grupo, éste al señor, y el señor al soberano, imponiendo cada uno de ellos su voluntad arbitraria al otro. Desde el rey al siervo, era toda una cascada de opresiones que no dejaba libertades civiles ni políticas, no soportaba el control ni suponía disciplina libremente consentida.

Con todo, el movimiento de las ideas fue más poderoso que los obstáculos que a ellas se oponían. Aquí y allá empezaron a manifestarse dudas (Erasmus, Voltaire, Montaigne, Rabelais). Había que ver en tales manifestaciones una tentativa de la libertad de pensar, preludio de todas las demás y del verdadero conocimiento de los derechos humanos. Citemos, a este propósito, unas palabras de Michel de l'Hospital:

"Perder la libertad. ¡Dios mío!
¿Qué queda que perder después
de ella? ¡Qué bien puede esperarse
cuando se ha arrebatado al
hombre la libertad! La libertad
es el elemento sin el cual sólo
vivimos en letargo".

(Traité de la reformation de la Justice

Quedaba un largo camino por recorrer. Desde el lado de la autoridad, la opinión individual no parecía soportable. En un estado gobernado por un rey de derecho divino, no se admite la contradicción. Persistía la vieja idea de que los hombres no estaban maduros para comportarse debidamente.

Pero es difícil contener la corriente de las ideas cuando éstas han surgido y responden a una necesidad instintiva y justa. Escribe Fénelon en sus Directions pour la conscience d'un roi, obra póstuma que no pudo ser publicada hasta 1734 (en Londres):

"El despotismo tiránico de los soberanos es un atentado a los derechos de la fraternidad humana (...) El poder sin límites es un frenesí que arruina su propia autoridad".

La fecha del 26 de agosto de 1789 marca un hito en la historia de la lucha por la libertad individual, con la Declaración de los derechos humanos y del ciudadano, formulada en Francia. Es, quizá, expresión de la mayor conquista del hombre desde los Evangelios; señala un notable progreso para devolverle su dignidad, mejorar su condición y asegurar su libertad, en la medida en que ésta es compatible con la organización social.

Sus artículos plantean principios absolutamente esenciales para suprimir la arbitrariedad que los hombres

han padecido durante tanto tiempo. En su virtud, la ley -expresión de la voluntad general- es el único soberano. Constituye un freno, no para satisfacer el ansia de dominación de algunos, sino para marcar el límite de lo permitido y de lo prohibido, según el parecer de la mayoría de los que han de vivir en comunidad.

En los últimos siglos, la libertad del individuo se ha visto sometida a diversas presiones. El predominio de una autoridad arbitraria constituye un retroceso de la civilización. La menor tolerancia que permite a aquélla imponerse abre en el edificio social una brecha muy difícil de restañar. Muchos, atemorizados por una cierta inestabilidad política, piensan que la implantación de un gobierno autoritario es una esperanza real. Debiéran comprender que un gobierno que no se apoya más que en lo arbitrario es un gobierno débil y peligroso.

El que ama la libertad, no puede resolverse a abandonar las conquistas que la lucha por la dignidad humana nos ha deparado a lo largo de la historia.

La dignidad humana y la tortura

En 1948, las Naciones Unidas proclamaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en cuyos 30 artículos está contenido todo un ambicioso programa en defensa de la dignidad inherente a los seres humanos. Es bien sabido que numerosos países han suscrito la Declaración y que muchos de ellos no la respetan.

En 1976, un grupo de especialistas eminentes, médicos, psiquiatras y juristas, se reunieron en la Universidad de Ginebra, ante una sala repleta, para debatir el problema de la "La tortura, hoy". Notable debate en el que participó el público haciendo numerosas e interesantes preguntas.

Tales manifestaciones son más necesarias que nunca. Es preciso poner sobre aviso a la opinión pública, fustigar las conciencias individuales y colectivas, con frecuencia adormecidas.

No es necesario recordar que la tortura ha existido siempre, en una u otra forma, desde el momento en que un grupo de individuos ha querido someter a otro por la violencia. Pero lo que la hace sumamente grave en nuestros días es que se ha convertido en un medio de gobernar, de

sojuzgar a los pueblos por el terror. Se ha hecho tan refinada -en países de casi toda la gama del espectro político- que su aplicación requiere el concurso de especialistas consumados de la perversión humana.

La tortura destruye al individuo en lo que éste tiene de más sagrado, pues la víctima pierde el control de su propia conciencia. Rebaja el alma a la condición de un cuerpo inerte y mutilado, a veces hasta producir la muerte. Subsiste a causa de la inercia de la humanidad.

Pues es la sociedad entera la responsable, con sus injusticias, su frenesí, su agresividad, su deseo de poder y de dominación. Los individuos más vulnerables, no pudiendo sostener el desafío, sucumben, y algunos se degradan hasta el nivel más bajo de la abyección.

¿Quién liberará a la sociedad de esta trampa en la que ha caído? ¿Quién le infundirá una toma de conciencia global y universal? ¿Quién le devolverá la dignidad humana si no son los propios individuos que la componen, cada uno de nosotros?

Las minorías oprimidas

Algunos organismos internacionales como la OIT . (Organización Internacional del Trabajo), o de ámbito restringido, como la Federación Shuar (Ecuador) y The International Treaty Council (Nueva York), pugnan por defender los derechos de las minorías étnicas discriminadas.

La Declaración de Filadelfia declara que todos los seres humanos tienen el derecho de proseguir su progreso material y su desarrollo espiritual en la libertad y la dignidad, en la seguridad económica y con iguales oportunidades.

Para proteger a las poblaciones aborígenes y a otras poblaciones tribuales o semitribuales que no están integradas en la comunidad nacional, de modo que puedan disfrutar plenamente de los derechos y ventajas que gozan los demás elementos de la población; para facilitar su integración progresiva en las respectivas comunidades nacionales y el mejoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo, la O.I.T.¹ convocó en 1957 una Conferencia general, que adoptó la "Convención sobre las poblaciones aborígenes y tribuales". A lo largo de sus 37 artículos, se detallan

¹ Conferencia Internacional del Trabajo, Convención N^o 107: Protección e integración de las poblaciones aborígenes y otras poblaciones tribuales y semitribuales en los países independientes; Ginebra, 1957.

todas las medidas que han de adoptar los gobiernos en favor de las 'citadas minorías, no sólo para asegurar el justo ejercicio de sus derechos cívicos y humanos en general, sino también para asegurarles el derecho de propiedad sobre las tierras que ocupan tradicionalmente, el de seguridad social, enseñanza y acceso a la información.

En 1977, el International Indian Treaty Council hubo de instar a la Comisión de los derechos humanos de las Naciones Unidas a que abordase el problema de los indios americanos que mantenían prisioneros los gobiernos federales del continente americano. Presentó un documento en el que detallaba la política racista seguida por Estados Unidos y Canadá respecto a la población indígena. Hizo hincapié en la especial virulencia de los problemas y la lucha de los indios de Latinoamérica, y en el hecho de que, en Estados Unidos, el problema de los indios seguía siendo casi totalmente ignorado. En los numerosos tratados suscritos por el gobierno federal, se garantiza a aquéllos un territorio adecuado en el que vivir, mientras que el gobierno sigue apoderándose de sus tierras a razón de 1.800 hectáreas al año y las grandes empresas destruyen las reservas en busca de carbón, petróleo y uranio.

La Federación Shuar, por su parte, engloba a no menos de 17.000 indios ecuatorianos ("jibaritos"), cuya ambición consiste en continuar viviendo como vienen haciendo desde hace siglos; con sus derechos elementales,

libres de decidir sobre su modo de vida y de cultivar sus tierras.

En un momento determinado, comprendieron que la única manera de sobrevivir radicaba en la unión, para no ser borrados del mapa como viene ocurriendo ya a muchos de sus hermanos dentro y fuera del país. La Federación es todo lo que les han dejado sus antepasados, sus mayores: las canciones, las leyendas, la música, el arte de la caza; en suma, la cultura shuar, que pugnan por preservar celosamente y transmitir a sus hijos. Sólo desean vivir en paz y cultivar sus tradiciones. Si hoy reclaman sus derechos, es porque son conscientes de que se ignoran y vulneran.

Son éstos solamente algunos ejemplos de la situación de las minorías étnicas. Hoy más que nunca, necesitan saber que hay quienes se identifican con ellas, que no están solas. Que eso que muchos llaman "civilización" carece de sentido si no comporta el respeto debido a las más diversas culturas.

El Tercer Mundo en la encrucijada

Antecedentes

La expresión "Tercer Mundo" -debida, al parecer, a la pluma de ALFRED SAUVY- designa una constelación geográfica, humana e histórica mucho más antigua que su nombre. Su sentido es, ante todo, político: representa la fuerza ascendente, largamente aletargada y oprimida por los privilegiados del planeta, que se anuncia progresivamente como vehículo irresistible de una nueva revolución.

Su realidad múltiple y fragmentada no aparece bruscamente uniforme sino en relación con Europa. Puede afirmarse que el Tercer Mundo está en vías de dejar de serlo, pero seguirá siéndolo mientras la hegemonía preponderante le impida acceder a una independencia real.

No es sólo un concepto político. Corresponde también a un cierto desarrollo geográfico. Este desarrollo no ha dejado de experimentar fluctuaciones a lo largo de los siglos, principalmente debido a la perturbación desencadenada por la colonización. Antes de ella, el Tercer Mundo era todo aquello que no era Europa. Luego, ésta se impuso mayoritariamente en ciertos territorios que no pertenecían a su área geográfica -América del Norte, Australia, Nueva Zelanda-. Hoy día, los estados que los componen, por el grado de desarrollo alcanzado, el estilo de vida adoptado,

la orientación política seguida, testifican su parentesco y su comunidad con Occidente y escapan, al menos objetivamente, a la identidad tercermundista. Y así, el Tercer Mundo puede definirse geográficamente como el conjunto de territorios de África, América, Asia y Oceanía cuyos pueblos no europeos, todavía colonizados o ya independientes, constituyen la mayoría de la población en ellos establecida¹.

El factor climático interviene, asimismo, en la definición geográfica del Tercer Mundo. El ritmo de desarrollo específico de la mayoría de los países en él situados está condicionado, en gran medida, por la acción del clima. Se ha comprobado que los climas rigurosos favorecen menos el esfuerzo y el crecimiento económico que los templados. Las grandes civilizaciones de la América precolombina, del África y el Asia precoloniales, prosperaron al amparo de climas relativamente suaves, en mesetas elevadas o en el fondo de amplios valles. No se conocen sociedades que hayan alcanzado notables grados de evolución o de expansión en medio de bosques ecuatoriales o en zonas pantanosas tropicales.

¹ Cabe señalar el caso excepcional del Japón, país cuya situación geográfica, estructura étnica y participación activa en la vida del extremo Oriente abogan por su pertenencia al Tercer Mundo, mientras que su extraordinario desarrollo económico actual, su reciente pasado colonialista y su orientación política oficial parecen vincularlo indisolublemente al Occidente.

El Tercer Mundo se identifica, además, en una cierta diversidad étnica. En este sentido, comprende todas las áreas cuya población blanca europea no representa más del 50 por ciento de sus habitantes. La colonización provoca serias modificaciones en el orden primitivo de implantación étnica merced a las migraciones impuestas. La más tristemente célebre es la debida a la "trata de negros" que, durante cuatro siglos, pobló las Antillas y América del Norte transplantando por la fuerza a cerca de 100 millones de negros africanos.

Europa, estimulada por las necesidades económicas provocadas por la aparición de los productos orientales en el mercado europeo, por el deseo de beneficios y por el señuelo de las riquezas que, según relatos de algunos viajeros, abundaban en países lejanos, da rienda suelta a su voluntad de expansión. Los medios le vienen dados por el brusco progreso de los conocimientos que se opera en los siglos XV y XVI. El perfeccionamiento de las técnicas le aporta pronto las armas de su supremacía. Desde comienzos del XVIII, domina en todas partes de manera absoluta.

La colonización no es inmediata. Es el resultado de un encadenamiento del azar y la fatalidad. La búsqueda de beneficios es premeditada, pero la forma que reviste la empresa es poco previsible.

Sin embargo, se observan ciertas constantes en

el desarrollo de la obra colonizadora (iniciativa de mercaderes y navegantes, reconocimiento del terreno, transacciones comerciales, conquista, explotación de recursos, sojuzgamiento de indígenas). Cuando la acumulación de bienes obtenida en esta primera fase de la colonización permite, a principios del siglo XIX, el lanzamiento de la revolución industrial, Europa empieza a quemar etapas en la segunda fase, y en adelante, la conquista y la implantación son casi simultáneas.

Al final del siglo XIX se da un fenómeno de doble colonización: las potencias colonizadoras desarrolladas de Europa colonizan económicamente las colonias de los sub-países colonizadores "desarrollados". Portugal presenta, en este aspecto, la imagen más neta del colonizador colonizado.

Los métodos coloniales y los modos de explotación de los pueblos colonizados varían de una región a otra del mundo según el temperamento y las tradiciones propios de cada colonizador. Pero no son ya los estados ni los gobiernos los que toman la iniciativa o dirigen la expansión. Son los intereses financieros los que dictan a aquéllos el comportamiento a seguir¹.

1 Ello es particularmente flagrante en el caso de la colonización británica, en la que la implantación de compañías privada precede casi siempre a la presencia oficial de Londres, con arreglo al tradicional "realismo" de los ingleses. La colonización francesa, en cambio, es más centralizadora y asimiladora: en África, las colonias de Senegal, Guinea, Costa de Marfil, Dahomey y Níger forman a comienzos de nuestro siglo la federación de África occidental francesa, con un gobernador impuesto en cada una de las colonias. Este sólo es un ejemplo de la política de asimilación que causaría daños irreparables en África.

Es evidente la magnitud del expolio realizado por Europa en el mundo (aunque a menudo suele minimizarse). El cúmulo de sufrimientos y perjuicios ocasionados por la colonización excede ampliamente al de los beneficios obtenidos de ella. Es preciso reconocer, asimismo, que sin la colonización no habría alcanzado Europa su nivel actual de prosperidad. Nos parece que el índice de industrialización de los países más desarrollados, su ritmo de enriquecimiento, se deben, en buena parte, a lo que alguien ha llamado, no sin razón, el pillaje del Tercer Mundo.

El despertar del Tercer Mundo

Los pueblos colonizados estuvieron ausentes de la empresa consumada contra ellos, manteniéndose en la retaguardia de la historia. Durante varios siglos, Europa conservó la iniciativa. Pero ésta puede cambiar de rumbo empujada por modificaciones de las relaciones de fuerza.

Esto es, según todos los indicios, lo que se está produciendo ya y ha de producirse en las relaciones entre Europa y el mundo colorizado.

Es difícil precisar el modo en que se ha esbozado la inversión y su momento exacto. Pero no faltan hipótesis sólidamente fundadas en hechos coincidentes, que dejan lugar a pocas dudas.

Los pueblos colonizados toman conciencia de su verdadera situación. Esta toma de conciencia se precisa a través de las diversas formas de renacimiento cultural. Gracias a ellas, esos pueblos adquieren conocimiento de su identidad y asumen progresivamente su historicidad y sus valores de civilización.

A raíz de la primera Guerra Mundial surgen las primeras reivindicaciones y manifestaciones de carácter

político. Parece que este conflicto vino a ser un factor determinante marcado por la voluntad de liberación. La segunda Guerra Mundial contribuye a acelerar el proceso. La Conferencia de Bandung precipita aún más el ritmo de independización de los pueblos sojuzgados.

Cabe preguntarse cómo y por qué las potencias coloniales, cuyos imperios parecían firmemente asentados por largos siglos, han cedido tanto terreno, en el curso de algunos decenios, a pueblos tan pobres, débiles y aparentemente dominados. La respuesta podría resumirse así: por la pérdida de la iniciativa.

Cuando Europa pierde esa iniciativa a favor de los pueblos colonizados, deja de ser preponderante, pues su facultad de expansión es sustituida, quizá inconscientemente, por un reflejo de defensa. Todas las armas que a partir de entonces emplee contra aquellos pueblos para intentar demorar su fracaso -represalias, violencia masiva, etc.- se volverán contra ella implacablemente. Europa, además, está fatigada de tal esfuerzo y se ha alejado demasiado de sus bases. Una vez que los pueblos colonizados parecen inmunizados contra el miedo, se encuentra bruscamente sola en zona enemiga.

Es fundamentalmente tras la primera Guerra Mundial cuando el movimiento de renovación cultural, que se confunde con la incipiente acción política, empieza a

costrar pujanza definitiva. En primer lugar, la propia guerra ejerce sobre los colonizados un efecto desmitificador. Desde el momento en que el colonizador blanco aparece necesariamente vulnerable y se manifiesta de manera tan contundente el homo homini lupus, el mecanismo del miedo se conmueve en sus cimientos. Al renunciar al miedo, los pueblos colonizados desequilibran definitivamente la balanza en su favor.

La primera actitud cultural de la mayor parte de los intelectuales colonizados está fuertemente impregnada de nacionalismo. El primer grito de rebeldía de la población negra francófona es lanzado en París en el propio idioma del colonizador: los estudiantes martiniqueses fundan en 1932 el periódico Légitime défense, cuyo relevo aseguran, dos años más tarde, otros tres estudiantes de color fundando otro periódico. Se trata de Aimé Césaire (martiniqués), Léopold Senghor (notable poeta y actual jefe de Estado de Senegal) y Léon Gontram Damas (guayanés). En el periodo de entreguerras, las capitales de las dos grandes metrópolis coloniales constituyen lugares de encuentro privilegiados de los jóvenes intelectuales del Tercer Mundo: vietnamitas, antillanos y africanos (París); hindúes, chinos y africanos (Londres).

Se forja gradualmente la doctrina de la negritud, cuyas tesis difunde ampliamente después de la guerra la revista Présence africaine. La negritud no es -como a

menudo se ha dicho- un nuevo racismo. Nos parece más bien la afirmación, por parte del negro, de su diferencia enriquecedora y de su identidad en el mundo, que le hace igual a todos los hombres.

Una de las características principales del gran movimiento de emancipación del Tercer Mundo es la fusión, cada vez más estrecha, de la cultura con la política. No es casual que muchos de sus líderes sean, a la vez, poetas y hombres públicos. Política y cultura se revelan en la lucha como los dos filos de una misma arma.

Cuando en abril de 1955 Sukarno pronuncia el discurso de apertura de la Conferencia de Bandung, la mayoría de los países colonizados de Asia están ya emancipados, y algunos países de África también lo están. La mayor parte de los que siguen bajo la tutela colonial luchan por alcanzar la independencia.

La cuestión de fondo de los debates de Bandung es la alternativa a la que se enfrenta el Tercer Mundo: unidad (dependiente de su neutralidad respecto a las querrelas de los "bloques") o división (asociada a esa misma neutralidad y a su recaída bajo la influencia de sus antiguos o nuevos opresores. Por desgracia, esta última será, en general, la vía seguida.

Pero el balance de la Conferencia resulta positivo,

pues ésta representa el primer encuentro afroasiático digno de tal nombre. La Conferencia enuncia, además, los principios básicos de la coexistencia pacífica, que generan dos ideas-fuerza: el neutralismo y el afroasiatismo. No sólo se adopta, sino que se aplica de inmediato el principio de mantener contactos regulares¹.

La independencia, tan arduamente conquistada, no equivale todavía a la descolonización. Es sólo su primera fase, una de las condiciones indispensables. El panorama de la evolución de la independencia hasta nuestros días y su situación actual no son nada alentadores. El fracaso de muchas tentativas de descolonización se debe a diversos factores: unos que podríamos llamar simplemente negativos -de carácter local- y otros que se derivan del legado colonial, de la transformación fundamental que la colonización ha impuesto al Tercer Mundo en su propio beneficio: división arbitraria de territorios, desmembramiento sucesivo de continentes, migración forzada de poblaciones, aceleración artificial de la demografía².

¹ Se inicia, en efecto, una serie de conferencias en las que se ponen en práctica las declaraciones formuladas en Bandung: Conferencias de El Cairo (1957-58), Conakry (1960), etc

² Así, por ejemplo, en África, la división impuesta en las regiones interiores se efectuó tomando las vías fluviales como líneas fronterizas (caso de Sudán, Zaire y el hoy Imperio Centrafricano, que antaño componían el territorio de las Zandas), o bien siguiendo el trazado de las montañas o las coordenadas geográficas (el paralelo 22 marca la frontera entre Egipto y Sudán, mientras que un meridiano divide el desierto que separa Libia de Egipto). En las costas, los modos de implantación y penetración determinan la división en rectángulos casi regulares, como en los casos de Gambia, Costa de Marfil, Ghana, Togo, Dhomey, Guinea ecuatorial, etc

El fraccionamiento territorial arbitrario provoca, en la mayoría de los casos, el de las etnias.

Cabe atribuir gran parte de los conflictos que han estallado en el Tercer Mundo desde las independencias a las modificaciones impuestas en la época colonial. El enfrentamiento armado entre Marruecos y Argelia (1963), motivado por la discutida propiedad de los yacimientos petrolíferos próximos a la frontera, está directamente asociado al trazado equívoco practicado por los franceses. Los frecuentes incidentes fronterizos entre Somalia y Etiopía, entre Somalia y el territorio "francés" de los afares y los issas, la revuelta de los somalíes de Kenya, no son sino manifestaciones de una misma voluntad de los somalíes: la de lograr la reunificación de sus cuatro territorios.

Otro botón de muestra de esta realidad es el recientemente concluido conflicto entre la India y Pakistán, cuyas fronteras, artificialmente trazadas en función de opciones religiosas de la población, han dislocado la cohesión económica y el equilibrio de regiones homogéneas y han dividido un Estado en dos partes separadas por una distancia de dos mil kilómetros.

Los estados, al emanciparse, han intentado, cada uno a su modo, hallar una solución y conjurar esos peligros. Los países más extensos, como Nigeria, han ensa-

yado el federalismo. Otros, de más modestas dimensiones, tratan de crear vastos conjuntos (Federación de Malí). Pero las rivalidades étnicas, los conflictos religiosos y las ambiciones políticas personales son graves obstáculos en ese camino.

Las rivalidades de las potencias extranjeras, por otra parte, y los complots del neocolonialismo explotan las tensiones internas. Todos estos factores, o algunos de ellos, se combinan en la mayoría de las grandes convulsiones poscoloniales: luchas fratricidas en el Congo, guerra intertribal en Nigeria, choques cruentos en Indonesia, conflicto en el Oriente cercano, genocidio en Sudán, guerra indopakistaní, etc.

Situación actual

Hoy día se plantean en el Tercer Mundo otros factores que proceden del exterior y que no han cobrado importancia hasta que aquél ha accedido a la independencia. Se trata, sobre todo, del enriquecimiento creciente de los países más desarrollados, que contribuye a acentuar el empobrecimiento de los países deprimidos; del peligro que hacen correr a éstos -suscitando su desunión- las políticas agresivas de los "bloques" y de las grandes potencias. Del neocolonialismo.

A fines de siglo -si no se modifican de improviso los cálculos más serios efectuados- el conjunto de las potencias y áreas industrializadas más desarrolladas (Estados Unidos, la URSS, Europa, Japón) contará con 1.500 millones de habitantes, cuya renta anual per capita oscilará entre 5 y 10 mil dólares. En cambio, el Tercer Mundo, que a fin de siglo englobará a unos 4.500 millones de almas, sólo dispondrá de 300 dólares por habitante y año.

Durante los 20 años que dura la independencia de la mayoría de los países del Tercer Mundo, no ha mejorado, pese a los progresos de la asistencia técnica, la producción agrícola por habitante en América latina (donde se ha mantenido estacionaria la renta de 100 dólares inicial), en el cercano Oriente (donde a duras penas alcanza los 105 dólares) ni en África (donde ha bajado de

100)¹.

La unión esbozada en la Conferencia de Bandung ha acusado un notable retroceso. Aquella incipiente solidaridad ha dado paso a un "alineamiento" frente a los "bloques" y a opciones contradictorias en favor de las potencias dueñas del mundo.

El estallido de la solidaridad tercermundista se debe, en primer lugar, a las orientaciones políticas incoherentes seguidas tras la independencia. Otra causa radica en las disparidades existentes entre los niveles de desarrollo y de crecimiento de los países que forman el Tercer Mundo. Mientras éstos tenían en común la opresión colonial, su solidaridad podía, al menos, ejercerse en el mismo sentido: el de su liberación. Una vez ganada la independencia, los problemas que a diario se les plantean (y que han de afrontar con arreglo a sus diversos niveles de desarrollo) contribuyen más a disociarlos que a acercarlos.

Las disparidades y divergencias de intereses son, por otra parte, hábilmente explotadas por el neocolonialismo, que obstaculiza todo renacimiento o toda forma de solidaridad.

1 Gran número de países del Tercer Mundo ni siquiera han alcanzado en dicho periodo la tasa de crecimiento mínima del 1%, a partir de la cual cabría esperar que su mísera ración alimenticia actual se duplicase... en un plazo de 70 años. Hay naciones que están lejos de llegar a esa cifra: Brasil, Iraq, Egipto, Argentina, etc.

La división del mundo, al debilitar a cada una de sus partes, favorece los conflictos. No es casual que todas las guerras y todos los enfrentamientos de los últimos años hayan tenido lugar en el Tercer Mundo¹.

Aunque muy condicionado por las secuelas de su pasado y por sus dificultades presentes, el Tercer Mundo cuenta, sin embargo, con ciertas ventajas importantes y con algunas armas que tal vez le permitirán vencer los obstáculos más graves. Nos referimos al renacimiento cultural y a sus nuevas ideologías.

En el contexto de la lucha por la independencia, la revalorización de los contenidos culturales de las civilizaciones del Tercer Mundo ha hecho posible la toma de conciencia política. Pero esa revalorización presenta hoy otro interés: el de afirmarse y desarrollarse, por cuanto constituye un factor esencial de enriquecimiento del proceso de descolonización real; un medio poderoso de defensa contra el empuje cultural europeo, que intenta imponer sus conceptos, idiomas y modos de pensar, en detrimento de todo el mecanismo de reflexión autóctono.

¹ Como se ha visto en los últimos años, los países más poderosos optan por dirimir sus querellas políticas o económicas en campo "neutral", valiéndose de las vidas de tantos seres inocentes: India-Pakistán, Indochina, Biafra, Vietnam, cercano Oriente, etc.

El renacimiento cultural es un fenómeno generado por los propios pueblos. Las nuevas ideologías, en cambio, son generalmente de origen extranjero; pero no son producto del pensamiento de las clases dominantes, sino que se presentan como un aparato de "contestación", sobre todo de la colonización. Estas nuevas ideologías pueden representar un poderoso factor de descolonización siempre que se adapten certeramente a las circunstancias específicas de cada nación.

Hoy por hoy, lo cierto es que cada año aumenta el número de seres humanos que no disponen del mínimo vital. Mientras tanto, en los países industrializados la mayoría de la población parece ignorar el mecanismo que genera esa pobreza¹.

1 Según John K. Galbraith, la pobreza de las masas del Tercer Mundo se debe esencialmente al hecho de que el pobre "se acomoda a la pobreza". Contrariamente a los habitantes de los países ricos, que se sienten fuertemente estimulados a mejorar su suerte sin cesar, los de los países pobres se han resignado y se contentan con su nivel de vida miserable; máxime por cuanto -como enseña la experiencia- todo aumento de sus ingresos queda absorbido rápidamente por un consumo correspondiente que restablece "el equilibrio de la pobreza".

Actualmente se conocen muchas de las causas del subdesarrollo y los medios de combatirlo. Los informes de los expertos, los estudios de las organizaciones internacionales y de los institutos universitarios son cada vez más voluminosos y profundos. Pero su efecto político es irrisorio. Numerosos colaboradores de esos centros de estudio se sienten frustrados porque sus gritos de alarma permanecen ignorados por la opinión mundial.

Es urgente que el saber sea difundido en todas las latitudes. Con todo, el enfoque de los problemas del desarrollo se ha modificado sensiblemente en los últimos años. Por ejemplo, ya no sólo se insiste en la brecha abierta entre países ricos y pobres, sino también en las desigualdades crecientes que existen en el interior de los países.

El subdesarrollo no consiste únicamente en la pobreza material, sino también en las grandes diferencias entre las clases sociales y en el proceso de desintegración de las estructuras sociales dentro de cada nación. Aun donde los ingresos medios por habitante tienden a aumentar, existe lo que puede denominarse un "desarrollo del subdesarrollo". La solidaridad internacional no puede entenderse ya como una solidaridad con el Tercer Mundo en su conjunto, sino con las masas pobres y oprimidas cuyos intereses raramente coinciden con los de los gobiernos

respectivos. La integración de los países subdesarrollados en la economía mundial -tal como funciona en la actualidad- actúa más de freno que de motor del desarrollo en esos países.

¿Qué lugar ocupa el hombre del Tercer Mundo en la conciencia del europeo medio? ¿Qué actitud adopta éste ante la situación de los pueblos colonizados por Europa?

Suele verse al hombre del Tercer Mundo meramente como alguien necesitado de ayuda. El europeo medio tiende a sentirse extrañado cuando aquél afirma su autonomía, su voluntad, su fuerza. Consciente o inconscientemente, desea seguir dominando; sentimiento de superioridad que no deja de encerrar contradicciones. Imbuido de lo que considera un éxito, quisiera ver a los pueblos del Tercer Mundo adoptar los métodos europeos. Al mismo tiempo, desconcertado por los logros de la técnica moderna, desea que aquéllos se atengan a sus modos de vida (que les hacen dichosos). Tiene mala conciencia de su riqueza, pero, por temor a cederles las migajas, la justifica echándoles la culpa de todos sus males.

El Tercer Mundo ocupa, en general, un lugar marginal en nuestras preocupaciones. Nos valemos de una serie de fórmulas cómodas para apartar el tema de la mente y de las conversaciones; fórmulas que tienden a velar presiones violentas de los occidentales contra las tres cuartas partes de la humanidad.

Para los más, los pueblos del Tercer Mundo son atrasados, incivilizados, supersticiosos, perezosos, sanguinarios, demasiado prolíficos. Harían bien en desarrollarse por sí solos como hemos hecho "nosotros"... La contaminación es ya amenazante, y la industrialización del Tercer Mundo llevaría a la humanidad a la hecatombe. Serían felices si nos dejaran en paz; etc., etc.

Creemos, por el contrario, que no hay, en rigor, un mundo desarrollado opuesto a un mundo subdesarrollado, sino un solo mundo mal desarrollado, en el que unos están privados de los derechos fundamentales y abocados a la miseria, la dominación, mientras que otros viven en la abundancia y desperdician gran parte de sus excedentes. Es necesario explorar nuevas vías que conduzcan a un desarrollo diferente, global y equilibrado, que elimine la miseria y la opresión y asegure la justicia y la participación de todos; un desarrollo que tenga por meta el bienestar y la plenitud de la familia humana, y no el crecimiento irresponsable de una economía muda por la avidez de beneficio y de poder.

Oriente y Occidente: tensiones
y posibilidades

Esterilidad del eurocentrismo

Los países orientales y los occidentales han ejercido gran influencia mutua y creado culturas muy diferentes. Hoy día, parece abrirse paso la idea de que los grandes problemas del mundo no se resolverán mientras sean considerados solamente desde un punto de vista europeo u occidental.

Se dice a veces que la cultura europea tiene una vocación universal, una actividad creadora y dinámica superior que la distingue de todas las demás, y se afirma que su expansión es consecuencia natural de esa "superioridad"; que la cultura de Europa occidental parece estar aún difundiéndose por todo el mundo, mientras otras culturas se reducen a un ámbito local y a duras penas consiguen defender sus territorios.

Universalidad y superioridad son las reconfortantes conclusiones a las que llegan los occidentales respecto a sí mismos. Pero hay en ellas una falacia. Es un hecho histórico que la civilización europea produjo el mundo moderno y unificado del aeroplano y de la onda

radiofónica. Pero eso no lo hicieron abogados, teólogos, políticos o escritores; lo hicieron ingenieros y científicos. Por lo tanto, lo que hay que preguntarse es qué aspectos de la moderna civilización "europea" son universales y cuáles son locales y estrictamente europeos. Una vez planteada correctamente la cuestión, la respuesta es obvia: los verdaderos factores universales son la ciencia y la tecnología modernas, junto con las filosofías que las hicieron posibles.

Actualmente, los científicos e ingenieros de todas las razas y pueblos se entienden bien entre sí dondequiera que se encuentren; hablan el mismo lenguaje, conocen la misma verdad. Todos los seres humanos, independientemente de su raza o sexo, con una formación adecuada, son iguales ante el hecho natural; y la ciencia es esencialmente una empresa social. Los observadores de la naturaleza forman una comunidad mundial.

La falacia básica del eurocentrismo es, por lo tanto, la suposición tácita de que, puesto que la ciencia y la tecnología modernas, que se desarrollaron ciertamente en la Europa posrenacentista, son universales, todo lo europeo es también universal.

Los europeos harían bien en compartir con sus hermanos de Asia los frutos de todos esos beneficios incalculables que proporciona -real o potencialmente- al

mundo la ciencia moderna. Los recién despertados pueblos de África deberían tener mayores oportunidades de recurrir a fuentes no europeas para su desarrollo social y nacional. No faltan, por fortuna, ejemplos a seguir, de médicos como Albert Schweitzer, profesores como Rewi Alley, cirujanos como Norman Bethune, sociólogos como Verrir Elwein.

La ciencia es algo que sólo se puede compartir en la libertad más completa entre los pueblos del mundo. En realidad, la mayoría de ellos, y no sólo los europeos, colocaron sus propios cimientos.

Durante los primeros catorce siglos de la era cristiana, Europa aceptó de Asia multitud de inventos y descubrimientos fundamentales, a menudo sin saber claramente de dónde procedían. En tiempos de Roberto de Chester y Adelardo de Bath, los europeos tuvieron que aprender árabe para estudiar los últimos adelantos de la ciencia; de los árabes y de los pueblos de la estepa recibieron no pocas técnicas de las que ocuparían un lugar predominante en los fundamentos sobre los que se basaría el Renacimiento¹.

1 Escribe, a este respecto, J. Needham: "¿Cuántas personas se han dado cuenta de que el sistema de coordenadas celestes universalmente utilizado hoy por los astrónomos es, en esencia, chino y no griego? ¿Cuántas personas han apreciado que la técnica de perforación de esos profundos pozos que llevan al mundo moderno el combustible universal, el petróleo, pueden retrotraerse, de modo demostrable, a los ingenieros de la antigua China?"

El pensamiento chino, que halló su máxima expresión en el neoconfucionismo del siglo XII, revistió una forma notablemente similar a la concepción del mundo de la ciencia moderna. Para la construcción del universo no se necesitaba más que la materia-energía y la organización (a diversos niveles de complejidad).

Tampoco es posible aceptar el argumento de que Europa fue el centro del que irradió la idea de hacer de la raza humana una sola sociedad. "Dentro de los cuatro mares, todos los hombres son hermanos" es un principio confuciano que se remonta al siglo V antes de Cristo y que posteriormente nunca fue olvidado. En la India, Kabir fue sólo uno de los numerosos poetas y profetas de la solidaridad humana.

Sería sensato que los europeos prestaran más atención de la que hasta ahora han estado dispuestos a conceder a las filosofías de Asia. Y se la deberían prestar con humildad intelectual, sin la mentalidad cerrada de una superioridad a priori. Se podrían aprender muchas cosas que refrenarían la creencia generalizada en Europa

Europa se vanagloria de los viajes de exploración de Colón y de otros navegantes. No se preocupa tanto de investigar los inventos que los hicieron posibles: la brújula y el codaste de China, los mástiles múltiples de India e Indonesia, la vela latina de mezana de los marineros del Islam." (Science and Civilisation in China).

occidental de que no sólo la ciencia y la tecnología, sino también la verdad filosófica, deben irradiar necesariamente del continente para iluminar a los gentiles.

Es un hecho innegable que la ciencia y la tecnología modernas surgieron en Europa y se extendieron a América. Lo que a menudo no se reconoce de forma tan clara es que la psicología de dominio que durante los últimos siglos ha caracterizado a los pueblos que habitan a orillas del Atlántico es el resultado directo del vasto poder sobre la naturaleza a que dio lugar el movimiento científico del Renacimiento. Hoy en día, esta psicología se ha convertido en una amenaza para el mundo.

Se inició gradualmente y, por supuesto, con técnicas bélicas. Los primitivos cañones y catapultas chinos y árabes (siglos X al XIII) fueron rápidamente perfeccionados en la Europa del siglo XIV para formar la artillería capaz de abatir los castillos feudales, y en los siglos XVII y XVIII, las fortalezas de los príncipes indios. En el siglo XVI, Cortés, con su armadura, sus armas y sus caballos, venció sin dificultad a los aztecas y mayas, armados de mazas de obsidiana. En el siglo XIX, el ritmo se aceleró en todos los continentes. Hoy no se habla de "anexión" ni de "protección" porque la construcción de imperios está pasada de moda; pero se emplean medios más refinados, y nos encontramos todavía con la imposición

de unas ideas características de la Europa occidental.

No parece que haya otra solución que la comprensión del valor de las culturas de los otros pueblos, y la convicción de que no se les puede imponer el modo de vida americano o de Europa occidental.

Quizá toda la cuestión se reduzca a la práctica activa de la humildad y el amor fraternos. Necesitamos una convicción real de que todo racismo, toda creencia autosatisfecha en una pretendida superioridad cultural, son una repulsa de la comunidad mundial. Tenemos que liberarnos de lo que alguien ha llamado acertadamente "el telón de acero de los falsos enigmas".

Creemos que si Europa y Norteamérica no se aprestan a compartir con todos los asiáticos y africanos -sin las limitaciones y condicionamientos al uso- los tesoros que la ciencia y la tecnología modernas han producido, y no se disponen a aprender lo que esos pueblos tienen y son capaces de enseñar sobre la vida individual y la sociedad, los logros de Europa y de América se convertirán, de todos modos, en propiedad común de la humanidad, pero nuestra civilización pasará a la historia como una civilización nefasta.

Religiones, culturas

La humanidad es una. La humildad es, sin duda, sólo una forma oculta de amor, una voluntad de conceder a los demás el beneficio de la duda, de estar dispuestos a aprender de ellos. Desgraciadamente, mirando al mundo que nos rodea, vemos pocos signos de esa humildad. La civilización occidental padece todavía un injustificado orgullo cultural que vicia todos sus contactos con los demás pueblos del mundo.

Quizá los dos procesos más importantes que han conducido a nuestra situación actual sean el surgimiento de la ciencia moderna en Europa, a comienzos del siglo XVII, y el renacimiento de Asia desde primeros del XX. La ciencia moderna fue una caja de Pandora: todo lo moderno, bueno y malo, procede de ella.

Uno de los efectos más tenebrosos, en ese sentido, es la psicología de dominio que dio al mundo occidental la avanzada técnica de los armamentos, y que se manifestó en sus comienzos cuando los portugueses irrumpieron en el Océano Índico y hundieron los barcos cargados de peregrinos a la Meca, sin tener en cuenta la edad ni el sexo de los pasajeros, y más tarde, cuando los cañones británicos bombardearon los fuertes Wusung en defensa del comercio de narcóticos.

De esta forma, el surgimiento fortuito de la ciencia y la tecnología modernas trajo consigo consecuencias corruptoras para la cristiandad. La humildad cultural y religiosa estuvo a punto de desaparecer y aún está adormecida.

Los grandes movimientos del mundo no tienen sólo los efectos que se espera de ellos. La ciencia moderna, a diferencia de la del mundo medieval, es intrínsecamente universal. Más lenta en arrancar que la primacía temporal de Europa, pero igualmente importante, fue la toma de conciencia por los pueblos asiáticos de que también podrían participar en los beneficios de la ciencia moderna, investigar el mundo natural de un nuevo modo, reconquistar su propia estima logrando un nivel de vida más alto (tanto como el de cualquier otra parte del mundo), al tiempo que conservaban lo mejor de sus propias tradiciones culturales y religiosas. El Renacimiento europeo, del que surgió la ciencia moderna, fue seguido, tres siglos después, de un renacimiento asiático que ha tenido, entre sus consecuencias más destacadas, la de revalorizar y restaurar las grandes religiones asiáticas.

El equilibrio de poder está cambiando rápidamente, pero los occidentales son aún esclavos de la idea de que su cultura y su religión son, en cierta manera, superiores a las de nuestros hermanos asiáticos. Esta

idea fija encierra, en nuestra opinión, un grave peligro para la paz mundial.

En la Edad Media, las convicciones rivalizaban: no había salvación fuera del cristianismo ni cuartel para quienes lo desafiaban; no había paraíso fuera del Islam ni perdón para sus detractores. Pero el precepto apostólico de ir y predicar el evangelio a todas las naciones empezó a cobrar un nuevo aspecto cuando la ciencia moderna otorgó a sus sucesores la posibilidad de dominar a todas ellas -cosa que hicieron-. ¿No es hora ya de que las convicciones rivales de la Edad Media sean reemplazadas por una política de mayor fraternidad, de comprensión mutua entre los pueblos? ¿Y no ha de ser así si quiere el hombre sobrevivir a las posibilidades de destrucción que han puesto en sus manos la física y la biología modernas?¹

¹ "Si supiéramos los tesoros de conocimiento de Dios que encierran otras culturas y que nos parecen tan extraños porque no queremos molestarnos en comprenderlos, les abriríamos nuestro corazón y gritaríamos de admiración ante la obra del Espíritu Santo bajo todos los meridianos". (J. Needham, Science and civilisation in China).

Un ejemplo: el de la India

He creído oportuno detenerme un tanto en señalar la notable contribución aportada por la India a la civilización mundial no sólo por la calidad intrínseca de la misma, sino también por cuanto representa una fuente inagotable de saber y nos ayuda a comprender el verdadero alcance del progreso -en su sentido más amplio- y el carácter universal del conocimiento humano.

Max Muller, que consagró su vida al estudio de la filosofía y la literatura hindúes, escribe:

"Si me preguntasen de qué literatura deberíamos adquirir los pueblos europeos, que nos nutrimos casi exclusivamente de pensamientos formulados por los griegos, los romanos y la raza semítica, el correctivo que tanto necesitamos para hacer nuestra vida interior más perfecta, más universal y, en suma, más humana, designaría la de la India".

La primera aportación de este país a la civilización mundial fue un mensaje espiritual. La enseñanza

de los Upanishads, que datan de una época anterior a Confucio y a Platón, tuvo gran influjo en las reflexiones que a ella siguieron en los demás países. Expone, en efecto, en la forma más elevada, algunos de los temas esenciales de la investigación filosófica. Así se comprende la importancia de semejante logro, gracias al cual, para citar de nuevo a Muller, "la especulación humana parece haber alcanzado su apogeo".

Muy pocas filosofías pueden aspirar a rivalizar, en cuanto a la profundidad de sus revelaciones, con la de Buda, que definió la "rueda de la ley", formuló los conceptos de las cuatro "nobles verdades" y predicó a los seres humanos el ideal de la compasión, la caridad, la entrega y el sacrificio. La influencia del budismo en la civilización es, en sí misma, un tema inagotable. El Señor Buda revelaba a las puertas de Benarés, hace 2.500 años: "Sólo hay una ley, una ley eterna. El odio jamás destruye el odio. Tan sólo el Amor puede hacerlo".

La doctrina de la trinidad, tan familiar en toda la India, fue adoptada en lugares tan alejados como los antiguos reinos de Gandhara, Turquestán y Camboya. Incluso se han hallado sus huellas en China (gruta de Yun K'ang) y en Dai Itoku (Japón).

La figura de Shiva resume en sí misma el conjunto

del proceso cósmico. Su tradición se ha extendido de manera incesante, como lo prueban los descubrimientos de la civilización del Indus y de las antigüedades indosumerias.

Los seis sistemas filosóficos, expuestos por los pensadores de la India, representan otros tantos tesoros inestimables que vinieron a enriquecer el conocimiento humano:

- Filosofía nyaya, escuela de lógica y epistemología según la cual la formulación de conceptos metafísicos claros y la aplicación del poder de deducción llevan a la verdad espiritual. Este sistema de lógica se inspira en una colección de aforismos redactados por Gautama en la era precristiana (la Aksapada).

- Filosofía vaisesika, llamada escuela de las características individuales, cuyos adeptos son los hindúes y budistas principalmente. Según esta escuela, más antigua que la primera, la naturaleza es "atómica", es decir, está constituida por átomos, y éstos son distintos del alma: son sus instrumentos. Cada uno posee características individuales (visesa) que lo distinguen de las otras cuatro sustancias no atómicas: tiempo, espacio, alma y mente. La escuela vaisesika sostiene que los átomos empiezan por asociarse en "díadas" y "tríadas" antes de cobrar la forma de objetos materiales. La teoría de las "moléculas" se

desarrolló entre los budistas y los ajivikas de modo algo diferente. Afirmaban éstos que el átomo, en condiciones normales, no podía existir aislado, y que únicamente podía encontrarse en composición en una molécula, según diversas proporciones (samgata o kalapa). Este conocimiento preciso del átomo se basaba en la intuición y la lógica.

- Filosofía sankhya, semejante a la anterior por su dualismo. Trata de la evolución cósmica, de los tres estados del ser (gunas) y del alma universal (purusha). Tuvo inmensa influencia en la literatura y el pensamiento subsiguientes, tanto en la India como en otros países. Pueden hallarse sus huellas en Grecia, primero en las escuelas "eleáticas", y luego en la corriente gnóstica. El más antiguo manual sankhya fue traducido al chino en el siglo VI.

- Filosofía del yoga, es decir, la "unión" con el Brahman. Este sistema goza de una audiencia que no cesa de crecer desde el final de la segunda Guerra Mundial. Es una disciplina espiritual que permite al que aspira a la verdad alcanzar el conocimiento espiritual. Todas las escuelas religiosas de la India difunden el sistema del yoga. Se ignora la fecha exacta de su aparición en la India. La obra más antigua es el tratado escrito por Patanjali (200 a. de C.), que aun hoy sigue siendo un buen manual de iniciación. Según la tradición, Alejandro el Grande se

hizo acompañar de un yogi llamado Kalyan al regreso de sus conquistas.

- La mimansa o escuela de investigación. Jaimini (siglos III ó II a. de C.) explica el sentido literal de los Vedas. Desarrollando la lógica, la dialéctica y la semántica, la escuela mimansa postula el respeto a los Vedas y a sus preceptos como condición necesaria para la salvación espiritual.

- Filosofía vedanta, surgida inmediatamente después de los Vedas. Se basa en los Upanishads y los Brahma-sutras y ha sido objeto de continuos comentarios por parte de las escuelas de sánscrito. Los teólogos indios no han dejado de sostener la teoría que atribuye al mundo una existencia ilusoria y no admite otra realidad que la del "alma impersonal del mundo".

Estos sistemas filosóficos que hemos recordado sucintamente encierran la quintaesencia de la teología y de las ciencias morales de nuestro mundo.

La aportación de la India fue asimismo importante en materia lingüística y literaria. La escritura devanagari constituye un sistema alfabético notable, en el que las letras (vocales seguidas de consonantes) se clasifican en un orden científico bien distinto del encadenamiento del alfabeto romano. La ciencia fonética no

hace su aparición en Europa hasta que los eruditos occidentales descubren el sánscrito. Panini pudo componer su gran tratado metódico porque disponía de toda una colección de obras consagradas al tema. Llega a citar hasta 60 predecesores. Estos habían definido ya el concepto de raíz y habían clasificado dos mil radicales monosilábicas, a las que se sumaban prefijos, sufijos y terminaciones.

En el campo literario, los relatos de Jataka (en su mayoría de origen búdico, y algunos inspirados en leyendas anteriores al budismo) tuvieron gran influencia en otros países. Otro tanto sucede con el Panchatantra, cuyas narraciones, conocidas en todo el mundo, fueron traducidas en Irán, Arabia y Siria y llegaron a los países civilizados de Europa.

Las teorías matemáticas, astronómicas y médicas, así como los relatos folklóricos de la India, pasaron a la Europa medieval a través de Bagdad.

La India inventó la numeración. Los decretos grabados en pilares de dos mil años de antigüedad contienen los primeros "antepasados" conocidos de las cifras que se emplean hoy en el mundo. Los hindúes, desde el comienzo de su historia, las utilizaron según un sistema de colocación tan compacto, cómodo y sencillo de retener, que el mundo entero ha terminado por adoptarlo. Fue también en la India donde se estableció la existencia de cantidades nega-

tivas absolutas. El concepto de cero representa, tal vez, una de las mayores aportaciones del espíritu hindú. No es sólo un descubrimiento matemático y científico; es un concepto fundamental profundamente enraizado en todos los campos del pensamiento indio¹.

No pocas teorías científicas derivan de proposiciones enunciadas en obras hindúes. Un pasaje de Aitareya Brahmana, escrito hace más de dos mil años, declara que "el sol jamás se pone ni sale". Brahmagupta (628 d. de C.) se anticipó a Newton afirmando que "al caer a la Tierra, todas las cosas obedecen a una ley de la naturaleza, pues es de la naturaleza de aquélla atraer y retener las cosas".

¹ Los matemáticos árabes aprendieron la numeración de los sabios hindúes y la introdujeron en Europa en el siglo II. A medida que los mercaderes y los eruditos occidentales descubrían que era mucho más sencillo multiplicar, por ejemplo, 217 por 29 que CCXVII por XXIX, iban abandonando la antigua numeración romana. En cuanto a los matemáticos, los indios fueron, al parecer, los inventores de lo que llamamos cifras árabes, la notación decimal, el símbolo de cero; lo que hizo de ellos los pioneros de la aritmética. Los astrónomos brahmanes inventaron los conceptos de "vacío", "infinito" y "átomo", y se arriesgaron a evaluar la edad del universo

El arte hindú, basado en valores universales y espirituales, está estrechamente vinculado a la religión y a la filosofía. Más que cortesano, es espiritual, y tiene más de metafísico que de pura representación. La danza clásica india ha hecho recientemente sensación en el mundo del espectáculo. Es preciso remontarse a las posturas de danza de Natargia o de Shiva para comprender su significado. La danza de Shiva personifica, en efecto, las fuerzas cósmicas en movimiento; simboliza la fuerza cinética, el impulso que engendra, sostiene o destruye el mundo.

El Natya Shastra (siglo II a. de C.), redactado en sánscrito, tiene la amplitud de una enciclopedia: trata de teatro, música y danza, que a su vez influyeron en la pintura y la escultura y contribuyeron grandemente al enriquecimiento de la civilización mundial.

En suma, la iniciativa e inspiración hindúes originaron una vasta gama de conocimientos, artes y técnicas, gracias a los cuales la humanidad ha enriquecido su experiencia e impulsado su genio.

Agresividad, regresividad

¿Es el hombre agresivo por instinto? ¿Cabe atribuir sus agresiones individuales o colectivas a una propensión innata a la violencia?

La cuestión ha sido objeto de numerosas polémicas. En los últimos años se han celebrado reuniones de especialistas de muy diversos países para debatirla. Se venía sosteniendo que el ser humano es instintivamente agresivo¹; pero de las últimas investigaciones parece deducirse lo contrario.

Existe, además, otra esfera en la que la agresión causada por los hombres adquiere proporciones alarmantes. Nos referimos a la que produce la sociedad tecnológica e industrial sobre el medio ambiente (a la que ya hicimos alusión al hablar de la ecología). De todos modos, tampoco en este aspecto es desesperada la situación. Todavía podemos salvaguardar y garantizar a las próximas generaciones las condiciones elementales para que la vida pueda mantenerse sobre la Tierra. Falta simplemente que lo queramos.

¹ Konrad Lorenz es uno de los más destacados defensores de esta hipótesis.

Habrá que plantearse la siguiente pregunta:
 est  el hombre encadenado a su instinto, condenado a luchar con uñas y dientes, con bombas y cohetes, hasta el fin de su permanencia en el planeta, o puede aprender a modificar la conducta violenta que le venía impuesta -según creemos- por su condición de animal cazador desde épocas ya olvidadas?

El profesor Sherwood Washburn, de la Universidad de Berkeley, ha estudiado en profundidad el fenómeno de la agresividad humana. En un intento de aplicar al comportamiento humano las conclusiones obtenidas a partir de la observación de los chimpancés, afirma ^{sin} ambages que, desde el punto de vista bioquímico, el hombre y el chimpancé son vecinos más cercanos que el perro y el zorro o que el gato y el león. Desde este punto de vista, el gorila y el chimpancé son tan diferentes como éste y el hombre.

Investigaciones realizadas en Japón y en Estados Unidos revelan que en la secuencia de los aminoácidos de la hemoglobina existe una diferencia de 32 entre el hombre y el caballo, de 2 entre el chimpancé y el gorila... y ninguna entre el hombre y el chimpancé.

Desde el punto de vista biológico, la agresividad surge entre dos miembros de una misma especie cuando ambos desean la misma cosa. En el caso de la mayoría de los ani-

males, esa cosa será el espacio vital necesario para criar a los hijos, es decir, su morada o, como también se dice, su territorio.

Al parecer, existe una gradación de la agresividad entre los diferentes animales. Nuestros antepasados directos, los primates, habrían alcanzado un grado óptimo de ausencia de agresividad: ni los individuos ni los grupos combaten entre sí.

¿Qué ha sucedido? ¿Por qué se muestra el hombre agresivo?

La agresividad puede enseñarse, intensificarse y atrofiarse. Cuando los seres humanos empezaron a vivir en comunidad, se sentirían irritados por el "hacinamiento". Probablemente, habían aprendido ya a manejar armas, en un principio para cazar. Como también habían adquirido un lenguaje rudimentario, eran capaces de comunicarse entre sí sentimientos de animosidad. Con la palabra podían inculcar el odio contra las tribus vecinas. Un jefe que ambicionara el poder o la propiedad podía, gracias a alguna suerte de propaganda, inspirar a sus súbditos admiración por las actitudes guerreras.

Este es, quizá, el modo, más cultural que genético, en que surgió la agresividad humana.

Nada tan eficaz para prolongar la conducta agresiva como la creencia de que la agresión emana de nuestra propia naturaleza. Eliminar esa herencia cultural deplorable sería tarea relativamente sencilla. Pero ¿quién se tomará el trabajo de acometerla mientras los hombres creen que la agresividad es innata e instintiva?

Naturalmente, la generalización de la creencia de que las guerras son instintivas y por tanto -según ciertos biólogos- inevitables, tendería a hacerlas efectivamente inevitables. Si la agresión constituye una fatalidad inherente a los genes humanos, estamos predestinados a hacer la guerra...

Las opiniones son, a este respecto, muy diversas. Hay quienes tratan de justificar la guerra como una necesidad biológica; otros sostienen que es inevitable por razones esencialmente sociológicas. Finalmente, no faltan los que ven en ella una invención desafortunada. Entre éstos figura Margaret Mead.

En opinión de la ilustre investigadora¹, la guerra -entendida como el conflicto entre dos grupos, en el que cada uno de ellos sitúa en el campo de batalla a su ejército para combatir al otro- es un invento como

¹ Asia, vol. 40, N° 8; Nueva York, agosto de 1940.

tantos otros que nos sirven para ordenar nuestras vidas: el matrimonio, la escritura, el entierro de los muertos, etc. Pero cada vez que hallamos una manera de hacer las cosas que es esencialmente igual en todo el mundo (por ejemplo, el uso del fuego o la práctica de algún tipo de matrimonio), tendemos a considerarla más bien como un atributo de la propia humanidad. Sin embargo, aun esos modos universales son en realidad invenciones, que tal vez eran necesarias para que la historia humana tomase el rumbo que ha seguido.

El caso de la guerra es muy peculiar, pues hay pueblos que incluso en la actualidad no la hacen. El ejemplo más destacado es quizá el de los esquimales. Muchos de ellos son inquietos y turbulentos. Son un pueblo confrontado con el hambre, la miseria, la exterminación. En él abundan los casos de robo, asesinato, riña sangrienta; pero está ausente la idea de guerra organizada entre grupos al modo que la conocemos. Al mismo tiempo, los esquimales no tienen posesiones permanentes, no poseen tierras, se trasladan de un punto a otro con frecuencia, carecen de ciudades. Todo parece descalificar el argumento de la necesidad biológica y confirmar la idea de que es el estado de desarrollo de la sociedad lo que explica la guerra.

Si se admite que ésta no es sino un invento, cabe suponer que se concilia con determinados tipos de personalidad y con los deseos de expansión de los pueblos.

En muchas regiones del mundo, la guerra es un "juego" que procura al individuo un cierto prestigio social, pues permite el despliegue de determinadas virtudes y aptitudes. Pero éstas pueden ejercitarse en otros contextos bien diferentes.

Tan pronto como un descubrimiento es aceptado y conocido, los hombres no renuncian a él fácilmente. En este sentido, la guerra forma parte de nuestro modo de pensar. Los poetas immortalizan las hazañas de los guerreros; los juguetes infantiles imitan las armas del soldado; el marco de referencia en el que actúan los estadistas y diplomáticos contiene siempre la idea de la guerra. Estando las naciones tan imbuidas de que el recurso a la guerra es inevitable en ciertos casos, ¿podrá persuadirse- las a que desistan de ella?

Tendríamos que trazar un paralelo con otros "descubrimientos" sociales; ver cómo han evolucionado en la historia, aunque parecían tan firmemente arraigados. Durante mucho tiempo, se mantuvieron en vigor antiguos métodos hasta que fueron gradualmente sustituidos por otros, no porque se juzgase injustos o erróneos a los primeros, sino porque se descubrieron otros más idóneos o racionales. Si nos parece que la guerra es un hábito profundamente enraizado en la mayor parte de la raza humana, bien podemos pensar que acabará por ser desplazado, sustituido

por medios más justos y adecuados de resolver los conflictos.

Para ello serán necesarias varias condiciones: los individuos deben reconocer los defectos que ese viejo hábito comporta, y algunos habrán de "inventar" un método que lo reemplace con ventaja. La propaganda contra la guerra, la información sobre el terrible costo moral y material que conlleva, son medios que prepararán el terreno. Hay que convencerse de que la guerra no es "rentable", y, sobre todo, crear organismos transnacionales capaces de decidir y de obviar las dificultades. Una forma de comportamiento queda superada únicamente cuando alguna otra cosa ocupa su lugar.

Por ahora, no parece que la situación esté en vías de mejorar. Es urgente hallar un sustituto a la agresividad individual y de grupo

La televisión puede ser muy eficaz como escuela de violencia. Encuestas realizadas en Estados Unidos sobre los programas que transmiten las tres cadenas principales muestran que en las pantalla se ven un asesinato cada hora, y cada media hora durante el tiempo central de emisión (primeras horas de la noche). Cada ocho minutos hay un accidente violento que contemplar; y para empeorar las cosas, esta violencia se presenta "desinfectada"; se la muestra como una forma aseada de resolver problemas.

Como dijimos en otro lugar, creemos que la televisión puede ser un eficaz instrumento de educación. Pero, en términos generales, no parece que la escuela esté haciendo gran cosa ante la competencia negativa de aquélla.

Es claro que debe encontrarse un sustituto a la agresividad. ¿Por qué no ofrecer a los niños mayores posibilidades de ver cómo se las arreglan sus padres para ganarse la vida, de modo que sus únicos modelos varoniles dejen de ser los policías, vaqueros y criminales que disparan a diestro y siniestro en las pantallas?

En el sistema internacional actual, las reglas del juego son semejantes a las que se aplican al tráfico rodado en las grandes ciudades. No hay por qué partir del principio de que los "otros" son agresivos. Si hacemos tal cosa, el sistema puede volverse tan peligroso como la circulación rodada.

Esta parece ser la raíz de la agresividad de grupo. Habría que estudiar detenidamente el complicado mecanismo por el que la mente humana trata de justificar la agresión contra las personas extrañas al grupo. Estas justificaciones se basan, por lo general, en tres motivos: el daño que "ellos" podrán hacernos; el peligro

que constituyen para sí mismos si no se les impide hacer lo que quieren, y la convicción de que "ellos" son, por así decirlo, humanos de segunda categoría.

Lo que resulta inusitado en estas creencias es que pueden ser generadas por una gran variedad de sistemas políticos y sociales. El progreso se logrará sólo cuando se reconozca que todas las sociedades son peligrosas y no únicamente "las otras".

Nuestras posibilidades de supervivencia serán mucho mayores si podemos llegar a concebirnos como especie única, si podemos identificarnos con una familia mundial y, al mismo tiempo, respetamos la diversidad de culturas. Tal vez la familia en sentido estricto pueda servir de modelo a la familia humana. Pero es difícil llegar a una comunidad mundial partiendo de la conciencia de pertenecer a un grupo reducido de personas.

El hombre tiene una posibilidad de sobrevivir si logra comprender por qué actúa como lo hace. En cambio, si no lo logra, las posibilidades serán muy escasas.

La primera Guerra Mundial puso ya de manifiesto la necesidad de considerar como superado el concepto de "guerra limitada", dirigida por los militares. La guerra se había convertido en "guerra total" y afectaba a la población entera.

Con la segunda Guerra Mundial, el conflicto adquirió una nueva dimensión al aparecer las armas nucleares. Llevada al extremo, la guerra se convertía en guerra de aniquilación.

Este es el gran problema de nuestro tiempo: la guerra se ha vuelto inadmisible, pero las relaciones entre estados no han cambiado en lo fundamental. Sigue habiendo estados soberanos que buscan su seguridad en la potencia militar y que quieren garantizar la paz mediante la disuasión, mediante el equilibrio del terror (interpretación moderna del antiguo adagio "si vis pacem para bellum").

En lo que toca a la carrera de armamentos, la gravedad del problema estriba en que la ciencia y la tecnología han multiplicado en forma prodigiosa la eficacia de las armas, sin que este proceso se haya visto equilibrado por una reducción equivalente de la agresividad. Tal es el problema que a la paz plantea la superabundancia de armas en los países poderosos.

El segundo gran problema se deriva del reparto desigual de las riquezas materiales, de las cuales los países pobres -que suman los dos tercios de la población mundial- están muy desprovistos. El foso entre ricos y pobres aumenta de año en año, lo que a la larga difícilmente dejará de ocasionar revoluciones y guerras.

Virtualmente, todos los sistemas morales y religiosos más importantes se fundan en el principio del respeto a la vida humana. Dar muerte a otros individuos como medio de dirimir los conflictos es algo casi universalmente condenado. La guerra, que provoca la muerte de numerosos humanos -soldados y civiles- no sólo se permite sino que se glorifica en muchas culturas modernas. Es aceptada en la mayoría de éstas como medio eficaz y justificable de proteger los intereses nacionales y alcanzar objetivos diplomáticos.

Somos conscientes de que nuestra vida comunitaria depende, en gran medida, de que respetemos la vida e integridad de los demás; nuestra seguridad y bienestar dependen del freno legal y moral que se oponga a la tentación de matar, de destruir.

Por eso, es notable que exista un modo de pensar y actuar que llegue a transmutar el acto de matar en acto de heroísmo. ¿A qué lógica responde, por ejemplo, el hecho de que sea ajusticiado un joven pistolero que ha dado muerte a una veintena de personas, mientras se aclama y condecora a otro joven que ha matado a otras tantas?

Suele esgrimirse el concepto de guerra para excusar la conducta que, en otras circunstancias, sería condenada como atentado injustificable a la vida humana.

Será necesario examinar el proceso por el que tiene lugar esa justificación moral. Si hay una regla general que prohíbe causar daño al prójimo y hace falta para convivir pacíficamente, ¿en virtud de qué argumentos se puede legitimar una excepción tan desmesurada y brutal como el empleo organizado de la violencia ejercido por una comunidad política contra otra?

Suelen aducirse tres circunstancias en las que se justificaría el recurso a la guerra: se trata de proteger a seres inocentes contra un ataque injusto, se pretende instaurar derechos injustamente denegados, o se persigue el restablecimiento del orden necesario para una digna existencia humana.

En el primer caso, la propia víctima tendría derecho no sólo a repeler la fuerza por la fuerza, sino a procurarse ayuda de terceros para defenderse del ataque. Sus aliados están en la estricta obligación moral de cumplir sus compromisos viniendo en auxilio de la nación injustamente atacada. Tienen derecho a intervenir incluso otros estados no aliados cuando estimen que la comunidad internacional se ve amenazada por una violación flagrante de los derechos elementales.

Se considera una segunda causa justa para hacer la guerra el caso de restauración de derechos que se nie-

gan injustamente a un país determinado. En tal caso, puede justificarse la intervención para corregir una situación de flagrante injusticia, forzando incluso fronteras nacionales.

El tercer caso en se justificaría la guerra se da cuando se considera como único medio de restablecer el orden necesario para una digna existencia humana. Cuando reina la opresión y la tiranía, las vidas humanas están deformadas, amenazadas; se plantea una situación en la los ciudadanos tienen derecho a reconstituir los órganos políticos de la sociedad, recurriendo a la fuerza si es necesario. En la revolución, puede justificarse el uso de la fuerza, en ciertas condiciones, como defensa de los inocentes contra la "violencia estructural" impuesta por un régimen despótico. El atentado del poder contra los súbditos es más sutil, pero no deja por ello de exigir medidas correctoras en pro de la justicia.

En términos generales, la justificación de la guerra radica en su presunta utilidad como medio necesario para servir el bien común. Pero la guerra es una forma odiosa e imprevisible de restablecer ese orden necesario. No hay garantía alguna de que prevalezca en la batalla el aspecto positivo y calculado que se apoya en el bien común. La violencia es, además, un medio paradójico de defender la justicia. La propia índole del proceso de

violencia atenta contra la justicia que pretende servir. En la sociedad civil, el veredicto pronunciado por el juez puede recaer, tras las debidas precauciones, únicamente en el malhechor. Pero en la guerra, las decisiones graves caen, a menudo, sobre muchas cabezas inocentes, no sólo sobre el político responsable o sobre los militares.

La violencia de la guerra siempre puede escapar a todo control. Sus efectos psicológicos son devastadores. Engendra el odio y el espíritu de venganza y genera un ciclo de represalias. Tiende a provocar una escalada incesante que rebasa los límites originalmente previstos. Es, en suma, un deficiente instrumento de restauración de la justicia. Aun aduciendo una "causa justa", la guerra tiene difícil justificación, especialmente en nuestros días, en que los medios técnicos disponibles comportan un riesgo infinitamente superior al de la guerra que podríamos llamar tradicional.

Paz negativa y paz positiva

Los hombres difieren profundamente en el plano psicológico y moral, pero nacen todos iguales en dignidad. Esta les confiere los mismos derechos y los mismos deberes. La paz, considerada como un bien esencial, es uno de tales derechos.

Sin ella, la mayor parte de los demás bienes son inaccesibles. Hay una tendencia sutil y peligrosa a confundirla con la simple ausencia de guerra. La terminología es, a veces, engañosa. Por ejemplo, "coexistencia pacífica" significa ausencia de guerra, y no verdadera paz. Igualmente, el pacifismo y sus manifestaciones externas son parte de la lucha contra la guerra, pero no necesariamente una contribución a la paz.

Alguien dijo que "la paz es más que el silencio de los cañones". El hombre, una vez desarmado, no por ello es mejor. No es el desarme de las manos lo que cuenta, sino el de los espíritus y los corazones. No es exagerado afirmar que, entre dos hombres o dos comunidades que han depuesto las armas y permanecen hostiles, no existe la paz.

La lucha ha de ser más profunda, más generalizada. Es muy loable el esfuerzo de quienes combaten de

corazón contra la guerra, contra las armas. Pero si realmente hablamos de paz y la deseamos, no podemos contentarnos con luchar por el desarme ni con la coexistencia pacífica, que tanto recuerda a la guerra fría. Es preciso llegar al hombre, y no sólo a las armas que tiene en la mano.

La paz consiste en una disposición benévola para con los demás en cuanto son diferentes de nosotros. Es un hecho que los individuos son muy distintos entre sí, mas ¿no podrían entenderse admitiendo mutuamente sus contradicciones?

La paz positiva es el principio de la comprensión mútua, del respeto y del aprecio de los demás. Esto es válido para la paz entre grupos de individuos, naciones, religiones, bloques, etc.

Si se trata de ausencia de guerra, es claro que esa paz depende, de hecho, de la decisión de algunos grandes de este mundo. Los que pueden pulsar el botón de la guerra atómica; y luego, de un puñado de hombres políticos que, en el plano nacional o internacional, deciden nuestra supervivencia: ya sabemos a qué puede conducir una guerra en la actualidad.

La paz positiva depende, en realidad, de cada uno de nosotros. Evidentemente, todos tenemos la posibili-

dad y el imperioso deber de colaborar para alcanzar ese ideal.

¿Cuál es la actitud recíproca de las naciones? Continúan armándose porque desconfían, y desconfían porque siguen armándose. Es indispensable salir de ese círculo infernal, y la única manera de lograrlo parece ser que se empiece por desconfiar menos... para acabar con la carrera de armamentos.

Forzoso es reconocer que el camino de la paz positiva es largo y difícil. Pero habrá que seguirlo. No hay que desdeñar las fuerzas de generosidad que existen en el mundo, sobre todo en la juventud, y que sólo desean materializarse. Hay numerosos ejemplos. Recordemos el gesto de la oferta de servicios que hacen a diario los jóvenes en favor de los países pobres; o el de los que ofrecen su vida por salvar a las víctimas de los ataques perpetrados por sus propios países.

Los humanos deben llegar lo antes posible a un compromiso mínimo, que consistiría en evitar la supresión de vidas ajenas y renunciar a la tortura. Habría que resolver los conflictos entre individuos o grupos sin recurrir a tales extremos. El artículo 7 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos proclama la igualdad de todos ante la ley, el derecho a una protección igual contra toda discriminación. Contemplando el mundo

treinta años después de la redacción de esa Declaración, la teoría parece estar bien lejos de la práctica.

Muchos hombres admiten difícilmente que quienes no piensan como ellos disfruten de la libertad de pensamiento y de expresión. ¿Qué podemos hacer, como individuos, para corregir tal actitud? El progreso será lento; razón de más para que los mejores consagren a ello sus fuerzas intelectuales y morales. Convendrá que se informen en las fuentes más exactas de que disponen. Proteger la libertad de opinión y de expresión es también contribuir a detectar las falsas noticias.

Se reprocha a menudo a la Declaración de los Derechos Humanos su carácter platónico, pues numerosos estados, aunque la han suscrito, no la aplican. El problema de asegurar el respeto de los derechos proclamados en aquélla ha merecido la atención de un grupo de países europeos miembros del Consejo de Europa, cuyos gobiernos elaboraron un "Convenio de salvaguarda de los derechos humanos y de las libertades fundamentales".

Los 18 primeros artículos del Convenio vienen a resumir, en sustancia, los principales derechos humanos establecidos en la Declaración Universal. En los siguientes, se declara la creación de una Comisión europea de los derechos humanos y de un Tribunal supremo, se expone

el funcionamiento de ambos y -lo que es más importante- se proclama el derecho del individuo a defenderse ante una jurisdicción internacional. Este artículo esencial no ha sido aceptado por algunos estados signatarios del Convenio y, por desgracia, éste se limita a algunos países europeos.

Capítulo III

LOS CAMINOS DE LA PAZ

Jacques Mühlethaler: empezar por los niños

Es urgente e indispensable emprender la reforma de nuestra civilización; vivir con su tiempo, a fin de cimentarlo sobre bases sólidas, duraderas y progresivas. Y el instrumento bien pudiera ser la escuela. Una escuela que esté al servicio de la humanidad y no de una fracción. Es preciso dotar al niño de un saber práctico y humanista, más allá de las fronteras nacionales, con objeto de prepararle para su vida futura. La escuela ha de ir por delante de la vida.

Así lo comprendió, hace más de 30 años, Jacques Mühlethaler, pensador y humanista clarividente que tuvo la cortesía de concederme una extensa entrevista¹.

La velocidad es el principal factor del desfase que acusa nuestra civilización. Condiciona una parte muy importante de nuestra existencia. Su ritmo creciente es causa del desequilibrio y el vértigo del mundo actual. Al parecer, no sabemos cómo salir del atolladero. Hemos de aprender a mirar más lejos; adaptar el cerebro de nuestros hijos a esa transformación que

¹ Después del cuerpo de la tesis incluimos una breve nota biográfica de cada una de las personalidades cuyas entrevistas glosamos en el presente capítulo.

exige nuestra visión del mundo.

La ciencia abre al hombre una vida nueva. Fruto de la escuela, abre el camino a una edad de oro, a condición de que su evolución se opere de manera armoniosa y se sitúe entre las disciplinas indispensables para la vida corporal y un ideal que la haga consciente de sus deberes para con la sociedad. Sólo esta educación podrá aportar al hombre una cierta alegría de vivir.

El hombre de nuestro tiempo suele interesarse más por los problemas de producción, rendimiento, de la materia, que de los problemas psicológicos que se plantean en cadena y que, si se previesen, podrían ser puntos de apoyo esenciales para la evolución positiva de la humanidad. Todo esto atañe a la escuela, a la estrecha colaboración que debiera existir entre los ministerios de industria y de enseñanza de los diversos países.

En la escuela está el verdadero camino de la paz y del entendimiento universal. La escuela favorece la eclosión de una parte de nuestra conciencia, especialmente en lo que toca a nuestros deberes para con el propio país y a la actitud para con nuestros conciudadanos. Pero hace bien poco por mejorar nuestro comportamiento respecto a los demás países, pueblos, hombres y razas. Le sería fácil hablar de estos temas, lograr que el ensanchamiento de la conciencia -que es, a menudo, nuestro

guía- sostuviese a todos los hombres a lo largo de su existencia. Mas la conciencia es insuficiente, y con frecuencia debe ser respaldada por la ley. Pero es un punto de partida.

Es asombroso que apenas se realice acción psicológica alguna en el mundo fundada en la importancia del papel que debe desempeñar la escuela para acometer una empresa mundial de la paz que no se limite a hermosas palabras, sino que vaya directamente a los hechos. Como todo lo que ha de ser duradero, la paz debe prepararse con antelación, en profundidad. Habría que hallar el medio de cambiar las opiniones de gran número de individuos acerca de los distintos sistemas políticos y económicos, sobre las diferentes religiones, nacionalidades y razas. Pero si no se puede lograr que depongan su actitud a causa del modo en que han sido modelados por la vida y de la óptica en que han sido educados, será indispensable modificar el "caldo de cultivo" necesario para el crecimiento de su descendencia, a fin de que el niño sea criado con arreglo a ideales más ambiciosos, más generosos. Debe dotarse a los niños del mundo entero de una armadura cerebral que les permita respetar al hombre y les haga conscientes de sus deberes para con el prójimo, independientemente del grupo político, nacional o religioso al que pertenezcan. Hay que emprender una campaña de preparación sin demora, en el plano mundial, ya que esta reforma de la dirección del pensamiento será

un proceso laborioso. La paz es algo que ha de enfocarse desde un punto de vista práctico para que sea viable. Habrá de ser, al mismo tiempo, dinámica. No debemos olvidar los adultos que, en gran parte, somos el resultado del azar, de nuestro nacimiento, y que éste condiciona nuestros hábitos mentales.

En los países con recursos abundantes, los padres se ocupan más del porvenir material de sus hijos que de lograr que su futura vida de adultos sea armoniosa. Les orientan hacia profesiones bien retribuidas -lo que no es, en sí, criticable-. Sería preferible hacer de ellos seres educados en la conciencia de sus deberes humanos para con la comunidad. La educación que proporciona la escuela debe ser una enseñanza de síntesis que favorezca la verdadera plenitud humana. Desde edad muy temprana, sería necesario enseñar al niño lo que es la tolerancia. Esta cualidad es esencial, pues favorece la vida comunitaria y desarrolla, al mismo tiempo, el autodomínio personal. Debe apoyarse en el respeto, la dignidad y el amor. Situar-se entre la buena voluntad y el buen sentido.

En lo sucesivo, nada debiera intentarse, en el plano de la enseñanza, a escala nacional. La escuela es el crisol de la humanidad entera, pese a la apatía que hallamos en nuestro derredor. Debe despertar en el corazón y en el espíritu de todos la idea de su verdadera razón

de ser. Hay que lograr que todo el mundo -y no sólo los especialistas- tome conciencia del papel que incumbe a la escuela; que se enfrente a sus propias responsabilidades. Sostener y fomentar, en suma, la escuela universal.

Hace unos siglos se libraban guerras de religión en nombre de una verdad. Hoy, cuando el hombre ha adquirido un mayor conocimiento, estamos quizá al borde de una terrible guerra en nombre de otra verdad: la de un determinado sistema económico. En realidad, nos sigue faltando la fe. No conseguimos desembarazarnos de nuestros prejuicios. Nos cuesta mucho liberarnos de las ideas que se nos han imbuido, en las que a veces creemos como en una verdad absoluta. Nuestra falta de objetividad, de razón, llega tan lejos que no se retrocede ante la muerte de otras personas con tal de hacer valer lo bien fundado de nuestra "verdad", incluso a riesgo de perder la propia existencia.

La enseñanza de la tolerancia es el único medio de liberar a nuestros hijos del pesado fardo que representan nuestros prejuicios. Unos prejuicios que pueden hacernos odiar a nuestros hermanos de sangre.

Es lamentable que el hombre del siglo XX, que la mayoría de los padres, se ocupen de sus hijos como si fuesen pequeños animales y no futuros hombres; que se

tomén tan poco en serio esas enseñanzas liberadoras. No puede haber verdadera emancipación sin liberación, pues aquélla no es sino conocimiento.

Demasiados olvidan el sentido de la realidad. Se imaginan que la paz es imposible y no quieren dar su brazo a torcer ni tener en cuenta la evolución de la vida. Olvidan -si han pensado en ello alguna vez- que ha hecho falta mucho tiempo para que llegaran a ser lo que son, y que harán falta muchos años todavía para transformar la óptica de las nuevas generaciones. De quienes, de hecho, habrán de ser los verdaderos artífices de la paz si somos capaces de dotarles de las armas necesarias. Nuestros hijos deben estar preparados para la vida de mañana, a imagen del mundo cada vez más pequeño en el que vivimos, para que estén en condiciones de administrarlo para el bien de todos.

Construir la paz no es tarea sencilla. Ha de empezarse por el espíritu, y es harto difícil eliminar de él los prejuicios. Hay que replantear el problema de toda nuestra civilización. Para la mayoría de los adultos, esto es prácticamente inconcebible. Por eso hay que proporcionar a los niños los medios de lograrlo liberándonos de lo que nos impide ver de lejos.

La escuela es una institución reciente. En algunos países ni siquiera cuenta un siglo de existencia.

Puesto que tiende a ser obligatoria en todas las naciones, bueno sería orientarla hacia fines mucho más ambiciosos y elevados. Es decir, por el bien de todo el hombre (carne y espíritu, materia y sentimiento, cuerpo e ideal). Esto sólo será posible si la escuela le enseña también su manera de comportarse en la sociedad; en la sociedad de todos los hombres.

Mientras el hombre vivió a su ritmo "natural", antes de la invención de la máquina, del vapor, de la industrialización y, en suma, de los tiempos modernos, la guerra todavía no era muy grave. El hombre vivía a escala reducida en todos los órdenes, un tanto perdido en esta inmensa Tierra de 40.000 kilómetros cuadrados. Actualmente, ese ritmo natural desaparece de día en día en provecho del crecimiento de la velocidad, causa permanente de transformación. Ello implica la necesidad de un sistema de educación progresiva que ha de concentrarse en instruir a los niños planteándoles el problema de la comprensión entre los pueblos, de la coexistencia; abriéndoles los ojos a una nueva visión de nuestro tiempo. Es preciso que la escuela prepare esta transformación a fin de que el niño, convertido en adulto, pueda "pensar hacia delante" al ritmo de los tiempos.

En una primera etapa, se trata de hacer posible la coexistencia, para llegar luego a la colaboración activa.

Primeramente hay que construir los cimientos de la paz. Tarea que exige un esfuerzo de largo alcance por parte de la escuela, de los enseñantes y de los padres. Es necesario que aquélla, al establecer sus programas, favorezca la plenitud del niño. El reino de la máquina, de la ciencia, debe desembocar en una nueva forma de vida, presidida por la comprensión mútua.

Habrá que evitar que los niños sean educados en el odio del nacionalismo; educarlos en la confianza de la vida. La escuela al servicio de la paz no será viable más que si la aceptan todos los países. Es indispensable que los gobiernos acepten la idea de que la escuela ha de convertirse en una institución supranacional y ello por el bien de todos los hombres, por su emancipación y su liberación. A los mayores nos toca dar el primer paso.

El papel de la escuela no es sólo desarrollar en el niño una forma de inteligencia práctica que le permita ganarse la vida, sino también desarrollar todo aquello que hace al hombre, abrir su sensibilidad mediante clases aparentemente sin razón práctica.

El cultivo de la tolerancia nos permitirá aceptarnos mejor. Por su inteligencia, el hombre puede hallar el camino de la coexistencia aun a riesgo de sufrir un tanto en su amor propio. Ese sufrimiento será mínimo si

se compara con el que provocan todas las guerras vergonzosas cuyo tributo recae en tantos seres inocentes. La inteligencia, respaldada por un poco de buena voluntad, permitiría la eliminación de la guerra. La escuela es el instrumento. Una escuela adaptada al hombre actual, que forje una óptica adecuada y haga que el niño, convertido en hombre, tenga una visión amplia y generosa.

En la estructura actual de la enseñanza, se da a los niños instrucción cívica en determinados países, pero esa instrucción se reduce al plano nacional y sigue en cada país directrices puramente políticas o nacionales. Hoy es cada vez más apremiante superar ese espíritu nacionalista, causa de tantos males. Será preciso adoptar una base común de enseñanza en todas las naciones mediante una planificación liberal que abra al hombre el camino de la unión fraterna.

Es urgente aplicar un medio práctico que permita una evolución psicológica de los habitantes del mundo, que favorezca una tendencia a la unión, tanto con fines puramente humanistas como económicos. La centralización de una forma de enseñanza cívica universal idéntica para todos no puede sino contribuir al éxito de esa empresa.

El mundo de hoy es algo así como un niño que va a quedar durante muchos años en la pubertad porque ha de

crecer y transformarse enormemente. Y esa edad es peligrosa, requiere una constante vigilancia si se quiere que la evolución sea armoniosa. He aquí la clase de paz en la que vivimos. No hay que confundir el vivir en paz -en ausencia de guerra- con vivir para la paz. Esto último requiere un gran esfuerzo y un espíritu de adaptación para no dejarse desbordar por los acontecimientos. En tanto el mundo viva sin confianza, marchará a la manera del ciego que no confía en el perro que le conduce. Pero en cuanto el mundo haya crecido en la confianza, merced a una enseñanza idéntica, basada en el respeto y el deber, hallaremos el camino de la unidad, capaz de aunar nuestros esfuerzos en pro de una común evolución.

Cuántas injusticias se evitarían, cuántas amarguras, si se enseñara a los niños, en su edad más temprana, que lo que puede compensar la falta de justicia es el espíritu de solidaridad que debiera irradiar de cada uno de nosotros. Es preciso hacer que el niño tome conciencia de sus deberes y derechos, pero sin emplear palabras que sirvan a la domagocia. Nuestros actos deben ser dictados simplemente por un espíritu de equidad, de solidaridad, de afecto, que pueda conducir un día al amor.

Nadie puede impedir la marcha ascendentes del mundo, que ha de llevar, antes o después, a una forma de unidad humana. Sólo una falta evidente de buena voluntad,

de confianza, de amplitud de espíritu, podría frenar el proceso. ¿Habrá en el mundo gran número de personas lo bastante insensatas, mezquinas y sectarias para oponerse?

Ante las terribles secuelas de la guerra y de las grandes desigualdades reinantes, parece obvia la necesidad de construir la paz sobre cimientos sólidos para el bien de todos los humanos. El empleo de la fuerza bruta con fines de dominación -so pretexto, a veces, de objetivos humanitarios y de una rápida evolución del progreso- no aporta, a fin de cuentas, más que un balance harto negativo: pérdida de amor, de respeto, de confianza en el corazón de millones de seres, amén de todos los sufrimientos físicos y morales que han de soportar.

La escuela debe convertirse en instrumento de paz, es decir, en cierto modo, una forma de institución humana que pertenezca más a la humanidad que al país. Debería ser respaldada por el civismo universal, pero sería asimismo urgente prever un medio de expresión común, verbal y escrito, que facilite ese acercamiento indispensable.

Ninguna paz seria y válida posdrá ser estable en la estructura administrativa del mundo sin el apoyo de la escuela. Admitido esto, es indispensable que algunos gobiernos tomen la iniciativa y se dispongan a materializar algún proyecto en ese sentido. Si los gobiernos pueden decretar la movilización general para la guerra y ha-

cería obligatoria para todos, ¿por qué no decretar una movilización general para la paz? Esta no podrá realizarse más que con el concurso de la escuela.

La paz es dinámica, como lo es la vida. Es necesario dar prueba de energía, de mucha energía, si queremos asegurar la paz. El camino será largo y difícil, pero la salvaguarda de la vida de nuestros hijos, la desaparición de los sufrimientos innumerables que conlleva la guerra, merecen de todos un pequeño sacrificio, un pequeño esfuerzo.

Debemos respetar la forma de los sistemas que rigen los países y las creencias de todos, pero no dejarles que vulneren el derecho a la vida, derecho que adquieren al nacer. Esta razón es suficiente para dar a cada gobierno el derecho a tomar medidas y adoptar decisiones comunes a todos, siquiera sea para favorecer la confianza que a todos cabe esperar de quienes han sido educados en principios de vida idénticos.

El mundo técnico, científico y económico progresa tan rápidamente que es indispensable y urgente que todo ese progreso vaya acompañado, si no precedido, de iniciativas humanistas acordes con él.

Sabemos que en asuntos financieros, las inversiones a corto plazo son siempre peligrosas, mientras que las inversiones a largo plazo son más seguras. ¿Por qué, en el plano humano, no llegaremos a alguna forma de inversión a largo plazo? Parece que el hombre de nuestro siglo está permanentemente desbordado por los acontecimientos, por el simple hecho de que su pensamiento no está entrenado para seguir su ritmo. Bueno será que tome por fin conciencia de ese desfase y se dispongan a construir el porvenir.

Lo que está en juego con la paz es la supervivencia de todos. Hay que preferir el interés de la humanidad al de cualquier ideología. Ha sonado la hora de tomar conciencia de ello de una manera efectiva. Es preciso hacer que el sentido del universalismo del hombre cristalice en torno a una idea válida al margen de los distintos sistemas. Volver a esta ley natural, todavía no deformada por la razón, por el intelecto, por la filosofía; que permanece impregnada de la primera verdad -la de nuestra existencia- y confiere a todos el derecho a la vida; ese derecho que la ciencia ha hecho progresar, pero que puede también destruir. Es preciso poner en práctica sin demora un medio de educación que permita al hombre hacer abstracción de su tendencia chauvinista, en provecho de la gran familia que representamos, sin renunciar por ello a seguir amando la tierra en la que cada uno vive o en la que ha nacido.

El remedio existe en todos los planos, pero especialmente en el de los ministros, que pueden, con buena voluntad y con el concurso de una buena psicología aplicada, respaldados por la prensa, la radio y la televisión, difundir noticias capaces de preparar a la opinión pública y contribuir a la evolución que requiere la vida de nuestra época. Esto han de hacerlo los gobiernos. Los ministros, en razón de su posición social, abarcan un campo de acción mucho más vasto que el común de los mortales. La casi totalidad de las gentes esperan y desean la paz aunque no lo exterioricen.

Nos hallamos en el cruce de dos caminos. Nos toca elegir entre una educación liberal puesta a disposición de los hombres, de todos los hombres, y proseguir una política separatista que nos llevaría rápidamente a la catástrofe. Pío XII dijo: "El porvenir de la paz depende de la unidad del género humano y de una sociedad de pueblos en la que cada uno conserve igual derecho a su soberanía relativa". Daba prueba, con ello, de un gran liberalismo. Pero ¿cómo lograrlo?

A través de la escuela, que si ha de luchar contra el analfabetismo, debe luchar también por la comprensión universal, por el respeto de todos. Esto no será posible más que si la escuela se organiza con esa finalidad.

No hay que hacerse ilusiones: la paz no podrá forjarse sino al precio de grandes sacrificios. Será el resultado de una alianza común, liberal, de todas las formas de espiritualidad y de todos los sistemas económicos. Causará un fuerte desplazamiento económico que habrá que prever sin demora. Todos deberán ser consecuentes consigo mismos, con la vida y el porvenir, y aportar una gran dosis de buena voluntad y de tolerancia, sin lo cual no podrá construirse nada positivo y benéfico para la humanidad.

Hemos de hacer sin tardanza que cristalice la conciencia universal del hombre en torno de una unidad común, en forma de convención universal, que represente, por su espíritu, una suerte de "credo" de la conciencia humana, al margen de toda contingencia de orden político, económico, espiritual o religioso.

¿Cómo alcanzar este objetivo? Toca a todos y cada uno de nosotros consagrar un poco de su tiempo, de sus reflexiones, si nos creemos dignos de respeto, si ejercemos el derecho a expresarnos, a criticar; si nos interesamos en la cosa pública para algo más que para servir a nuestro "yo". Si queremos abolir la guerra, es preciso que cada uno de nosotros dé un poco de su tiempo para luchar por la paz, a fin de imponerla. En ello radica la enseñanza del civismo a los hombres, por encima de las fronteras.

El mundo está dirigido por dos clases de hombres diametralmente opuestos. Los unos sólo tienen fe en el valor de su ortodoxia; frenan toda evolución en nombre de la sabiduría como si aquélla fuese sinónimo de esclerosis. Otros, por el contrario, son dinámicos, van hacia delante, no se ocupan gran cosa de filosofía, sino del árbol de la vida, que se transforma cada día; impulsan el mundo hacia arriba, hacia el sol, hacia la luz. Están en lucha casi constante con numerosos juristas, que no pueden salir de sus conocimientos, que consideran tabúes. Esa es la apertura de espíritu que todo hombre está en derecho de esperar por haber aprendido a leer y escribir. Nada más que eso si sus maestros son así de pequeños. Todo el universo, si sus maestros han sabido enseñarle la tolerancia -oxígeno del espíritu-, el respeto, la unión y la humildad.

Hoy día se abren en el mundo muchas escuelas. Escuelas que debieran ser la palanca de la humanidad. Pero cada una de ellas es libre de impartir su enseñanza nacional, su enseñanza cívica. Es desconcertante que en nuestra época, en la que ya se han emprendido verdaderas exploraciones del universo, los políticos, para ser elegidos, hayan de recurrir al "espíritu nacional", a expresiones como "nosotros, los ingleses, franceses, españoles..." y no a otras tales como "mi país es el mundo; hemos de armarnos de valor para que nuestra tierra participe en el esfuerzo común que debe desplegarse en

-244-

todo el globo, para que podamos excluir para siempre los horrores de la guerra y hacer posible la colaboración entre los seres humanos. Tendremos que luchar contra nuestros prejuicios y nuestro sectarismo para lograrlo".

Alfred Kastler: guerrero de la paz

Entre las voces autorizadas que se alzan en el mundo denunciando las amenazas que pesan sobre la humanidad, destaca la del eminente profesor Alfred Kastler,¹ premio Nobel de física, especialista en materias nucleares, infatigable luchador que, una y otra vez, expresa su inquietud ante la incongruente situación planteada por la insensata carrera de armamentos.

En 1976 el mundo gastó de 300 a 400 mil millones de dólares en armamento. Por primera vez, la carrera de armamentos que opone a los Estados Unidos y la URSS estaba a punto de dotar a cada uno de estos países de la capacidad de aniquilar la fuerza de respuesta adversa. Su "force de frappe" nuclear dejará de ser disuasiva en cuanto uno de los campos posea el medio de paralizar por sorpresa al otro.

La divulgación de las tecnologías nucleares pacíficas ofrece al mundo entero la posibilidad de adquirir armas nucleares. Según cálculos efectuados por el Instituto Internacional de Investigación para la Paz de Estocolmo, los gastos militares mundiales ascendieron en 1976 a 334.000 millones de dólares, 90.000 de los cuales corresponden a los Estados Unidos y 61.000 a la URSS.

1 cuya entrevista nos ha inspirado las páginas que siguen.

El mercado internacional de armas se cifró en el citado año en 10 mil millones de dólares, y los nuevos pedidos formulados en 1977 totalizaban el doble de esta cifra. Los cuatro grandes vendedores son Estados Unidos, la URSS, el Reino Unido y Francia, que siguen dominando el mercado de armamento pesado. Estos cuatro países suministraron el 90 por ciento de las armas vendidas en los seis primeros años del presente decenio. El principal comprador fue Oriente medio.

Hoy día, puede decirse que la carrera de armamentos es universal. Un número creciente de países del Tercer Mundo fabrica armas o piezas para armamento con licencia de sus proveedores-protectores.

El desarrollo más inquietante es el de los arsenales nucleares: los Estados Unidos reconocen estar en posesión de más de dos mil misiles nucleares estratégicos, 41 submarinos estratégicos dotados de 656 misiles y 414 bombarderos. Estos ingenios tienen capacidad para lanzar unas 8.500 cabezas nucleares sobre blancos diferentes. La Unión Soviética, por su parte, parece disponer de 2.400 ingenios portadores estratégicos, con una capacidad de 400 cabezas nucleares orientables. Las dos superpotencias cuentan además con decenas de millares de armas nucleares tácticas, la mayoría de las cuales son más potentes que la bomba de Hiroshima.

El progreso más peligroso es el de la precisión de las nuevas armas. Se llega a la más refinada tecnología militar en la miniaturización de las cabezas nucleares. Estos progresos extraordinarios se deben a la creatividad de los técnicos americanos y soviéticos. Todo indica que proseguirá la escalada tecnológica, y cabe preguntarse adónde conducirá en los próximos años.

El control de la proliferación de las armas nucleares es muy difícil porque los materiales de fisión pueden obtenerse a escala artesanal mediante sistemas de pequeña magnitud que pueden incluso funcionar clandestinamente. En cuanto a los sistemas capaces de transportar el arma nuclear -aviones y misiles-, son muy numerosos y están prácticamente al alcance de todas las naciones. El desarrollo de la tecnología de los misiles de crucero (ingenios no balísticos que vuelan a escasa altura) abre perspectivas inquietantes, pues se pueden producir estos misiles a partir de técnicas relativamente sencillas.

Consciente de los inmensos riesgos que esta situación comporta, A. Kastler viene librando una personal batalla, apoyado en su profundo conocimiento de la materia. Hace hincapié en que el desarrollo actual de las centrales de energía nuclear en numerosos países plantea el problema de la proliferación de las armas nucleares con mayor agudeza que nunca. Dichas centrales, creadoras de

energía útil e indispensable, son, al mismo tiempo, fábricas de plutonio, materia prima de las bombas. El aprendizaje de las mismas técnicas da paso al desarrollo de una energía benéfica y al potencial de armamento. Es ahí donde radica el inmenso peligro que conlleva la multiplicación de las centrales nucleares y no en la pretendida contaminación radioactiva de su entorno. Se prevé que a fines de siglo poseerán armas nucleares una veintena de naciones.

Ante ello, y por iniciativa de las Naciones Unidas, se suscribió en 1970 el tratado de no proliferación de armas nucleares¹, que fue ratificado por tres potencias nucleares -Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña- y otros cuarenta estados. En 1975 lo firmaron 94 estados no nucleares, que se comprometieron a no fabricar ese tipo de armas.

En el tratado, cada una de las partes signatarias se comprometía a proseguir de buena fe las negociaciones relativas a la adopción de medidas eficaces para el cese de la carrera de armamentos nucleares "en fecha próxima" y para el desarme nuclear, y a concluir un tratado de desarme general y completo bajo control internacional riguroso y eficaz.

¹ "No proliferación de armas nucleares", Agencia Internacional de la Energía Atómica; Viena, abril de 1976.

¿Cuál es la situación nueve años más tarde?

El texto citado constituía para las dos grandes potencias nucleares -Estados Unidos y la URSS- el compromiso moral de suspender la carrera de armamentos y abordar el desarme en fecha próxima. Las potencias nucleares signatarias no han mantenido su palabra. En estos años, los dos "grandes" han hecho exactamente lo contrario de lo que cabía esperar de su compromiso. Han proseguido e intensificado la carrera de armamentos a un ritmo que bien puede calificarse de demencial.

Ambas potencias poseían ya en 1970 un armamento nuclear suficiente para destruirse mutuamente. Desde esa fecha, vienen fabricando cohetes de cabezas múltiples. Por el acuerdo de Vladivostok (1974), se adjudicaron el mútuo derecho de dotarse de 1.320 cohetes estratégicos intercontinentales de cabezas múltiples. Cada una de éstas está formada por una bomba de hidrógeno de potencia destructora variable, que puede oscilar entre 40 kilotones y uno o dos megatones de TNT¹; es decir, una potencia cien veces mayor que la de la bomba de Hiroshima.

¹ La potencia explosiva de una bomba atómica se expresa por comparación con un explosivo químico -el trinito- tolueno (TNT)- cuya potencia ES DEL MISMO ORDEN QUE LA DE LA DINAMITA.

De fuente fidedigna¹ sabemos que, a principios de 1976, los Estados Unidos disponían de más de 9.000 de estas cabezas múltiples, y la Unión Soviética, de más de 4.000.

"El complejo militar-industrial -nos dice A. Kastler- está alerta y hará todo lo posible por que fracase cualquier intento de detener la carrera de armamentos y por mantenerla e intensificarla. La fórmula es bien sencilla y muy eficaz: basta proclamar con fuerza que el adversario continúa armándose para justificar el propio avance".

Los dos "grandes"^{son} responsables no sólo de su propia proliferación vertical, sino también de la inevitable proliferación horizontal que empieza a extenderse por el globo. Su comportamiento les priva de todo crédito moral. Las oportunidades de supervivencia de la especie humana se reducen así de año en año. ¿Cabe alguna esperanza de romper este círculo infernal? Lo que se pide a los Estados Unidos y a la Unión Soviética no es que se desarmen de la noche a la mañana. Se les pide que abandonen su insensata carrera y estudien las primeras medidas a adoptar para transformar la desconfianza en confianza y para proceder al desarme.

¹ "Stokholm International Peace Research Institute" (SIPRI); Yearbook, 1976.

Una de estas medidas es el cese total de las explosiones nucleares, que es realizable, pero requiere un cambio radical de actitud por ambas partes.

Mientras tanto, mientras prosigue este desgaste inmenso de potencial humano y financiero, una parte creciente de la población del Tercer Mundo se hunde en la miseria y en el hambre, privada de la ayuda eficaz de los países industrializados. Una reducción del 5 por ciento de los gastos de armamento del mundo y la asignación de los créditos correspondientes a la ayuda al desarrollo permitirían cambiar radicalmente tal situación¹.

¹ Estimación del "Bulletin of the Atomic Scientists"; Chicago, noviembre, 1976.

Lanza del Vasto: victoria sobre la utopía

Nos acercamos ahora a otra gran empresa de paz, un ambicioso proyecto de vida en común cuya sede hemos visitado, y cuyo fundador nos ha recibido con gran cordialidad.

La Comunidad del Arca, fundada en el sur de Francia por Lanza del Vasto hace una treintena de años, tiene notable parecido con una secta religiosa y, como tal, se define por el rechazo de la religión instituida, que juzga demasiado vasta y demasiado cómoda. Es una comunidad rural compuesta de familias que viven piadosamente al margen de la sociedad y se alimentan del fruto de su trabajo, salvo en lo que atañe a productos que son difíciles de obtener por medios rudimentarios.

Se trata de una orden patriarcal que es diferente a las demás órdenes y sectas religiosas por cuanto asume la carga de la familia y no es sólo la persona, sino la familia entera, la que está ligada a las reglas por el voto. Su regla de vida comporta la unión de la pareja, la educación de los hijos y el trabajo para el sustento de la familia. No responde a una vocación de eremitas, sino a la expresión bíblica de "pueblo consagrado", de tribu llamada a cumplir la voluntad de Dios. Entienden

los componentes del "Arca" que una de las causas de los males de nuestro tiempo es la descomposición de la familia. De ahí la degradación moral, los trastornos mentales y sociales. Para el hombre moderno, el matrimonio es el derecho a la felicidad, cuando no un buen negocio. Para el cristiano, el matrimonio es un sacramento y, por lo tanto, un medio de santificación equivalente al sacerdocio. Pero ¿cuántos cristianos han meditado sobre esta verdad de fe? ¿Cuántos están preparados para el matrimonio mediante una educación apropiada y dónde se les da esa educación? Esta es una de las principales razones de ser de la orden patriarcal.

Pero cuando, gracias a una feliz disposición natural y a un legado de virtudes, la pareja resiste a las presiones negativas de nuestro tiempo (que fomentar el adulterio, la irreverencia de los hijos y su propensión precoz a abandonar la familia), aun entonces, la familia, reducida a su más simple expresión, es una sociedad demasiado pequeña, mientras que la nación es una sociedad demasiado vasta. Entre una y otra se situaban en otro tiempo grupos intermedios a la medida del hombre: la parroquia, la corporación, que son sistemáticamente destruidos. En la calle, en los bloques de cinco o diez pisos, en la oficina o en la fábrica, se establece contacto, se coexiste, pero no hay unión. Las comunidades como la del Arca son para el hombre lo que la colmena es para la abeja.

La colectivización anónima -uno de los principales rasgos de la decadencia- acabará por probar la necesidad del remedio que Lanza del Vasto y sus seguidores parecen haber encontrado y aplicado. Del mismo modo, el hacinamiento de las masas de población en las grandes ciudades (prácticamente inhabitables) provocará antes o después la corriente contraria: el retorno a la tierra. El estallido inevitable de un entramado complejo y contradictorio que fabrica todo lo necesario para arruinarlo llevará a los supervivientes de los próximos conflictos a reagruparse para vivir una vida sencilla, apacible y sensata.

La Iglesia de Cristo, para copiar el modelo del pueblo santo, revistió la forma de una familia; el ejemplo más perfecto de tribu artificial, sin lazos de sangre, en el extremo opuesto de la horda salvaje. La orden patriarcal del Arca se sitúa a mitad de camino. Es diferente de las tribus naturales en que se accede a ella por elección y por vocación, y no por nacimiento y tradición familiar.

El Arca es una entidad dotada de todos los oficios indispensables para subsistir. Por importante que sea el trabajo, no es la razón de ser ni el fundamento de la orden. Es su medio de vida. Agruparse en oficios -entienden los moradores del Arca- equivale a dividirse en oficios, a dividirse entre personas que tienen un oficio y otras que no lo tienen; entre las que trabajan con las manos y las que trabajan con la cabeza; entre las que trabajan y las

que mandan. Agruparse en una ciudad significa, además, separarse de la tierra. Lo que importa, ante todo, a los "compañeros" del Arca, es la unidad del hombre.

Por sus principios, tan opuestos a lo que hoy suele entenderse por "economía", se les predijo desde sus primeros pasos un rápido fracaso. "Ocupaos primero del reino de los Cielos; lo demás se os dará por añadidura". Durante más de 30 años, su experiencia les viene probando la verdad del aserto bíblico.

Por su laboriosidad y sobriedad, su indiferencia a las presiones externas, y a resguardo de las crisis, los "compañeros" llegan a temer que se conviertan un día en una sociedad internacional, agrícola e industrial excesivamente próspera.

El Arca es una orden no violenta, origen y foco de no violencia, y está llamada a resolver múltiples oposiciones. En primer lugar, la de las religiones, por la adoración en común de un solo Dios, al que los hombres llaman con nombres diversos, y por la particular atención que presta al tesoro profundo de la revelación primitiva. No se trata de una tolerancia fundada en la indiferencia. La orden no sostiene que todas las religiones sean iguales, sino que todas tienen un origen común, del que han de extraerse las razones de la comprensión mutua. Cuando

sobrevenga la "renovación de todas las cosas", no habrá más que "un solo rebaño". En espera de ello, de lo que se trata es de reunir a las ovejas de diversos apriscos, sin esperar el fin del mundo para hacer que cesen los prejuicios y las disensiones.

Pero la religión raramente es la razón de los conflictos de nuestros días, grandes conflictos sangrientos que estallan entre naciones, entre clases y, a veces, entre razas. La orden fue fundada expresamente para hacer la guerra a la Guerra. Para los compañeros del Arca, la diversidad de caracteres, colores, costumbres, lenguas y estilos es, como la diversidad de los seres vivos, tesoro de la naturaleza y prodigalidad del Creador. No se plantea la cuestión de saber si hay razas y pueblos superiores a otros. El hecho de debatirlo es ya falta religiosa y crimen contra la caridad.

El voto de obedecer a las reglas y a la disciplina implica la obligación de resistir a todo mandato contrario al espíritu y a la letra de tales reglas, aunque viniere del propio jefe de la orden. La resistencia debe ser no violenta y conllevar una penitencia, e invitación a la penitencia, reflexión y llamada a la conciencia. Es todo lo contrario a la obediencia ciega que se exige, por ejemplo, en el ejército y en muy diversas situaciones en el mundo y que los hombres sufren por temor, ignorancia o pereza y aceptan con transporte

cuando su servidumbre se les presenta hábilmente como un honor, una dicha y un deber; de donde derivan las diferente violencias legítimas¹: guerras, opresión, explotación, prisiones, suplicios y todos los demás males y atentados de la justicia de los hombres, más sanguinaria que sus pasiones y vicios.

Preguntamos a Shantidas² si la actitud de reclusión, de aislamiento de la Comunidad respecto del mundo no se opone a la fraternidad activa que cabría esperar de ella. Nos responde:

--A los que nos reprochan nuestra reclusión, nuestra búsqueda de armonía y de perfección personal a resguardo de las vicisitudes de la época, respondemos que todo árbol tiene su corteza, todo grano su cáscara, y que sin esa envoltura nada podría crecer y desarrollarse.

--La tentación de lanzar a los hombres a la acción sin una profunda preparación doctrinal y espiritual, de exponerles aislados a la incitación de las mayorías, es hoy muy poderosa y lleva a su pérdida a muchas empresas generosas.

1 Dice Gandhi a este propósito: "Mientras subsista en los hombres la superstición de que deben obedecer a leyes injustas, seguirán siendo esclavos".

2 Nombre que diera Gandhi a Lanza del Vasto y que significa "mensajero de paz".

--La transmisión de la enseñanza exige años de disciplina vigilada y, por consiguiente, de vida en común y regulada. La independencia económica, sin la cual no hay justicia no violenta, requiere la coherencia de un grupo fijado a la tierra, formado en varios oficios. Tal es la doble razón de las comunidades regulares.

Por otra parte, estas comunidades deben ser de dimensiones reducidas para no perder su atmósfera viva y familiar. Todo el mundo que las compone debe conocer y amar a los demás compañeros. Hay que evitar, en todo caso, que se conviertan en una suerte de cuartel o administración.

Para ingresar en la orden no hacen falta grandes bienes, grandes dones, gran saber ni grandes virtudes. Y aun lo que se tenga hay que dejarlo a la puerta, en su mayor parte.

La comunidad -aún menos que la familia- no es razón de ruptura alguna con el prójimo. La independencia corta de raíz las falsas relaciones, las relaciones de provecho, la ignominia de la sonrisa comercial, de las reverencias serviles, para dar paso a los sentimientos verdaderos. Los compañeros detestan el mundo, pero es por amor y consideración a los que el mundo seduce, degrada y destruye. Si se mantienen retirados, no es para huir de los males que denuncian ni para escapar a las

plagas que predicen; es para avisar sobre los medios de salvar a algunos mostrándoles el camino.

El voto, en fin, se articula en siete puntos: trabajo, obediencia, responsabilidad, purificación, pobreza, veracidad y no violencia.

Sobre la no violencia

La enseñanza que se dispensa en el Arca comporta dos aspectos principales: vida interior y no violencia.

Existe una práctica de la vida interior: la meditación, la oración, los ejercicios corporales y mentales, el retiro, el ayuno, la peregrinación y otras experiencias ascéticas individuales o colectivas, ordinarias o extraordinarias; a lo que hay que añadir la práctica religiosa pública y secreta y, finalmente, la apertura a las religiones que pueden denominarse exteriores.

La no violencia, por otra parte, no se reduce a la acción. Supone un conocimiento de los principios, métodos, ejemplos históricos, argumentos aptos para persuadir a los que ignoran o los que niegan.

La posición religiosa del Arca es de fidelidad de cada uno hacia su propia religión y de profundo respeto de la de los demás. Ahora bien, el conocimiento, la posesión y el don de sí mismo y la no violencia forman parte del fondo común de todas las religiones.

--¿En qué consiste la justicia no violenta?--
preguntamos a Shantidas.

--En reparar el mal oponiéndole un bien, a ser posible de igual naturaleza.

--En cuanto al delito y a su condena, ¿se trata de una justicia exenta de sanción?

--No. Es una justicia que comporta una sanción exenta de violencia.

--¿Cómo es posible?

--Porque se trata de hacer penitencia en lugar de sufrir castigo. Este es siempre más o menos violento, pues depende del criterio de otros, y éstos, por superiores que sean, no pueden penetrar en el designio de Dios ni en los móviles íntimos del prójimo ("no juzguéis", dice el Evangelio). La no violencia consiste en poner al culpable ante su propio juicio y confiarle la ejecución de la sentencia. El castigo es algo que separa. Si se nos aplica desde fuera, nos aísla de nuestros semejantes. Si nos lo aplicamos nosotros mismos, sólo nos separa de nuestra falta y, con ello, nos libera y nos vivifica.

--¿Qué relación existe entre la verdad y la no violencia?

--Verdad y no violencia son una misma cosa. Esto carecería de sentido si se entendiera por verdad un conjunto de nociones, el resultado de un cálculo, una

combinación verbal o mental cualquiera. La verdad consiste en que el "exterior" sea como el "interior" del individuo. Y así, la verdad de la expresión es la sinceridad; la verdad de los actos es la justicia; la verdad de la conciencia es la unificación interior y el conocimiento de sí; la verdad del amor es el reconocimiento de sí en otro; la verdad de la religión es la unión con el Único en el fondo de uno mismo.

"--La no violencia es la fuerza de la verdad, con la que pueden resolverse los conflictos más diversos. Es justo defenderse de un agresor, y la no violencia no consiste en dejar el campo libre a los violentos, sino en resistir al mal por el bien, a la mentira por la verdad, a la avaricia y la ambición por el don de sí. El no violento se expone, se ofrece, se sacrifica por su testimonio. La no violencia es una acción directa, arriesgada y eficaz o no es nada. Es la solución de los conflictos. Estos no se resuelven suprimiendo al adversario, oprimiéndole o reduciéndole a la servidumbre, pues mañana el vencido tomará su revancha, el esclavo se sublevará y no se romperá la cadena de violencias.

"--La no violencia es posible donde la violencia sería totalmente impotente. Pero nunca es fácil practicarla. Es preciso entrenarse en ella interiormente y ejercitarla a diario y en privado y, para aplicarla en

-263-

la vida pública, someterse a una severa disciplina. Hay que aprender a hacer por la paz todo lo que otros están dispuestos a hacer por la guerra".

Abate Pierre: en busca de los desheredados

En 1954, Henri Gruès (popularmente conocido por el nombre de Abate Pierre), profundamente inquieto por la suerte de los desamparados, los sin techo, norteamericanos, crea la Comunidad de Emmaús. Desde hace veintinueve años dirige y anima esta obra de caridad activa, que ha crecido y se ha extendido por el mundo en virtud de su generoso impulso.

En 1976, el Abate nos recibió en París y respondió amablemente a nuestras preguntas. Es su lucha una prueba fehaciente de lo que puede el hombre cuando, movido por la fe y por el amor, decide aportar su esfuerzo sin reservas en aras de la paz, sabedor de que el fruto de ese esfuerzo hay que buscarlo junto y para los que más necesitan de él.

Está firmemente convencido de que es necesario promover la ayuda en favor de los que más sufren, de los más débiles y desheredados, por amor de Dios y de los hombres.

--Es corriente--nos dice como pensando en alta voz--culpar al "Estado" de todos los males que sufre una nación. Pero ¿quién, al mismo tiempo que se lamenta de todas sus insatisfacciones, como ciudadano de una patria o como ciudadano del mundo, repara en la parte de inicia-

tiva y de responsabilidad que le toca, y en la complicidad pasiva de la que puede ser culpable?

El movimiento de Emmaús¹ nació en noviembre de 1949 por la unión de un grupo de personas que habían tomado conciencia de su situación privilegiada y de sus responsabilidades sociales ante la injusticia con otro grupo de personas que no tenían ya ninguna razón de vivir.

Unos y otros decidieron aunar sus voluntades y sus actos para ayudarse mutuamente y socorrer a los que sufren, en la convicción de que, convirtiéndose en salvador de otros, es como se salva uno a sí mismo.

Con ese objeto se constituyeron las comunidades, que trabajan para vivir y para dar. Se han formado, además, grupos de amigos y voluntarios que luchan en los planos cívico y privado.

--¿Cómo podría resumirse la consigna esencial de Emmaús?--preguntamos al Abate.

"Servir, antes que a sí mismo, a quienes son más infelices; servir primeramente a los que más sufren.

¹ nombre de una localidad de Palestina en la que los desesperados hallaban la esperanza y que evoca a todos los miembros de la Comunidad su convicción común de que sólo el amor puede unirlos y hacerles avanzar juntos.

"Estamos convencidos de que el respeto de esta ley (de la que depende, para la humanidad entera, toda vida digna de ser vivida) debe presidir toda búsqueda de la justicia y, por lo tanto, de la paz entre los hombres.

"Nuestro propósito es obrar para que cada persona, cada sociedad, cada nación, pueda vivir, afirmarse y realizarse en el intercambio, compartiendo lo que tiene, en igualdad de dignidad.

"Nuestro método consiste en crear, sostener y fomentar comunidades en las que todos, sintiéndose libres y respetados, puedan atender sus propias necesidades y ayudarse recíprocamente.

"Nuestro medio es el trabajo de recuperación (donde es posible), que permite revalorizar cualquier objeto, y multiplicar las posibilidades de acción en socorro de los más necesitados. Asimismo, deben emplearse los medios que promuevan la toma de conciencia con el mismo fin, compartiendo las adversidades y la lucha de los desheredados hasta la eliminación de las causas de la miseria.

--¿Tiene Emmaús alguna limitación de orden religioso? ¿Es financiada o respaldada por alguna organización o grupo determinado?

"Emmaús no está subordinada, en el cumplimiento de su misión, a ningún ideal ajeno al que acabo de exponer ni a ninguna otra autoridad que la constituida en su seno, según sus propias reglas. Actúa de acuerdo con la Declaración de los Derechos Humanos y con las leyes justas de cada sociedad, de cada nación, sin distinción política, racial, lingüística, espiritual u otra".

En las comunidades de Emmaús reina una gran actividad. Se olvida el mundo feroz del dinero. Todo se da por amistad. Los "traperos" en ellas acogidos se ocupan de recoger muebles viejos, periódicos, prendas de vestir, objetos muy diversos, a los que se trata de dar un nuevo valor, y luego los venden a precios módicos. El tesoro de Emmaús es el trabajo. No se acepta otro medio de subsistencia que el fruto del trabajo comunitario. Casi treinta años de actividad prueban que éste es un medio eficaz de subsistir y de hallar una dignidad que se había perdido.

--¿Podría hallarse solución--preguntamos al Abate Pierre, cambiando de tema-- a los problemas que hoy aquejan a la humanidad en el marco de la nación?

"La nación es una realidad que requiere respeto. Pero el estado-nación tal como hoy existe, con su "soberanía absoluta", es totalmente incapaz de resolver esos problemas. Las Naciones Unidas son un foro apreciable por cuanto en ellas se establece un cierto diálogo. Sin em-

bargo, no cabe esperar resultados positivos porque la Carta de la O.N.U. no reconoce limitación de la soberanía de sus estados miembros. En este sentido, dicha Organización está completamente superada por la fuerza de los hechos. Mientras no se creen organizaciones transnacionales capaces de resolver los problemas mundiales, será útil la labor que realizan organismos como la UNESCO y la OIT (Organización Internacional del Trabajo), que ha de entenderse como un posible comienzo hacia la verdadera solución. Pero es necesario, ante todo, crear la función, antes de instaurar la clase de organización o gobierno que el mundo necesita".

Confiemos, con el Abate Pierre, en que la juventud de todas las latitudes sepa superar la explosión, el grito de insatisfacción y de denuncia de los desheredados, de los "sin voz"; comprender que el progreso de la humanidad depende, sobre todo, de que los más conscientes aprendan a ser testigos de los que sufren y lleguen a la convicción de que no hay verdadera felicidad sino en el servicio de la de los demás.

He aquí una vía de paz que el Abate señala y personifica con su loable ejemplo; uno de los caminos más eficaces y generosos hacia la paz mundial.

Max Habicht: una alternativa a las Naciones Unidas

Para Max Habicht, jurista internacional eminente, coautor de una "Constitución mundial" y de una propuesta de revisión de la Carta de las Naciones Unidas, cada uno de los miembros de la familia humana debe adoptar una actitud de lealtad a la familia y a la comunidad social y política a la que pertenece, y luego, de lealtad a la especie humana: una actitud de reconocimiento, de conciencia de las necesidades y los derechos de todos los humanos.

"El gran desarrollo de la técnica moderna--nos dice--crea una unidad, querámoslo o no, que es preciso reforzar y honrar con ese reconocimiento y esa conciencia de solidaridad humana a escala mundial. Todo esto es necesario, hoy más que nunca, ante los graves problemas que padece la humanidad".

Coincide Habicht con no pocos pensadores en señalar que esos problemas --y especialmente los de la guerra y el hambre, que son quizá los más importantes-- no cabe plantearlos en el marco de las Naciones Unidas, que vienen a ser una prolongación de la Sociedad de Naciones. En ambas se han debatido problemas de soberanía de los estados-nación. A ambos foros se han trasladado reiteradamente los problemas para intentar resolverlos

"por unanimidad" de los participantes. Ese sistema está abocado al fracaso, como se ha comprobado una y otra vez, pues es punto menos que imposible lograr la unanimidad en cuestiones de verdadera importancia mundial.

"Las Naciones Unidas--comenta M. Habicht-- tienen su utilidad como punto de partida, como etapa preliminar que habría de aprovecharse para, una vez modificada y perfeccionada, introducir un sistema de aprobación "por mayoría" como el que se aplica en el plano nacional, regional y municipal. Hay que superar, además, esa estructura de soberanías ilimitadas -verdadero valla_ dar que impide el establecimiento de la paz mundial- e ir hacia una constitución mundial, supranacional.

--¿Qué leyes mundiales habría que establecer y de qué manera?

"Se trataría de crear una Constitución Mundial a imagen de la que rige en la mayoría de las naciones, pero a escala universal, es decir, con un órgano legislativo, uno judicial y alguna clase de policía mundial capaz de hacer respetar la ley a los "ciudadanos del mundo". Es necesario lograr el desarme (no simplemente hablar de él) estableciendo leyes que proscriban la fabricación de armamento, creando una policía mundial que controle a los ciudadanos... desarmados, para impedir el

riesgo de guerra que hoy amenaza tan abrumadoramente al género humano".

Pese a los esfuerzos infructuosos del pasado, cabe concebir una paz real y duradera. Los hombres saben bien cómo hacer reinar la paz en una comunidad humana. Han logrado resolver pacíficamente sus conflictos en el plano de la tribu, del pueblo, de la nación, y esto mediante un mecanismo conocido por la denominación general del "derecho".

"Per qué--se pregunta Habicht--no podrían solucionarse los conflictos en el plano de la humanidad aplicando un sistema de derecho mundial? No hay duda de que ello es posible en tanto se acepte someterse a una "decisión de terceros" si las negociaciones entre las partes litigantes no condujesen a una solución. El precio de la paz mundial es la sumisión a esa decisión de terceros, situada por encima de las partes".

Por desgracia, predicar el amor a los enemigos no ha hecho reinar la paz en la tierra hasta ahora. Cree nuestro entrevistado que, dondequiera que reina la paz (tribu, pueblo o nación), no es el amor lo que la ha creado, sino un sistema de derecho cuyos órganos de estado imponen la ley, la interpretan y aplican, si es necesario por medio de la policía. Hay que completarla mediante una ley que elimine coercitivamente al criminal y al alienado.

La paz no se forja por medio de negociaciones. Es una creación continua de eliminación de la injusticia -sin bombas ni cañones- por decisión de terceros. Y sólo cabe considerar la aceptación de tal decisión cuando puede haber confianza en el árbitro o en la institución supranacional que interviene.

La mayoría de los Estados han constituido parlamentos, gobiernos dotados de una policía y tribunales aptos para dirimir los conflictos sin recurrir a la violencia mediante la imposición de un tercero cuando las partes en pugna no pueden llegar a un acuerdo por vía contractual. Los órganos estatales promulgan leyes por el sistema mayoritario, que son obligatorias para los individuos. Un orden basado en el derecho, capaz de funcionar, debe aplicarse a aquéllos y no a lo que se denomina Nación, que es más bien un ente ficticio. Un nuevo orden mundial basado en el derecho, es decir, un derecho mundial, obligará a todos los ciudadanos, y los que lo vulneren serán sancionados o incluso apartados de la sociedad. Para alcanzar ese estado de orden y de paz a escala mundial no será necesaria la bomba atómica: bastará con una fuerza policial que ejerza sus funciones en una humanidad desarmada. El desarme es condición previa para la acción eficaz de la policía. Sin desarme del estado-nación no es concebible la paz mundial. En cuanto al desarme del que hablan todos los hombres de Estado, parece que éstos no han comprendido que ese desarme no se puede lograr por vía contractual, es decir, por

medio de tratados suscritos entre estados. Todo desarme en el interior de las naciones se ha conseguido mediante la creación de leyes, por procedimientos que no implican la unanimidad. El fracaso de los planes de desarme de la Sociedad de Naciones y de la O.N.U. no prueba que no pueda alcanzarse el desarme universal. Prueba únicamente que tal desarme no pueden negociarlo los estados sobre la base de la unanimidad. Un desarme satisfactorio sólo será viable cuando la humanidad haya creado alguna suerte de estado federal mundial que lo imponga mediante un derecho mundial, por métodos legislativos parlamentarios.

En opinión de Habicht y de los coautores de la citada Constitución Mundial -que conlleva toda una revisión de la Carta de las Naciones Unidas-, que sostienen la tesis llamada federalista, el mundo necesita una asamblea legislativa: los parlamentos locales, nacionales y del Estado Mundial futuro deberían compartir sus facultades legislativas, permaneciendo autónomos en un ámbito bien definido. Subsistiría la autonomía de los municipios y de los estados nacionales dentro del marco de un Estado Federal Mundial. No se trata de "abolir la patria".

La autoridad federal mundial no se ocuparía al principio más que de dos problemas cruciales de nuestro tiempo: la abolición de la guerra y la abolición del hambre. La primera no sería posible hasta que los ejércitos

del Estado nacional hubieran sido desarmados y, con ello, se hubiese liberado la humanidad de esa maquinaria mortífera. La seguridad que los Estados nacionales buscan en vano en la carrera de armamentos sería garantizada en el futuro a cada uno de los ciudadanos por el funcionamiento del Estado Federal Mundial, que aplicaría los mismos medios que el Estado nacional emplea hoy en el interior de sus fronteras.

Tampoco se puede resolver el problema del hambre en el mundo mediante la simple cooperación de los Estados nacionales, por pura filantropía. Para resolverlo hacen falta leyes sociales y una planificación que sólo un parlamento mundial podrá establecer.

--¿Cual es, en definitiva, el tributo que habrán de pagar los Estados nacionales para obtener la paz mundial?

"La cesión de una parte de sus atribuciones legislativas a un Estado Federal Mundial. Ciertamente, algunos perderán con ello sus privilegios, pero la mayor parte de la humanidad logrará al fin lo que tan ardientemente desea: que la energía atómica sea empleada únicamente con fines pacíficos, en beneficio de la humanidad y no para su destrucción, y que los 150 mil millones de dólares que gastan anualmente los Estados nacionales en armamento se destinen a alimentar a la mitad de la población mundial que padece hambre".

Michel Cépède: agricultura para la paz

Para Michel Cépède, ilustre agrónomo que se ocupa y preocupa esencialmente por el problema de la distribución de alimentos en el mundo y la explotación agrícola en sus diversas regiones, el hombre de nuestro tiempo debe pensar, ante todo, en el futuro de la humanidad antes que en su éxito individual y en la utilidad inmediata.

A lo largo de los siglos, la sociedad ha estado dividida en dos grandes grupos de personas: el de los guerreros y el de los campesinos (hasta que las grandes masas de población se asentaron en las ciudades y el empuje de la revolución industrial viniera a conmover la estructura social en sus cimientos).

"Los guerreros--nos dice-- basan su actividad en la lucha por la conquista, en una idea peculiar del honor, en la guerra. En cambio, los campesinos son sedentarios, tenaces, trabajan duramente para defender su vida y anhelan la supervivencia, que reposó en sus hombros largo tiempo".

--¿Cuál es, en su opinión, la verdadera causa de la situación actual en la distribución de alimentos?

"La desmedida avidez de beneficios. Todo se

vende y se compra. Se produce sólo aquello que puede venderse, y se intenta siempre producir al menor coste, sin visión de futuro. Se busca el provecho inmediato, a corto plazo. Se suele dar como excusa la superpoblación para justificar la situación infrahumana de una gran parte de los seres humanos. En realidad, la técnica actual permite corregir esa situación. La Tierra es como un vehículo espacial; no está aislada. Recibe un gran potencial de energía del exterior, que puede aprovecharse favorable o desfavorablemente. Si no se aplica debidamente a la producción (movilizando la tecnología en la buena dirección), esa energía se malogra y perjudica a la mayoría".

Fundamentalmente, el problema del hambre tiene su solución en la agricultura, en el cultivo de la tierra. La ciencia ha jugado su papel en este terreno, y cada día desempeña un papel más importante. El lugar del hombre en la naturaleza es de un parásito, o más bien de un predador, capaz de utilizar numerosas especies vegetales y animales de la biosfera. Como predador, es peligroso para el equilibrio biológico, pues es omnívoro y, al mismo tiempo, móvil (es decir, lo que ha agotado hoy en un lugar determinado puede buscarlo mañana en otro). Pero sus armas naturales son precarias para dominar la naturaleza. En el estadio primitivo de la economía de recolección, de caza y pesca, padecía hambre mientras que su densidad de población era escasa. Como en el "desierto verde" amazónico de nuestros días, en el paleolítico medio, cuando

Tierra tenía menos de un millón de neandertaloides, su modo de explotación de los recursos naturales ofrecía un rendimiento tan bajo que, paradójicamente, el planeta estaba ya superpoblado.

Hoy, gracias a la ciencia, junto a una economía de recolección primitiva, existe una economía moderna, capaz de aplicar las técnicas más avanzadas a la detección, obtención y transporte de las riquezas naturales. La caza de la ballena y ciertas pesquerías de altura proporcionan ejemplos de ello y muestran la necesidad de establecer limitaciones en interés de todos y, principalmente, de las generaciones venideras, para evitar el rápido agotamiento de las riquezas conocidas.

El progreso de tal economía puede consistir en descubrir otras fuentes naturales. Existe una lamentable tendencia a mantener prácticamente ocultos los resultados obtenidos por los expertos de la asistencia técnica¹. Por fortuna, desde el Primer Congreso Mundial de la Alimentación (Washington, 1963) se registra una cierta evolución y progresa con relativa rapidez la idea de asistencia abierta. Las Naciones Unidas han creado un servicio de documentación para la alimentación y la agricultura, que ha

¹ Así, por ejemplo, no es raro que los informes confidenciales de este tipo se conserven celosamente guardados en los archivos secretos de las organizaciones internacionales, en espera de que los gobiernos pidan ayuda.

analizado y computerizado los informes de los expertos y está ya abordando las investigaciones que se realizan en numerosos institutos y laboratorios del mundo entero. Esta empresa constituye uno de los pasos esenciales para poner la ciencia a disposición de quienes hayan de aplicarla y sacar provecho de los resultados.

Con todo, es aún muy largo el camino a recorrer para que los países necesitados de ayuda puedan disponer libremente de ella. La expresión "cooperación técnica" se aplica, en principio, a las actividades de intercambio, aparentemente gratuitas. Los países o empresas que se consideran propietarios de los inventos y descubrimientos, y a las que la ley suele garantizar el monopolio de su explotación, se sienten tentados, con harta frecuencia, a elevar el "valor de uso" por encima del "valor de cambio" de su propiedad y a limitar o rehusar su difusión.

Creemos que la cooperación técnica debiera seguir el rumbo inverso: fijarse por objetivo la generalización de los resultados de la investigación. Ante la extrema necesidad del desarrollo, la innovación técnica debería constituir un bien común, accesible a todos. Nos parece intolerable la apropiación privada o incluso nacional de un patrimonio común de la humanidad.

C a p í t u l o IV

HORIZONTE, AÑO 2000

El mundialismo

Actualidad y necesidad

El mundialismo corresponde a una situación de interdependencia creciente de los estados y de los pueblos. La experiencia cotidiana nos ofrece múltiples ejemplos de ello.

El mundialismo está presente en todas partes. Lo hallamos en las relaciones privadas y públicas, en forma de intercambios de toda índole. Pero estas manifestaciones, que obedecen de modo espontáneo a la evolución general, no están ligadas ni coordinadas entre sí en un conjunto institucional. Falta lo que los habitantes del planeta, con más o menos claridad, sienten que es necesario: una organización capaz de resolver los grandes problemas que se plantean ya a escala mundial y que pesan sobre el destino de todos.

Creemos firmemente que la humanidad se encamina hacia una suerte de federación mundial (aunque bien pudiera adoptar otro nombre). Esta unión no podrá establecerse sino de manera progresiva. El realismo -que no ha de estar ni está reñido con el razonado idealismo que sustentamos- obliga a tener en cuenta los obstáculos que se alzan en el

camino; determinar las soluciones prácticas aplicables de inmediato y las que no pueden aplicarse o preverse más que a largo o medio plazo.

Mucho se habla hoy de mundialismo. Sin embargo, no está suficientemente esclarecido su contenido ni las inmensas esperanzas que, legítimamente, puede despertar, acerca de lo que es posible y de lo que será posible en el futuro.

Hemos aludido a la situación actual del mundo, que se caracteriza por un desfase acentuado entre la rapidez extrema del progreso tecnológico y la lentitud de la evolución sociopolítica y psicológica. Colmar ese vacío, poner a la humanidad al nivel de ese progreso y construir el mundo de mañana nos parece un hermoso ideal y un poderoso estímulo para las jóvenes generaciones.

La situación internacional es tal que los estados y los pueblos dependen cada vez más unos de otros. El hombre moderno viaja, se relaciona con los de otros lugares y razas, en su deseo de comprenderlos y conocerlos mejor. Los alimentos que consume, los vestidos que emplea, los productos que obtiene, provienen de muy diversas regiones del planeta. El turismo, como el comercio internacional, no cesa de desarrollarse. Millares de aviones, cientos de satélites surcan el cielo, indiferentes a las fronteras

irrisorias que separan artificialmente a las naciones. La Tierra se ha empequeñecido ostensiblemente. Sería hoy mucho más sencillo para una personalidad mundial hacer llegar un mensaje a un punto cualquiera del globo de lo que era para el rey de España, hace doscientos años, tomar contacto con los habitantes de una lejana provincia. La información es instantánea. En un momento, centenares de millones de personas pueden seguir en la pantalla de televisión un acontecimiento mundano, político o deportivo.

Necesidades técnicas han obligado a los gobiernos a crear, a escala mundial, organizaciones que implican una renuncia parcial de soberanía. Tal es el caso de la meteorología, la aviación civil, las telecomunicaciones (con la Organización Meteorológica Mundial, la Organización de la Aviación Civil Internacional y la Unión Internacional de Telecomunicaciones, respectivamente). La cooperación internacional se impone, por razones de eficacia, en una multitud de sectores públicos: la salud con la OMS, el trabajo y el empleo con la OIT, la educación y la cultura con la UNESCO; sin olvidar todos los organismos que coordinan las actividades económicas o dispensan su ayuda -más o menos efectiva- al Tercer Mundo: la FAO, el Fondo Monetario Internacional, etc.

Paralelamente, los hombres de ciencia del mundo entero aúnan sus esfuerzos¹; los sindicatos, la pren-

1 Piénsese, por ejemplo, en el Año Geofísico Internacional (1954), ya mencionado.

sa, las profesiones liberales, industriales y comerciales se agrupan o celebran congresos que tratan de los problemas profesionales en el plano mundial.

Al mismo tiempo, las religiones se aproximan en el ecumenismo, las producciones artísticas dan lugar a intercambios enriquecedores.

Yendo mucho más lejos, por ese camino, se crean asociaciones para estudiar y facilitar la formación de instrumentos mundiales de gobierno: los Ciudadanos del Mundo, los Federalistas Mundiales, las diversas asociaciones para el derecho mundial.

Por otra parte, la guerra y los conflictos entre las naciones han adquirido, como dijimos, dimensiones que amenazan la paz del mundo entero. Un conflicto local puede degenerar impensadamente en conflicto mundial. El poder de las armas atómicas, la malhadada carrera de armamentos, exponen a los mayores peligros a todos los pueblos de la Tierra, mientras que el desarme podría liberar enormes recursos para la lucha contra el hambre y el aumento del nivel de vida general.

No es menos apremiante combatir la contaminación y proteger el entorno con medidas que exigen la aplicación de medios a escala universal.

Ante la fuerza de las corrientes que tienden a la instauración de un sistema mundial de gobierno, gentes de buena voluntad se preguntan si es oportuno precipitar ese movimiento. ¿No sería más conveniente dejar que la evolución prosiga normalmente hasta su desenlace natural? Con ello se evitarían conmociones que podrían obstaculizar el establecimiento de una autoridad mundial, que muchos de nuestros conciudadanos aún no están dispuestos a aceptar.

Nos parece que la objeción carece de valor.

Hay que insistir en que el tiempo perdido acarrearía a la humanidad muchos sufrimientos y sacrificios inútiles, agravados por la penuria que afecta cada vez con mayor dureza a diversas regiones de la Tierra. Ya que, según todos los indicios, el mundo se encamina irresistiblemente hacia su unidad (según veremos), ¿por qué privar a los hombres, durante varios decenios, del beneficio que pueden obtener?

Hay, por otra parte, materias en las que la institución de una autoridad mundial dotada de un poder de decisión se impone ya de manera acuciante: la solución de la crisis económica mundial, la lucha contra el hambre y contra la contaminación, la proliferación de las armas nucleares y los terribles riesgos que comporta, la explotación de los fondos marinos, la utilización del espacio extraterrestre, y otras muchas.

Los estudios del Club de Roma han puesto de manifiesto la necesidad del consenso para resolver la crisis económica que padece hoy todo el mundo. En el informe presentado por los señores Pestel y Mesarovic (1974), con el título de "Estrategia para mañana", se afirma que si la competencia incita a veces a pruebas de fuerza, interesa siempre a las partes en litigio la cooperación antes que la confrontación. Con el rigor científico que caracteriza sus trabajos, el Club intenta incluso aportar una verdadera demostración matemática a este respecto.

Ya sabíamos que la guerra, en su versión moderna, resulta tan cara al vencedor como al vencido. El consenso no basta para resolver los problemas. Es condición necesaria, para preservar la paz, organizar una lucha eficaz contra el hambre, contra el azote del paro, la contaminación y tantas otras plagas. Pero, para llegar a resultados prácticos, es preciso pasar del consenso a la decisión y, sobre todo, hace falta que ésta vaya seguida de una aplicación efectiva; lo que supone la existencia de un instrumento apropiado que garantice la ejecución.

La experiencia de las conferencias internacionales que se han celebrado en los últimos años bajo los auspicios de las Naciones Unidas lo demuestra bien a las claras: el consenso, aun cuando dé por resultado un acuer-

do, es inoperante si no existe un organismo capaz de traducir en actos las resoluciones adoptadas y de hacerlas respetar. Los resultados de las múltiples reuniones celebradas nunca han estado a la altura de la calidad de los trabajos y de la preocupación de los responsables. En la mayoría de los casos, las resoluciones votadas han quedado reducidas a manifestaciones piadosas, y la situación no ha dejado de empeorar desde entonces.

Implicaciones económicas y políticas

En octubre de 1974, el Secretario General de las Naciones Unidas declaraba a la televisión francesa, con tanta humildad como amargura, que las resoluciones de la Asamblea y del Consejo de Seguridad y las conferencias internacionales quedaban muy a menudo en letra muerta por falta de una autoridad mundial capaz de hacerlas respetar.

El Club de Roma, presentando un cuadro apocalíptico de los males que nos acechan, reconoce que nos hallamos ante una crisis económica mundial:

"La humanidad se encuentra en un momento crítico de su evolución. Más allá de los estrechos límites de los intereses nacionales, hay que buscar un equilibrio duradero entre las regiones del mundo y establecer entre ellas una solidaridad global para que la humanidad se desarrolle en lo sucesivo como una entidad orgánica. Las verdaderas soluciones no pueden ser, evidentemente, sino interdependientes. Es preciso establecer un nuevo orden económico mundial; un sistema global de distribución de los recursos; crear estructuras internacionales en las que se aplique un instrumento de planificación".

No cabe duda de que existe una estrecha relación entre la economía y la política. Afirmar que para resolver la crisis hace falta crear un nuevo orden económico, planificar la producción, los intercambios, la distribución de la energía y de las materias primas, equivale a plantear un problema político.

El temor a las palabras no es digno de quienes pretenden asumir la responsabilidad del destino de los pueblos. Es obvio que, aun limitándolas a los medios de resolver la crisis económica mundial, las implicaciones del nuevo orden son tales que, para superarlas, los Estados tienen que solucionar un problema esencialmente político: el de las instituciones que deben regir el mundo de mañana.

Ciertamente, la grave crisis económica actual no es única en la historia. ¿Por qué recurrir ahora a métodos propiamente revolucionarios, como la instauración de un nuevo orden mundial, para resolver los problemas que plantea?

En primer lugar, porque esta crisis es de carácter mundial. Lo que la distingue de las anteriores y pone de relieve su aspecto global es el papel que desempeñan en ella la energía y las materias primas. La energía se ha convertido en el motor indispensable del crecimiento. Y sucede que las fuentes de energía -y es_

pecialmente el petróleo- se hallan muy desigualmente repartidas en la superficie del planeta.

Una organización mundial sería capaz de proporcionar a todos los países del globo, durante varios decenios, el petróleo necesario para sus necesidades económicas, en espera de que la energía nuclear reemplace al petróleo. Hay que señalar el hecho de que las riquezas petrolíferas y minerales del fondo de los océanos, fuera de los límites de las aguas territoriales de los Estados, constituyen un patrimonio común de la humanidad. Su explotación por una autoridad mundial aseguraría la justa distribución y unos recursos financieros que beneficiarían a la comunidad mundial.

Sin esa autoridad, la situación es harto diferente. La desigualdad en la distribución geográfica de los recursos petrolíferos no sólo será adversa a la mayor parte de los países europeos; perjudicará aún más a los países subdesarrollados, que no tienen la suerte de ser productores de "oro negro".

Los países exportadores de petróleo representan solamente el 4 por ciento de la población del Tercer Mundo, mientras que el 67 por ciento de dicha población pertenece a países cuya renta per capita es inferior a 200 dólares anuales. En la India, desde el alza inicial de precios del petróleo, millones de personas no disponen

de luz eléctrica, en muchos ni para cocinar. Y no es éste el único país que no puede hacer frente a los gastos de importación de ese producto en cantidades vitales para sus habitantes y su industria. Tal es también el caso de Bangladesh, Filipinas, varios países de Asia y numerosos de África. ¿Es admisible que un país cualquiera pueda verse privado de energía mientras existen en el planeta recursos suficientes? Ante las desigualdades palmarias que ocasionan los caprichos de la naturaleza, destacadas personalidades han adoptado una visión global del problema y propugnan un control internacional de las fuentes de energía y las materias primas.

En varias ocasiones se ha propuesto una conferencia mundial sobre la energía. Asimismo, en una entrevista concedida a los diarios Le Monde, The Times y Die Welt (1973), el director general de la "Royal Dutch-Shell" afirmó que el Mercado Común estaba superado y que hacía falta "una forma concertada de distribución internacional para resolver el problema de la energía".

La necesidad de organizar a escala mundial el uso de la energía nuclear se impondrá con la misma fuerza que para el petróleo, por razones bien diferentes que, en este caso, atañen a la seguridad de los usuarios¹.

¹ Recordemos, a este propósito, la iniciativa que, a escala europea, tomó el EURATOM, con un sistema de control que se aplica en los países signatarios al uso de la energía atómica con fines pacíficos.

Hacia la unidad mundial

La sociedad mundial que parece esbozarse está marcada por la unidad sociocultural del hombre y de la técnica. Ésta y la ciencia deben ponerse al servicio de la vida, o bien toda vida habrá de ser mecanizada y controlada, con el único fin de favorecer el proceso incesante de las técnicas. Tal es el dilema que se plantea hoy a la humanidad.

Al meditar en el tema del mundialismo, es inevitable pensar que las filosofías de Oriente y Occidente son igualmente necesarias para la creación de un pensamiento político mundial moderno. Para occidentales y orientales, hay un sentido de la historia, tendente a una civilización mundial cuyos síntomas se perciben en la economía, la cultura, la sociología e incluso la política.

En términos generales, tanto en el plano teórico como en el práctico, Oriente y Occidente son, a la vez, complementarios e insuficientes. El orientalismo parece aspirar a un estado final estático, mientras que el occidentalismo tiende más bien a un estado de perfección nunca alcanzado.

Por lo tanto el concepto de unidad mundial aparece como un objetivo inmediato en el que el Oriente y el Occidente

tradicionales podrían unirse y superarse en una especie de impulso, en un esfuerzo hacia lo que, en cualquier caso, se anuncia como un porvenir ineluctable.

Las fases de esa unificación del mundo se reflejan en la historia de la humanidad:

- Las tribus del neolítico, sin relación entre sí, viven en poblados aislados, rodeados de una inmensa tierra de nadie, sin medio alguno de comunicación. Las distancias son enormes; los océanos, infranqueables; los contactos únicamente son accidentales y hostiles.
- Se desarrollan las comunicaciones. Los navegantes, exploradores y geógrafos descubren gradualmente el planeta. En el siglo XVI surge la idea de "tierra de los hombres". La aviación vendrá a acelerar las vueltas al mundo del Renacimiento.
- Las comunicaciones terrestres y marítimas, y luego aéreas, traen consigo la intensificación de los intercambios; la circulación de mercancías, de capitales, hombres e ideas. Se inicia la unificación mundial: el libre-cambio del siglo XIX postula y reclama la unidad del mundo. Al mismo tiempo, se conso-

lidan las divisiones y subdivisiones de la humanidad en estados-nación coaligados o antagonistas, y se multiplican aceleradamente los intercambios y los organismos internacionales.

- Los estados-nación se agrupan en sistemas mundiales que son, en realidad, bloques fundados en semejanzas de régimen y en alianzas de dirigentes; conjuntos geopolíticos tales como "área socialista", el "Occidente", el "Tercer Mundo"; conjuntos más o menos unificados, centralizados, que carecen a menudo de solidez y estabilidad y pueden disociarse o reestructurarse.

- Finalmente, la etapa -apenas esbozada- de movimiento federal: nacen nuevos estados-nación y van a surgir otros en África, Asia y América del Sur. Con ello, la estructura de los bloques quedará modificada; aparecerán subconjuntos geopolíticos que se opondrán o acercarán a Norteamérica, a Europa, al bloque soviético, al Oriente socialista o al Tercer Mundo.

. ¿Se verán aparecer federaciones de estados-nación? La dinámica económica -y militar- exigirá el in-

cremento de los medios y dimensiones de las organizaciones políticas. Pero los nacionalismos resisten y frenan la evolución hacia los grandes conjuntos regionales e interregionales, base de poder federal y confederal.

Dijimos que el mundo parece encaminarse hacia su unidad, hacia una suerte de integración que sería el estadio final de un proceso apenas iniciado. Los profesionales del corto plazo -y, en particular, la mayoría de los políticos- estiman que es prematuro pensar en esa integración mundial. Creemos que siempre hay que preguntarse hacia dónde va la humanidad, cuál es el sentido de la historia, a qué etapa nos conduce la evolución de la vida y de las sociedades y en qué medida será propicia esa evolución a la supervivencia y el progreso de nuestra especie. Cuál será, en suma, el futuro del hombre en el mundo del siglo XXI.

De esta previsión global dependen -o deberían depender- muchas de nuestras decisiones actuales en esferas tan concretas e inmediatas como la educación, las relaciones internacionales, el urbanismo¹. El hombre "tradicional" pensaba y actuaba en función del pasado; el de las civilizaciones modernas debe hacerlo en función de posibilidades futuras o presentes que, en general, sólo pueden conocerse mediante el pensamiento

¹ Muy interesante nos parece, a propósito del urbanismo, la tesis del profesor Antonio Lamela, que propugna la creación de dos nuevas ciencias, cosmoísmo y geoísmo, que define, respectivamente, como "conocimiento

científico aplicado al mundo y al tiempo.

¿Cómo podría realizarse la unidad del mundo?

De una de las cuatro formas siguientes:

Un estado-nación lograría imponerse a todos los demás países. El gobierno mundial emergería de una "anarquía" previa provocada por una guerra universal. Los estados-nación renunciarían libremente y de común acuerdo a su soberanía y a su independencia y establecerían un gobierno supranacional. Un grupo de países constituiría el modelo reducido del imperio mundial, que integraría progresivamente a los demás países.

Nuestro siglo ha revelado que las aspiraciones de hegemonía mundial de los bolcheviques (1917) y de los norteamericanos (tras la segunda Guerra Mundial) no han prosperado. El imperialismo, de uno u otro signo, ha fracasado y retrocedido ante el neutralismo y la guerrilla. La realización de la tesis china (gobierno mundial emanante de una tercera guerra mundial) costaría demasiados muertos y ruinas a la humanidad, y el resultado sería, muy probablemente, bien distinto del fin perseguido.

y aprovechamiento humano del cosmos" y "conocimiento y ordenamiento generalístico y ecuménico de nuestro planeta". Cosmoísmo y geoísmo, Editora Nacional, Madrid, 1976.

La esperanza, sustentada por algunos, de que podría llegarse a la unanimidad de los estados-nación a partir de las Naciones Unidas, nos parece ilusoria. Vemos cómo ha esterilizado todo esfuerzo y todo progreso serio hacia la unidad mundial. Los estados no manifiestan la voluntad ni la intención de desaparecer en beneficio de una organización mundial.

Nos queda la opción regionalista y federalista; en definitiva, mundialista¹. Según esta tesis, un primer grupo de países tomaría la decisión de unificarse en un solo organismo político, que quedaría abierto a la integración de otros territorios, con miras a la formación de un Estado Mundial como fase final del proceso. La forma, las etapas y las modalidades de esa operación de unificación correspondería debatirlas a los expertos. Este ambicioso plan requeriría la sintetización de una masa de hechos, ideas y previsiones, tendentes a la unidad mundial de la humanidad en los planos político, económico, cultural, etc.

¹ Si bien las soluciones propuestas por unos u otros movimientos difieren en cuanto a la vía a seguir, comparten un común objetivo final.

Las autoridades del mundo son unánimes en un punto: la política de todos los países, en estos últimos años del siglo, debe consistir en una estrategia para el desarrollo económico y social. Se estima, además, en general, que existen medios materiales adecuados (dinero, potencial humano, técnicas) para eliminar la plaga fundamental de nuestro tiempo: el subdesarrollo. ¿Qué es lo que falta entonces? ¡El poder!

Mientras la humanidad no sea gobernada, planificada y organizada por un poder mundial que administre los principales recursos del planeta, no habrá oportunidad seria de superar los males engendrados por el subdesarrollo de unos y el superdesarrollo de otros. Los estados-nación están instaurados hace varios siglos en Europa, y sólo existen hace unos años en África, Asia y otros lugares. Pero el estado-nación es ya hoy, y aún lo será más mañana, el principal obstáculo para la formación del poder mundial, único capaz de prever, coordinar y dirigir el desarrollo de los diferentes países.

El nacionalismo -verdadero sarampión de la humanidad- es totalmente connatural a la nación. Para terminar con los nacionalismos, que son el principal freno del crecimiento mundial equilibrado, es necesario superar la nación. Los mundialistas, evidentemente, no pueden esperar ayuda, colaboración o buena voluntad de los

dirigentes e instituciones del estado-nación, necesariamente anacrónico, egocéntrico y demagógico. Quienes son parte integrante de su gobierno nacional y de la ideología nacionalista son adversarios -cuando no enemigos- de la unidad mundial de la humanidad.

Por desgracia, los "patriotas" condicionados por el estado-nación son legión en el mundo. Pero las minorías de hoy bien pueden ser la mayoría de mañana (fenómeno nada excepcional en la historia). Una concentración de la potencia económica y técnica, una minoría mundial de elementos organizados y activos podría, en ciertas condiciones propicias, instaurar un poder mundial y someter a los estados-nación a su voluntad política o, en todo caso, preparar el advenimiento de ese poder.

Los movimientos mundialistas

Puede decirse que el mundialismo es el conjunto de doctrinas y de actos que se derivan de la solidaridad de las poblaciones del globo y tienden a establecer una ley y unas instituciones que les sean comunes.

Los problemas asociados a la supervivencia de la humanidad -forzoso es reconocerlo- son todos de alcance mundial: la contaminación, la demografía galopante, los riesgos de la guerra atómica, química o bacteriológica, el hambre. Y no obstante, no existe ninguna organización política eficaz a escala planetaria.

Hay que admitir, asimismo, que la técnica reduce cada día las distancias, como hemos apuntado más de una vez.

Tales hechos provocan, al menos en una minoría de habitantes de la Tierra, una toma de conciencia activa de su "mundialidad". Esos hombres y mujeres se proponen canalizar las nuevas tomas de conciencia e informar a la opinión pública mundial, única capaz de promover y exigir la creación de instituciones mundiales.

Para los problemas municipales, provinciales y nacionales se eligen representantes que los estudien

y resuelvan. ¿Y para los de dimensión planetaria? Tal es la laguna que aspiran a colmar los mundialistas, creando los medios necesarios para organizar la convivencia de la futura familia humana.

En el plano de las instituciones mundiales, puede afirmarse que la primera de ellas funciona desde 1949 bajo el nombre de "Registro Internacional de Ciudadanos del Mundo"; algo así como el registro civil en el que están inscritos los actuales "ciudadanos del mundo" (acaso los que un día se llamarán simplemente ciudadanos). Conservan éstos su nacionalidad propia y son, al mismo tiempo, conscientes de su responsabilidad como miembros de la comunidad mundial.

Desde 1969, organizan regularmente elecciones transnacionales para designar democráticamente delegados a un futuro Congreso de los Pueblos, etapa orientada a la ratificación de una Constitución Mundial común a todos los gobiernos. Se llegaría así a una organización que limitaría, en ciertas materias, la soberanía nacional que prevalece actualmente en las Naciones Unidas, donde no puede tomarse ninguna decisión válida en favor de todos los habitantes del planeta.

Consideremos la estructura política del mundo actual: está hecha de múltiples "unidades" llamadas estados o naciones, que están decididas a afirmar y hacer

respetar la integridad de su soberanía. En esta noción de soberanía nacional radica la característica principal de esas unidades. Ello quiere decir que cada unidad se rodea de "fronteras inviolables", y en el interior de ella está decidida a permanecer dueña absoluta de su organización política interna (medios de defensa frente a las demás unidades, armamento, diplomacia, alianzas).

La experiencia de la historia demuestra que esa soberanía de las naciones desemboca regularmente en la carrera de armamentos, oficialmente destinada a evitar las guerras y que, sin embargo, éstas se han seguido sucediendo, cada vez más extensas y mortíferas.

Todo ello está vinculado a la lógica del sistema. En éste, es lógico que cada nación o bloque de naciones aliadas tema encontrarse menos armado que los demás y que cada nación esté dispuesta a que su soberanía sea respetada por las otras naciones soberanas.

Como hemos señalado, las tentativas de organización para asegurar la paz (Sociedad de Naciones, Naciones Unidas) no han podido alcanzar su objetivo: se trataba de asociaciones de naciones que seguían siendo soberanas y que no podían escapar a la lógica del Sistema, como tampoco podría escapar de ella una Europa de naciones soberanas o una Nación europea que también lo fuera.

Hubo precursores que comprendieron que ya no bastaba condenar el nacionalismo o el imperialismo (consecuencias extremas del sistema) y que lo que era condenable en sí mismo era el propio sistema; y anunciaron la necesidad de organizar el mundo sobre nuevas bases. Lo esencial era establecer, según módulos que había que precisar, un sistema mundialista en el que las unidades -cualquiera que sea el nombre que se les dé- tuviesen limitada su soberanía, frenada por una autoridad y una legislación supranacionales, aplicables a la comunidad mundial, para conjurar los peligros que amenazaban, y amenazan, la libertad, la salud, la propia vida de los grupos humanos o -lo que es más importante- de toda la humanidad.

Son numerosos los autores que han descrito las razones que aconsejan organizar un orden mundial. Aquí sólo haremos una simple enumeración de ellas.

- El hombre destruye su medio natural;
- consume más oxígeno del que los océanos y los árboles pueden procurarle;
- desperdicia más agua dulce de la que la naturaleza puede aportarle;
- contamina los océanos -fuente de vida- con los hidrocarburos y los desechos atómicos e industriales;
- reduce la superficie cultivable y los bosques;

- provoca la contaminación térmica por su insaciable demanda de energía;
- no sabe reducir su demografía galopante;
- no sabe reprimir su agresividad contra las cosas (contaminación) ni contra los demás seres humanos (guerras locales y mundiales);
- vive en una inseguridad permanente ante el temor de que voluntaria o accidentalmente se desencadene una guerra atómica, química o bacteriológica;
- etc.

Y sin embargo, los hechos cotidianos prueban que la vida de cada ser humano es solidaria de la de todos los habitantes del planeta, y esto se debe a:

- = la supresión de las distancias para la información, pues ésta es conocida en el mundo entero en el momento en que se produce un acontecimiento;
- = la supresión de las distancias entre las personas físicas en virtud de los modernos medios de transporte;
- = la noción de infinitud de la Tierra, que ha quedado suprimida, sobre todo desde que los astronautas han fotografiado el planeta;
- = la eliminación de las fronteras, por la extensión de una sociedad industrial uniforme

en su pensamiento, su ciencia, su cultura,
su habitat o su vestido.

Aun así, el hombre no hace nada por asegurar,
en el plano mundial, las propias condiciones de su supervivencia; es decir, por superar:

- . la organización política del estado-nación, como ha superado la de la provincia;
- . la división en compartimentos estancos que ocasionan los 250.000 kilómetros de fronteras nacionales;
- . los conceptos trasnochados, tabúes, supersticiones, racismos y otros conceptos egoístas que limitan o coartan la toma de conciencia de su solidaridad mundial;
- . los temores a abandonar unilateralmente la propia soberanía nacional;
- . la carrera de armamentos (que, según todos los indicios, no tiene solución);
- . el egoísmo de los países ricos para con los países pobres;
- . la apatía de los satisfechos con la organización en la que viven y que no podrá durar;
- . el concepto según el cual es suficiente la defensa inmediata de la vida cotidiana;
- . la carrera demencial por las necesidades artificiales, mediante una renuncia razonada.

Millares de hombres y mujeres -entre ellos, primerísimas personalidades de las artes, las letras, la religión y la ciencia- se declaran hoy ciudadanos del mundo en nombre de una lucha común por la organización de la paz y la seguridad basadas en instituciones mundiales.

Siguiendo el ejemplo de Hiroshima, Cahors, Figeac, Nîmes, y de centenares de ciudades de Japón y de los departamentos franceses de Gard y de Lot, mundializadas desde 1950, otras poblaciones se declaran simbólicamente territorio mundial.

No se trata de sueños lejanos, sino de hechos que surgen espontáneamente o de manera concertada en todo el mundo. Por fortuna, cada vez es mayor el número de los que, convencidos de la necesidad inaplazable de realizar una renovación a escala planetaria, una reorganización de las estructuras, y de crear nuevas instituciones mundiales (aprovechando los elementos positivos de las actuales o, simplemente, teniendo en cuenta la experiencia con ellas adquirida), se suman a esta hermosa causa de la paz y la solidaridad mundiales.

Ciudadanía mundial y conciencia universal

Existen desde hace años, a partir de la segunda Guerra Mundial, diversos movimientos mundialistas cuya finalidad hemos esbozado en el apartado anterior¹: se proponen lograr que, en un futuro no muy lejano, pero en todo caso esperanzador, este mundo nuestro llegue a ser lo que puede y debiera ser: la gran familia diferenciada pero unida, diversa pero solidaria, a que los hombres de buena voluntad deben aspirar.

Los objetivos de los mundialistas serían utópicos en la medida en que el hombre -cada uno de los hombres y mujeres- no adopte una actitud positiva de acción. En las actuales circunstancias, debe intentarse todo lo posible para evitar la guerra y yugular el flagelo del hambre, por remotas que parezcan las posibilidades de éxito. Pero hay que añadir que las ideas que venimos exponiendo responden a una profunda preocupación, más o menos latente, de las masas populares en todos los países, y al llamamiento de hombres clarividentes cuya voz autorizada se hace oír, cada vez con mayor intensidad, en el mundo entero. Lo que la mayoría siente y no puede o no acierta a decir; lo que algunos proclaman en alta voz, lo que todos desean en el fondo de sí, no puede ser una utopía. Quienes harían la paz imposible serían los que permaneciesen pasivos, fatalistas y, en definitiva, cómplices.

1 el de los "ciudadanos del mundo" nos parece el más eficaz.

Cabría preguntarse si esos resultados pueden alcanzarse por medio de las Naciones Unidas. No lo creemos, porque éstas son, hoy por hoy, emanación de los gobiernos nacionales, que, por definición, no pueden desligarse de sus intereses particulares para elevarse al nivel de los intereses mundiales. En el seno de la ONU se concretiza y afirma la división del mundo en grupos que ponen su empeño en paralizarse mutuamente, condenándola así a la impotencia. Ni las Naciones Unidas ni los Estados podrían reemplazar la potencia creadora de los hombres y de los pueblos.

Muy numerosas personalidades mundialmente reconocidas se han pronunciado en favor de la ciudadanía mundial o han preconizado la creación de instituciones mundiales. Citemos, por vía de ejemplo, unas palabras de Alfred Kastler, premio Nobel de física de 1966:

"Declararse ciudadano del mundo me parece hoy una postura necesaria en un mundo de estructuras superadas. En una época en que la liberación de la energía nuclear pone a disposición de los hombres medios insospechados de destrucción, pero también de construcción; en una época en la que se inicia la gran aventura interplanetaria de la humanidad, creo que la comunidad humana debe procurarse institu-

ciones a escala planetaria que pongan fin a la guerra y al hambre provocados por el egoísmo y el odio".

Habríamos esbozado los horizontes mundialistas de manera muy incompleta si no subrayásemos que el mundo no alcanzará su unidad más que en la medida en que el hombre progrese y acceda a un nuevo nivel de conciencia. Este factor esencial de nuestro tiempo orienta particularmente a quienes tratan de consolidar la idea de ciudadanía mundial, entendida como el intento del individuo por reconocer la nueva dimensión (mundial) de sus responsabilidades de ciudadano¹.

¹ Podríamos incluir en esta categoría de métodos (ciudadanía mundial, técnica de mundialización de ciudades, etc.) los empleados por personalidades como Danilo Dolci y el Abate Pierre, quienes, con su sacrificio ejemplar, llegan a conmover las conciencias, devolver al individuo la confianza en sí mismo e integrarle plenamente en la colectividad humana.

CONCLUSIONES

Tras la agonía y los sufrimientos de las dos guerras mundiales, fue creencia generalizada que lo peor había pasado y que, después de la victoria sobre los grandes totalitarismos, estábamos en vísperas de la era de oro.

Pero ni la paz ni la prosperidad económica llegaron al mundo, al menos de una manera global. Por el contrario, parecía que todos los problemas concebibles habían irrumpido en todos los planos: individual, nacional y universal. Una inmensa laxitud y un profundo pesimismo parecían haberse aferrado a la especie humana. Los hombres no escuchan a quienes podrían guiarles, sino que caen en la trampa de las enunciaciones políticas, movidos por el escepticismo y la inquietud social, que tienen sus raíces en la incapacidad de aquellos para dominar los problemas económicos y sociales. En todas partes, tanto en Oriente como en Occidente, los hombres parecen esperar algo; algún signo que les indique el camino de la cordura, el equilibrio, la fe. La mayoría de ellos se sienten perdidos porque sus antiguos valores han perdido vigencia y no saben dónde hallar otros nuevos.

El verdadero peligro que amenaza a nuestro mundo actual nos parece que el derrumbe de las estructuras fundamentales sobre las cuales se han erigido las diferentes formas de sociedad en todo el globo, y la incapacidad, hasta ahora manifiesta, de crear fórmulas de convivencia y de justicia verdaderas.

Nos hallamos en los albores de una nueva época de evolución de la conciencia humana. En medio de la declinación de las formas tradicionales de la experiencia religiosa y de la desintegración del viejo orden, están surgiendo nuevas formas humanas de experiencia y un nuevo orden social. Por primera vez en la historia, nos parece que está en proceso de formación una conciencia verdaderamente humana, que no conocerá fronteras.

Si hemos de evitar realmente la destrucción del género humano, amenazado por la carrera de armamentos, y superar la rigidez de las ideologías contrapuestas, es necesario establecer un diálogo, a nivel internacional, entre los grandes bloques políticos, que salve el actual equilibrio inestable de la coexistencia pacífica y lo convierta en una colaboración sincera y dinámica, para resolver conjuntamente los problemas gravísimos que aquejan a la humanidad.

El problema del hambre en el mundo no puede resolverse solamente limitando la natalidad, por el método "bárbaro" de la esterilización ni por la discriminación racista que tiende a estimular el desarrollo demográfico de los países avanzados y a frenar el de los países atrasados. Este doble juego no producirá más que amarguras y nacionalismos. Se impone un esfuerzo de asistencia técnica y económica de tal magnitud que no puede concebirse si no se eliminan previamente las discordias internacio-

nales y las relaciones egoístas entre naciones y razas. El género humano sólo progresará pacíficamente si se le considera como una unidad (al menos desde el punto de vista demográfico).

La tecnología ha provocado la creciente contaminación del medio ambiente, producida por los detritus de la industria y el transporte, los detergentes y los materiales radiactivos, el anhídrido carbónico y los productos químicos empleados en la agricultura. Y no es posible conjurar este peligro que se cierne sobre la humanidad entera mientras existan las actuales divisiones políticas.

La manipulación de la opinión pública por el abuso de los instrumentos de comunicación social puede insensibilizar gradualmente el espíritu crítico, conducir al eclipse de la razón y de la responsabilidad colectiva en las decisiones relacionadas con el destino de la especie humana.

La totalidad de estas amenazas que atentan contra la propia supervivencia hacen que el diálogo aparezca hoy como única alternativa posible a la destrucción de los bienes económicos y materiales, tanto como de los valores culturales y morales que ha acumulado el hombre a lo largo de los siglos. Es necesario fomentar toda iniciativa de

intercambio de la información a escala mundial. Únicamente a través de un conocimiento más objetivo de sí mismo y de los demás será posible llegar a la comprensión recíproca, fundada en un auténtico diálogo.

¿Servirá de algo la voz de los hombres clarividentes que reiteradamente se eleva para denunciar el peligro? ¿Comprenderán al fin los que ostentan el poder decisorio que no hay otro camino que el de la solidaridad y la fraternidad? ¿Que ese camino es necesario allanarlo con medidas urgentes de dimensión planetaria?

Creemos que el gobierno mundial es el sueño de todo hombre sensato, aunque ese gobierno pueda adoptar cualquier otro nombre o forma externa, con tal de que garantice una convivencia real y la satisfacción de las necesidades fundamentales del ser humano. Por encima de las distancias que se acortan, de las ideologías que se atenúan, de las políticas que se asfixian, el hecho que prevalecerá en el futuro es la unidad del universo. Creemos que la unificación europea es uno de los medios transitorios que convergerán en la definitiva organización y unificación universales. El desarme y el gobierno mundial se complementan, son interdependientes. Es imposible organizar un mundo desarmado sin alguna clase de gobierno mundial que garantice la realidad del desarme. Los problemas se plantean, en realidad, a escala mundial. Es pre-

ciso, pues, enfocarlos con perspectiva y dimensión globales para hallar las soluciones.

Hay un concepto superior al del nacionalismo: el de comunidad mundial. Los hombres tienen un interés común, que es la construcción de un mundo en el que la paz esté respaldada por el derecho.

Es indispensable mirar de frente al problema más grave del siglo XX: el subdesarrollo. Sus desigualdades provienen de diversas causas:

- existen países pobres en recursos naturales;
- algunos países están subpoblados;
- los países subdesarrollados más extensos son, sobre todo, pobres en capitales y en empresarios.

El plan de reducción progresiva de los desequilibrios debe comprender, por consiguiente, una serie de medidas diferenciadas, tales como:

- regulación del comercio internacional, de los mercados y del movimiento de materias primas y de los productos alimenticios;

- reducción demográfica de los países superpoblados y repoblación de los subpoblados mediante una sensata combinación de planificación familiar y de organización de migraciones internacionales;
- centralización del capital errante de los países ricos, por medio de bancos públicos y privados, el ahorro y la acción fiscal;
- especialización económica de los países y división internacional del trabajo según criterios racionales;
- plan presupuestario mundial que integre los planes regionales de inversión, industrialización, urbanización y formación acelerada de dirigentes.

La extensión de tales métodos (que han probado su eficacia tanto en países socialistas como capitalistas) a los países subdesarrollados implica transformaciones políticas y psicológicas: descolonización integral del Tercer Mundo, desaparición gradual de los estados-nación y aparición de unidades regionales de potencial económico y político suficiente, toma de conciencia de los países poderosos y subsiguiente renuncia a imponer uno u otro sistema a los países del Tercer Mundo, creación de poderes económicos mundiales por medio de organizaciones internacionales que actúen independientemente de los gobiernos y los estados-nación en agricultura, industria, comercio,

comunicaciones, urbanismo, educación, sanidad, administración y finanzas.

La reivindicación de los "ciudadanos del mundo" -ya lo hemos dicho- constituye hoy un objetivo a largo plazo. Los países atrasados no podrán esperar la instauración de un Estado mundial para emprender el camino del desarrollo económico y social. Se impone, pues, arbitrar fórmulas efectivas de transición.

Existen hoy cerca de doscientas organizaciones intergubernamentales y cerca de dos mil no gubernamentales (económicas, políticas, militares, sociales o culturales). Algunas son sólo de ámbito regional; otras, prácticamente mundiales. Pero esas organizaciones no cuentan con poder real de decisión fuera de los gobiernos nacionales. La vía del progreso radica en la transformación de aquéllas en comunidades regionales y luego mundiales.

Hay actualmente más de 120 estados-nación en el mundo. La mayoría de ellos no pueden ser viables económicamente por razones de magnitud. Movimientos como la unificación de Europa, el panafricanismo y el panarabismo serían etapas útiles hacia un desarrollo mundial armonioso. La alternativa a la muerte, la anarquía, la guerra, será, para los hombres del siglo XXI, la unidad mundial que nos toca construir sin demora.

Cabe esperar que nuestra civilización, creada por la producción y el consumo de masas, termine por alumbrar una verdadera cultura mundial. Pero el ritmo y las vicisitudes de esa evolución planetaria no son fácilmente previsibles. Ciertamente, los viejos ideólogos, los burócratas, los militares, los políticos y otros grupos temen, en general, esa tendencia que amenaza su predominio, su poder y su misma existencia. Por el contrario, los jóvenes, los intelectuales, las amas de casa, los consumidores, los dirigentes de la industria ligera y, en cierta medida, los sindicalistas, debieran desear la acelerada transición hacia una economía del bienestar.

Las economías superdesarrolladas parecen orientarse hacia un tipo de sociedad cuya fórmula sería: la técnica propone y el consumidor dispone. Pero según que éste sea iluminado o engañado, libre o manipulado, respetado o explotado, se podrá hablar de una civilización superior o no, de progreso o de decadencia. En este sentido, la publicidad constituye sin duda la piedra de toque de la futura sociedad mundial. Esta nueva civilización viene marcada por la unidad sociocultural del hombre y la técnica. La ciencia y la técnica deben ponerse al servicio de la vida.

Cada faceta de la vida tiene sus propios problemas, sus propios criterios; pero es obligado reconocer la necesidad de una unidad y una armonía más profundas de los valores fundamentales, que permitan al hombre hallar su verdadero norte. Parece evidente que muchas de las formas tradicionales son hoy inaplicables. Es imperativo realizar transformaciones radicales si queremos dar sentido a nuestra existencia.

Se ha declarado 1979 el "Año Internacional del Niño". Confiamos en que los niños, depositarios del pasado y esperanza del futuro, fustiguen la conciencia de los adultos -condicionados por el entorno y por las circunstancias de su origen- interrogándoles, forzándoles a revisar sus esquemas mentales, pidiéndoles cuentas de su pasividad, su apatía, su conformismo o su cobardía.

==..==..==..==

C U A D R O 1

Población y densidad por continentes y en
algunos países, 1965-1976¹

	Población en miles				Habitantes por km ² (1976)
	1965	1970	1974	1976	
AFRICA	310.000	354.000	390.000	413.000	14
AMERICA N.	292.000	318.000	337.000	347.000	14
AMERICA S.	166.000	187.000	208.000	218.000	12
A S I A	1.824.000	2.024.000	2.197.000	2.289.000	83
EUROPA (excepto URSS)	445.000	459.000	471.000	476.000	96
OCEANIA	17.500	19.300	20.700	21.400	3
URSS	231.000	243.000	252.000	257.000	11
- Africa -					
Argelia	11.923	14.330	16.275	17.304	7
Botswana	520	580	661	693	1
Burundi	3.270	3.540	3.678	3.864	139
Comoras	235	271	298	314	145
Mauricio	760	830	872	895	438
Sudán	13.730	15.695	15.340	16.126	6
- América N. y C. -					
Bahamas	140	170	197	211	15
Canadá	19.680	21.320	22.479	23.143	2
El Salvador	2.928	3.534	3.890	4.123	193
Puerto Rico	2.580	2.720	3.031	3.213	361
- América S.-					
Bolivia	4.334	4.931	5.470	5.789	5
Ecuador	5.150	6.093	6.951	7.305	26
Guayana fr.	35	51	58	62	1

¹ Fuente: Anuario Estadístico de las Naciones Unidas, 1977.

Población en miles

Habitantes por
km² (1976)

	1965	1970	1974	1976	
- Asia -					
Bangladesh	60.480	68.120	74.991	80.560	559
Hong Kong	3.600	3.960	4.249	4.383	4.194
Japón	98.880	104.340	109.671	112.768	303
Mongolia	1.090	1.250	1.403	1.488	1
Qatar	70	79	89	95	9
Arabia Saud.	6.750	7.740	8.706	9.240	4
- Europa -					
Bélgica	9.464	9.660	9.770	9.889	324
Islandia	192	200	215	220	2
Holanda	12.292	13.030	13.541	13.770	337
Noruega	3.723	3.879	3.988	4.026	12
Inglaterra	54.180	55.410	55.968	55.928	229
- Oceanía -					
Australia	11.388	12.510	13.339	13.643	2
Papúa-N.G.	2.149	2.490	2.652	2.829	6
Samoa occid.	127	143	155	151	53

C U A D R O 2

Estimación de la población total por conti-
nentes, grandes regiones y grupos de paí-
ses, 1975-2000¹

	Población estimada en miles			
	1975	1980	1990	2000.
Total mundial	3.968.054	4.374.651	5.281.298	6.256.826
Africa	401.503	461.455	615.366	816.131
América (total)	560.933	620.464	760.720	916.127
Asia	2.256.172	2.514.592	3.069.756	3.637.326
Europa (excepto URSS)	473.098	486.541	513.604	539.499
Oceanía	21.307	23.481	28.109	32.715
URSS	255.037	268.115	293.741	315.026
Países desarrollados	1.232.022	1.171.745	1.146.563	1.230.598
Países en desarrollo	2.736.031	3.202.905	4.134.734	5.026.227
América del Norte	236.841	248.833	275.135	296.198
Latinoamérica	324.092	371.631	485.584	619.928
Estados Arabes	122.750	141.701	169.298	280.805

¹ Fuente: Anuario Estadístico de las Naciones Unidas, 1977.

C U A D R O 3

Comparación de la esperanza de vida al nacer
y del producto nacional bruto por habitante
en algunos países¹

	Esperanza de vida 1965-70 (años)	P.N.B. por habitante en 1974 (dólares)
Afghanistan	37,8	95
Angola	36,0	580
Bélgica	70,9	5.210
Benin	38,5	120
Canadá	72,0	6.080
Chad	38,0	90
Dinamarca	72,8	5.820
Guinea-Bisau	36,5	330
Islandia	73,8	5.550
Israel	70,2	3.380
Nigeria	38,5	240
Noruega	73,8	5.280
Senegal	40,0	320
Suecia	74,1	6.720
Turquía	54,4	620
Volta (Alto)	35,5	80
Zaire	42,0	150

¹ Fuente: Europa Year Book; Volume I, 1977.
Volume II, 1977.

C U A D R O 4

Porcentaje de analfabetos¹

País	Año del censo o de la encuesta	Porcentaje de analfabetos
AFRICA		
Angola	1950	97,0
Benin	1962	92,0
Chad	1963 (población africana)	94,4
Comoras	1966	41,6
Etiopía	1965	94,0
Malí	1962	97,5
Mauricio	1962	39,2
Namibia	1960 (población africana)	61,6
Níger	1962	98,6
Somalia	1962	98,5
AMERICA DEL NORTE		
Bahamas	1963	10,3
Bermuda	1960	2,1
Estados Unidos	1969	1,0
México	1970	25,8
LATINOAMERICA		
Argentina	1970	7,4
Bolivia	1976	37,3
Guatemala	1973	53,9
Haití	1971	76,7
Nicaragua	1971	42,5
Perú	1972	27,5
ASIA		
Afghanistan	1975	87,8
India	1971	66,6

¹ Fuente: Anuario Estadístico de las Naciones Unidas, 1977.

País	Año del censo o de la encuesta	Porcentaje de analfabetos
Iraq	1965	75,8
Israel	1971	12,1
Japón	1960	2,2
Pakistán	1961	84,6
Filipinas	1970	17,4
Arabia Saudita	1962	97,5
Yemen	1962	97,5
EUROPA		
Bélgica	1947	3,3
Hungría	1970	2,0
Portugal	1970	29,0
Yugoslavia	1971	16,5
OCEANIA		
Fiji	1946	35,6
Nueva Caledonia	1976	8,7
Samoa Occidental	1971	2,2
U r s s	1970	0,3

C U A D R O 5

Estimación de los gastos dedicados a la
educación¹

Continentes y grupos de países	Crecimiento medio anual de los gas- públicos destina- dos a la educación (1965-75)	Gastos destinados a la educación por ha- bitante (en dólares)		
		1965	1970	1975
Total mundial	13,1	38	58	109
Africa	17,0	5	7	17
América (total)	11,4	94	153	231
América del Norte	11,0	187	316	480
Latinoamérica	15,9	13	19	46
A s i a	19,3	7	11	32
Europa (excepto URSS) .	14,7	62	94	230
U.R.S.S.	9,1	68	91	146
Países desarrollados ..	12,8	88	140	268
Países en desarrollo ..	16,4	5	7	19

¹ Fuente: Anuario Estadístico de las Naciones Unidas, 1977.

C u a d r o 6

Datos comparativos sobre actividades científicas
y técnicas en algunos países desarrollados y
subdesarrollados
(1964-1969)¹

<u>P a í s</u>	<u>Científicos y</u> <u>técnicos por</u> <u>cada 10.000</u> <u>habitantes</u>	<u>Gastos dedicados a in-</u> <u>vestigación y desarro-</u> <u>llo (porcentaje del</u> <u>producto nacional bruto)</u>
Estados Unidos	18,0	3,0
Hungría	18,7	2,6
Francia	12,4	2,0
Japón	13,6	1,7
Zambia	2,6	2,4
Camerún	0,2	0,2
Jordania	0,1	---
Pakistán	0,2	---

¹ Fuente: Anuario Estadístico de la UNESCO, 1970.

Reseña biográfica de las
personalidades entrevistadas

Jacques Mühlethaler

Pedagogo, editor y pensador.

Nace en Suiza en 1918. Preocupado desde muy joven por el problema de la paz, marcado por sucesivas pérdidas familiares (a raíz de la segunda Guerra Mundial y la guerra de Francia en Argelia), decide en 1959 consagrarse a la hermosa causa de la paz y, dejando su modesto negocio editorial en buenas manos, emprende un ambicioso periplo. Turquía, Egipto, Grecia, Italia, Francia, Inglaterra e Irlanda son escenario de su esfuerzo (1959-61). Logra entrevistarse con numerosos dirigentes políticos. Su ideal (la escuela, instrumento de paz) encuentra eco favorable en diversas personalidades. En una segunda etapa (1961-63) recorre las principales capitales de Estados Unidos, Austria, la URSS, China Popular y Japón con el mismo programa de difusión y de proposiciones concretas y eficaces. No ha dejado, desde entonces, de combatir por la paz mundial.

Alfred Kastler

Nace en Guenwiller (Francia) el 3 de mayo de 1904. Cursa estudios en la Escuela Normal Superior de París. Ejerce desde muy joven la enseñanza en los institutos superiores de Mal X house, Colmar y Burdeos. Profesor adjunto en la Universidad de Burdeos (facultad de ciencias), profesor en la Universidad de Clermont-Ferrand, catedrático de física en la Escuela Normal Superior (1941-68) y en la Universidad de Lovaina, Bélgica (1953-54); miembro de la Junta Directiva del Centro Nacional de Investigaciones Científicas y del Instituto de Francia. Oficial de la Legión de Honor. Premio Nobel de Física 1966; etc.

Se consagra desde hace muchos años al estudio de la física nuclear y combate tenazmente la carrera de armamentos.

Lanza del Vasto

Nace en Sicilia en 1900. Católico ferviente y sincero, parte rumbo a la India en 1936 en un peregrinaje sustentado por la fe, por el deseo de purificación, en busca de la pobreza auténtica. Consciente de la insuficiencia de las plegarias oficiales para instaurar la verdadera paz, y de que hace falta un método preciso y humano para resolver los humanos conflictos, va al encuentro de Gandhi, padre de los parias, defensor de todos los pueblos y liberador del suyo, pues cree firmemente que aquél aporta, en este sentido, el complemento indispensable a la enseñanza de Cristo. En su larga aventura espiritual (hecha de esfuerzo y renuncia, de contacto humano y meditación), recorre la India, convive con Gandhi, asimila su doctrina y regresa a Europa, donde funda la Comunidad del Arca, que lentamente crece y fructifica.

Henri Gruès (Abate Pierre)

Nace en Francia el 5 de agosto de 1912.
Ingresa en 1930 en la Orden de los Capuchinos, que abandona ocho años más tarde por razones de salud. Ocupa los puestos de asistente social en el Hospital de La Mure y de encargado de los grupos juveniles y del orfelinato de Cote Sainte André. Funda el comité contra los desamparados y crea el Centro de Emmaús (haciendo un llamamiento a la opinión pública) y la revista Faims et Soifs (1954). Es caballero de la Legión de Honor y está en posesión de la Cruz de Guerra, la Medalla de la Resistencia, la Medalla de los Evadidos, etc.

Ha publicado las siguientes obras:

23 Mois de vie clandestine,

Vers l'homme,

Feuilles eparses (poemas),

L'Abbé Pierre vous parle,

Emmaüs 59,

Pleine vie,

Le scandale de la faim interpelle l'eglise.

Max Habicht

Nace en Bischofszell (Suiza) el 6 de marzo de 1899. Doctor en derecho por la Universidad de Zurich (1925) y la de Harvard (1926). Miembro del Centro Internacional de Investigaciones de la Universidad de Harvard (1926-28). Asesor jurídico de la Secretaría de la Sociedad de Naciones (1928-39). Profesor de la Academia Internacional de Leyes de La Haya (1934). Miembro del Consejo Suizo para la Paz (1950). Presidente del "Congreso de los Pueblos" (1952-59). Miembro de la Academia Mundial de Artes y Ciencias y de la Asociación Suiza de Juristas. Presidente honorario de los Federalistas Mundiales. Cofundador (en calidad de asesor jurídico) del Movimiento Mundial para el Gobierno Federal Mundial; etc.

Es autor de las siguientes obras:

Post-War Treaties for the Pacific Settlement
of International Disputes (1931),
The Power of the International Judge to Give a
Decision ex aequo et bono (1935),
The Proposals of World Federalists for United
Nations Charter Revisions (1954),
Consultation between the United Nations and
Non-Governmental Organizations (1950).

Numerosos artículos sobre temas jurídicos e internacionales.

Michel Cépède

Ilustre agrónomo nacido en Wimereux (Francia) el 20 de octubre de 1908. Enseña agronomía en el Instituto Nacional de París. Presta servicios en el ministerio de agricultura entre 1944 y 1959. Ejerce numerosos cargos, en calidad de experto y asesor, en la O.E.C.D., la F.A.O. y las Naciones Unidas. Preside el Comité Interministerial de la Campaña Mundial contra el Hambre de 1960 a 1969. Está en posesión de diversas condecoraciones.

Sus obras más importantes son:

Economie alimentaire du globe,

Nourrir les hommes,

La faim,

Population et alimentation,

La solidarité.

índice alfabético

	<u>Páginas</u>
aborto	29
adaptación	4
afroasiatismo	182
agresividad	209, 211
agricultura	55
agronomía	57
alfabetización	122
alimentación	56, 63, 64
Amin, Samir	146
aminoácidos	210
analfabetismo	122
análisis demográfico	24
anemia	71
anticoncepción	40
antinomia maltusiana	63
Antonelli, cardenal	163
Año Geofísico Internacional	158, 282
Año Internacional del Niño	317
Año 2000	46, 111
arbitrariedad	166
Argelia	82
armas nucleares	218, 245
Atlántico Noroeste	61
Atwater	54
autoridad arbitraria	159, 167

autoridad mundial	289
avitaminosis	71
ayuda internacional	74
"bloques"	185, 186
Boyd Orr	54
Brahmagupta	207
Buda	202
cabezas nucleares	246
calidad de la vida	4, 86
calorías	54
cambios sociales	135, 136
Campaña Mundial contra el Hambre ...	75, 84, 85
carrera de armamentos	218, 225, 245, 248, 274, 301, 304
Carta de las Naciones Unidas	273
Castro, Josué de	65
causas del subdesarrollo	189
censo	20, 21
Cépède, Michel	275
Césaire, Aimé	180
ciencia	150, 151
ciencia de la nutrición	54
ciencia moderna	198
ciencia para el desarrollo	149
ciudadanía mundial	306
ciudadanos del mundo	305, 306, 307, 315

civilización mundial	201
civilización rural	35, 37
clorelas	58
Club de Roma	285, 287
coexistencia pacífica	223
colectivización anónima	254
colonización	173, 175, 176, 177
columna lactaria	51
Comisión de los Derechos Humanos	171
Comité para la Planificación	
del Desarrollo	145
comportamiento humano	210
comprensión mutua	200
comunicación internacional	109
Comunidad de Emmaús	264, 265, 266
Comunidad del Arca	252, 254
comunidad mundial	193, 313
concepto de cero	207
concepto de desarrollo	119
conciencia universal	152, 242, 306
conducta humana	4, 6
Conferencia de Bandung	179, 181, 186
Conferencia Internacional del Trabajo	170
conflicto generacional	101
Congo	72
Congreso de los Pueblos	300

Congreso Mundial de la Alimentación.	78, 278
Consejo Económico y Social	32
constitución mundial	270, 300
consumidores	70, 316
contaminación	129
contracepción	29
control de la natalidad	16, 32
convulsiones poscoloniales	184
cooperación internacional	59, 282
cooperación técnica	279
Cortés	196
Costa de Marfil	103
crecimiento cero	44, 45, 46
crecimiento demográfico	16
crecimiento económico	18
crecimiento vegetativo	17, 18
crislandad	198
crislianismo	162
cultivo del océano.....	61
cultivo sobre rastrojo	35
cultura audiovisual	99
cultura mundial	316
cultura shuar	172
Chad	58

datos demográficos	21
Declaración de Filadelfia	170
Declaración de los Derechos Humanos y del Ciudadano	166
Declaración Universal de los Derechos Humanos	168, 226
demografía	63
derecho a la información	109
derecho del mar	61
derecho divino	166
derecho mundial	273
derecho soberano	110
desarme	248, 272, 312
desarrollo	49, 120, 122, 146
desarrollo geográfico	173
descolonización	182
descolonización real	187
descomposición de la familia	253
desempleo.....	145
desequilibrio demográfico	16
desequilibrio económico	53
desiertos verdes	62
desnutrición	67, 68
despotismo	166
diálogo	312
dignidad humana	168
dioxina	130

disciplina arbitraria	162
disciplina social	160
distribución de alimentos	275
diversidad cultural	111
diversidad étnica	175
doble colonización	176
ecología	128
economía alimentaria	64
economía racional	62
educación	79, 122, 123
educación de adultos	123
educación liberal	241
educación permanente	123, 124
emancipación	163
emigración	30
emigrantes	133
empobrecimiento	185
encuentro afroasiático	182
encuesta por sondeo	22
energía nuclear	289, 290
energía solar	57
enriquecimiento	185
enseñanza audiovisual	103
enseñanza paralela	105
equilibrio de poder	199

equilibrio del terror	218
erosión del suelo	141
esclavitud	164
escritura <u>devangari</u>	205
escuela	228, 230
escuela de violencia	215
escuela, instrumento de paz	236, 238
escuela tradicional	105
especie única	217
esperanza de vida	63
espíritu crítico	311
espíritu de solidaridad	237
espirulina	58
esquimales	213
estado democrático	153
estado federal mundial	274
estado mundial	315
estado-nación	8, 369, 272, 293 295, 304
estados soberanos	152
esterilización	40, 47, 48
estrategia para el desarrollo	297
EURATOM	290
eurocentrismo	193
Evangelios	163, 166
explosión demográfica	25, 26, 28, 42, 48

expolio	177
factor climático	174
factor de producción	65
factores dietéticos	68
familia	254
familia mundial	217
F.A.O.	77
fecundidad	27, 65
federación mundial	280
Federación Shuar	170, 171
Fénolon	166
fertilidad	65
fertilización	59
feudalismo	164
Filipinas	82
filosofía del <u>yoga</u>	204
filosofía <u>nyaya</u>	203
filosofía <u>vaisesika</u>	203
filosofía <u>vedanta</u>	205
fitoplancton	60, 61
fotosíntesis	56
fraccionamiento territorial arbitra- rio. 183	
fraternidad	200, 312
fronteras inviolables	301

fronteras nacionales	10
fuentes de energía	19, 290
fuerza de trabajo	64
"galaxia Gutenberg"	97
"galaxia Marconi"	97
Galbraith, J. K.	188
galofrancos	164
Gandhi	257
García Martí, Victoriano	1
gaseoductos	56
geografía	50
gobierno autoritario	167
gobierno mundial	312
gobierno supranacional	295
Gruès, Henri	264
guerra	219, 221
guerra limitada	217
Habicht, Max	269, 271, 273
hábitos alimentarios	70
hambre	51, 52
higiene	69
Hiroshima	246, 249
hojas de menta	72
Hospital, Michel de 1 ^a	165

humildad	198
humildad intelectual	195
ideas estereotipadas	91, 92
identidad cultural	112
identidad tercermundista	174
Iglesia de Cristo	254
igualdad de derechos	161
imprensa	98
independencia	182, 185
independencia real	173
India	47, 201, 289
industrialización	78
inercia de la humanidad	169
infecciones	69
inflación	82
información	107
intereses financieros	176
internacionalización de la ciencia .	152
International Indian Treaty Council.	170
irrigación	76
Japón	61
Jataka	206
jibaritos	171
justa distribución	11
justicia no violenta	260

justificación de la guerra	221
juventud	3
Kabir	195
Kastler, Alfred	245, 307
Lamela, Antonio	294
Latinoamérica	82
Lavoisier	54
leche	72
Lefèvre, Théo	137
legado colonial	182
leyes de la naturaleza	128
libertad	159
libertad de conciencia	160
libertad de expresión	160
libertad de información	107
libertad individual	159
libertad política	161
Lorenz, Konrad	209
lucha contra el hambre	66
Mac Luhan, Marshall	97
mala conciencia	190
Malin, K. M.	57
malnutrición	67, 68
mano de obra	145
Marruecos	72

Martin	141
materias primas	19, 290
matrimonio	253
Mead, Margaret	212
medio ambiente	70, 130, 146
medios de comunicación	95, 96, 104
Mesarovic	285
México	46
miedo	10, 180
migraciones	17, 22, 45
migraciones impuestas	175
<u>mimansa</u>	205
minorías	170
minorías étnicas	172
monarquías absolutas	153
mortalidad	28, 31, 36, 39, 67
mortalidad infantil	16, 18, 63
movimiento federal	293
Mühlethaler, Jacques	228
Muller, Max	201
mundialismo	280, 291, 299
mundo mal desarrollo	191
M.U.R.S.	156
nacionalismo	297, 313
natalidad	28

<u>Natya Shastra</u>	208
necesidades vitales	10, 129, 130
Needham, J.	194, 200
negritud	180
neocolonialismo	184, 186
neutralismo	182
Newton	207
nivel de vida	18, 86
no violencia	255, 260, 262
nomadismo	35
nuevas ideologías	187, 188
nuevo orden mundial	112, 272
nuevo orden social	310
nuevos valores	309
numeración	206
océanos	59
O.E.C.D.	141
oligarquía	162
opinión mundial	189
orden patriarcal	252
Organización Internacional del Trabajo	170
países desarrollados	28, 67
países en desarrollo	67, 139
países industrializados	42
países subdesarrollados	23, 138

Pakistán	81
panacea universal	156
<u>Panchatantra</u>	206
Panini	206
papel de los intelectuales.....	114
paz dinámica	231
paz mundial	272
paz negativa	223
paz positiva	224, 225
pensamiento chino	195
pérdida de la iniciativa	179
Pestel	285
petróleo	289
Pierre, Abate	264, 268
pillaje del Tercer Mundo	177
planetización	2
planificación familiar	31, 32
plenitud humana	231
poblaciones aborígenes	170
poblaciones hambrientas	51
poblaciones tribuales	170
poder	297
poder mundial	297
política demográfica	28
política nacional mundial	113

prejuicios	232
prejuicios sociales	3, 88
presente	5
Primer Decenio para el Desarrollo ..	109, 137
producción agrícola por habitante ..	185
producción vegetal	56
producto nacional bruto	143
Programa sobre el Hombre y la	
Biosfera	127
progreso científico	133
promedio de vida	38
proteínas	54
proteínas animales	66
provecho inmediato	277
psicología de dominio	196, 198
pueblo consagrado	252
pueblos colonizados	178, 190
recurso a la guerra	220
recursos energéticos	126, 127
reflejo de defensa	179
régimen colonial	76
regímenes autoritarios	159
registro civil	20
regresividad	209
Renacimiento	194, 196
renacimiento cultural	178, 187, 188

renacimiento de Asia	198
renta per capita	185
reservas fósiles	56
responsabilidad ética del científico	156
retorno a la tierra	254
revelación primitiva	255
revolución de los transportes	38
revolución industrial	176
Sáhara	57
sánscrito	205
satélites artificiales	102
Sauvy, Alfred	173
sedenterización	35
Segundo Decenio para el Desarrollo .	143
Senghor, Léopold	180
Seveso	130
Shiva	202, 208
sistema mundialista	302
soberanía absoluta/ilimitada	8, 9, 267
soberanía nacional	301, 304
soberano	165
sociedad	7, 16
sociedad arcaica	39
Sociedad de Naciones	64
solidaridad	172, 269, 299, 304, 31

solidaridad internacional	111, 189
subdesarrollo	120, 313
sucedáneo	156
Sukarno	181
superioridad	192
superioridad cultural	197
superstición	69, 71
tabúes	70
tasa de crecimiento demográfico	16
tecnología pesquera	60
televisión	100
tensiones sociales	53
teoría energética	54
Tercer Mundo	26-30, 44, 75, 81, 103, 142, 173, 183-190
terror	169
tierra de los hombres	292
tolerancia	231, 232, 235, 242-243
toma de conciencia política	187
tópicos culturales	90, 93
tortura	168
"traperos"	267
trata de negros	175
Tsiolkovsky, K.	153
unidad del hombre	255
unidad del universo	312

unidad mundial	291, 298
universalidad	192
universalidad de la ciencia	151
<u>Upanishads</u>	202, 205
utopía	153
valor de las culturas	197
valores humanos	30
valores morales	309
Varsavsky, C.M.	147
vasectomía	47
Vasto, Lanza del	252, 254
Vedas	205
verdad	261
vida interior	260
violencia	261
violencia de la guerra	222
violencia estructural	221
vitaminas	54
vocación universal	192
voluntad de expansión	175
voluntad de liberación	179
voto	256, 259
Washburn, Sherwood	210
Wordsworth	155
zooplankton	60, 61

Bibliografia

1. ALEXANDER, Christopher:
La estructura del medio ambiente
Ediciones Busquets - Barcelona, 1971
2. ALLPORT, Gordon:
The Nature of Prejudice
The New American Library - N. York, 1958
3. AMIN, Samir:
Growth is not development
Dev. Forum, United Nations - Ginebra, 1973
4. ARNAUD-ULLIET:
Le mondialisme contre la guerre
Club Humaniste - París, 1969
5. ARON, Raymond:
Paz y guerra entre las naciones
Ediciones Castilla - Madrid, 1963
6. ARMAND, Louis y DRANCOURD, Michel:
Plaidoyer pour l'avenir
F. U. F. - París, 1961
7. ATTESLANDER, T.G.:
Los últimos días del presente
Editorial Grijalbo - Barcelona, 1974

8. AYLESWORTH, T.:
La crisis del ambiente
Fondo de Cultura Económica - México, 1968
9. BAINTON, R.H.:
Christian Attitudes Toward War and Peace
Abingdon Press - Nueva York, 1960
10. BARR, Stringfellow:
Joignons-nous au genre humain
Club Humaniste - París, 1968
11. BENEDICT, Ruth:
Patterns of Culture
The New American Library - Nueva York, 1934
12. BERQUE, Jacques:
Dépossession du monde
Éditions du Seuil - París, 1964
13. BOSCH, Robert:
Sociología de la paz
Estela - Barcelona, 1967
14. BRICMONT, Georges:
Où est l'utopie?
Club Humaniste - París, 1965

15. BUBER, Martin:
La Vie en Dialogue
Ed. Aubier - París, 1959
16. CASABO, Demetrio:
Introducción a la sociología de la pobreza
Minuesa - Madrid, 1961
17. CASTRO, Josué de:
Une zone: le nordest du Brésil
Éditions du Seuil - París, 1965
18. CAZENEUVE, Jean:
La société de l'ubiquité
Denoël - París, 1972
19. CÉPÈDE, Michel:
El hambre
Oikos-Tau - Barcelona, 1970
20. CÉSAIRE, Aimé:
Discours sur le colonialisme
Ed. Presence Africaine - París, 1962
21. COUDENHOVE-KALERCI, Richard:
De la guerra permanente a la paz universal

22. COULBORN, R.:
Feudalism in History:
Princeton - Londres, 1956
23. CREEL, H.G.:
Confucius, the Man and the Myth
Star Editions - Londres, 1951
24. DAVIS, Garry:
My country is the World
Club Humaniste - París, 1967
25. DESROCHE, Henri:
Sociología de la esperanza
Herder - Barcelona, 1976
26. DJILAS, M.:
La sociedad imperfecta
Ariel - Barcelona, 1970
27. DOLCI, Danilo:
To feed the hungry
Creset - Londres, 1952
28. DUMONT, René:
Terres vivantes
Ed. Plon - París, 1961

29. DUVEAU, G.:

Sociologie de l'utopie

P. U. F. - Paris, 1961

30. FARB, Peter:

Man's rise to civilisation

Martin Secker and Warburg Ltd. - Londres, 1969

31. FARINE, Philippe:

Un mundo para todos los hombres

ZYX - Madrid, 1966

32. FARVAR, T. y MILTON, J.P.:

The careless technology

The Natural History Press - N. York, 1972

33. FAUST, Jean-Jacques:

Le Brésil, une Amérique pour Demain

Éditions du Seuil - Paris, 1966

34. FITZGERALD, C.P.:

Revolution in China

Creset - Londres, 1956

35. FROMM, Eric:

Avoir ou être?

Robert Laffont - Paris, 1978

36. GARCÍA MARTÍ, Victoriano:
Ensayo sobre la solidaridad
Rev. Archivos - Madrid, 1909
37. GALLOIS, Pierre M.:
Paradojas de la paz
Editora Nacional - Madrid, 1973
38. HABERER, N.:
Politicalization in science
American Ass. for the Advancement of Science -
Nueva York, 1972
39. HALL, Edward T.:
The hidden dimension
Doubleday and Co. Inc. - Nueva York, 1967
40. BEER, Friedrich:
Coexistencia, colaboración, resistencia
Fontanella - Barcelona, 1965
41. HUXLEY, Julian:
Essays of a humanist
The New American Library - Nueva York, 1959
42. JALÉE, Pierre:
Le pillage du tiers monde
Ed. François Maspero - París, 1970

43. JASPERS, Karl:

La bomba y el futuro del hombre

Taurus - Madrid, 1958

44. JUNGK, Robert:

Pari sur l'homme

Robert Laffont - París, 1971

45. KING, F.H.:

Farmers of forty centuries

University Press - Londres, 1947

46. KING, Martin Luther:

El clarín de la conciencia

Ayma - Barcelona, 1968

47. LACROIX, Jean:

Le Sens du Dialogue

Ed. de la Baconnière - Neuchâtel, 1944

48. LEBRET, L.:

Manifeste pour une civilisation solidaire

Éd. Économie et Humanisme - Caluire, 1959

49. LEBRET, L.:

Suicide ou Survie de l'Occident

Ed. Ouvrières - París, 1958

50. MARCEL, Gabriel:
Un changement d'esperance à la rencontre
du réarmement moral
Flon - Paris, 1958
51. MAROLLEAU, Jean:
La sociedad futura
P. U. F. - Paris, 1962
52. MASSÉ, Pierre:
Réflexions pour 1985
Ed. Laffont - Paris, 1964
53. MESAROVIC, Mihajlo:
La humanidad ante la enrucijada
2.º Informe al Club de Roma - Ginebra, 1974
54. MICHAEL, Donald N.:
The Unprepared Society
The New American Library - N. York, 1968
55. MILLARD, Everest Lee:
Freedom in a Federal World
Club Humaniste - Paris, 1966
56. MORRIS, W.D.:
The Christian Origins of Social Revolt
S. Allen and Unwin Ltd. - Londres, 1940

57. MYRDAL, Gunnar:

Solidaridad o desintegración

Fondo de Cultura Económica - México, 1962

58. NEEDHAM, Joseph:

The missing link in horological history

Proc. Royal Society - Londres, 1959

59. NEEDHAM, Joseph:

Science and civilisation in China

University Press - Cambridge, 1954

60. NIEBUHR, Reinhold:

Rumbos de la comunidad humana

Editorial Índice - Buenos Aires, 1964

61. PAULING, Linus:

La ciencia ante la amenaza nuclear

Ed. Aguilar - Madrid, 1960

62. PECCEI, Aurelio:

The chasm ahead

University Press - Londres, 1969

63. PERENA, Luciano:

Bien común y paz dinámica

Ibarra - Madrid, 1966

64. PERENA, Luciano:
En la frontera de la paz
Euroamérica - Madrid, 1961
65. PERROY, Henri:
L'Europe devant le tiers monde
Aubier - París, 1971
66. PIRENNE, Jacques:
Les Grands Courants de l'Histoire universelle
P. U. F. - París, 1954
67. FITCH, Georges:
Au bord du gouffre
P. U. F. - París, 1970
68. PRATT, J.T.:
The expansion of Europe into the Far East
Williams and Atwater Ltd. - Londres, 1947
69. RANDERS, JORGEN: y otros:
Halte à la croissance
L. Arthème Fayard - París, 1972
70. REDING, Dr.:
Sauver notre planète
Robert Laffont - París, 1966

71. REYNAUD, Paul:

Hacia los Estados Unidos de Europa

Editorial Colenda - Madrid, 1951

72. RIDWAY, Matthew B.:

No grounds for complacency

American Council on NATO - Nueva York, 1953

73. ROSTAND, Jean:

The Adventure of Mankind

Princeton - Londres, 1952

74. ROUS, Jean:

Chronique de la décolonisation

Éditions Presence Africaine - París, 1965

75. RUBIO GARCÍA, Leandro:

Hacia un nuevo orden internacional

Instituto de Estudios Políticos - Madrid, 1968

76. RUSSELL, Bertrand:

¿Tiene el hombre un futuro?

Ed. Aguilar - Madrid, 1963

77. RUSSELL, John:

World Population and World Food Supplies

Star Editions - Londres, 1960

78. SALOMON, J.J.:
The internationale of the science
Science Studies - Londres, 1971
79. SAUVY, Alfred:
Richesse et population
Club Humaniste - París, 1960
80. SCHNEIDER, Reinhold:
La paz del mundo
Dinor - San Sebastián, 1959
81. SCHOELCHER, Victor:
Esclavage et colonisation
P. U. F. - París, 1948
82. SHERRARD, Philip:
The Greek East and the Latin West
Oxford Univ. - Oxford, 1959
83. SOLLA PRICE, D.J.:
Little Science, Big Science
Columbia University Press - N. York, 1963
84. STRANG, James:
Home and Abroad
Tonbridge Printers - Londres, 1956

85. TAGORE, R.:
Nacionalismo
Sagitario - Barcelona, 1965
86. TAGORE, R.:
Hacia el hombre universal
Sagitario - Barcelona, 1967
87. THEOBALD, Robert:
Alternativas para el futuro
Kairós - Barcelona, 1975
88. TOULAT, Jean:
Espérance en Amérique Latine
S. O. S. - París, 1968
89. TOYNBEE, Arnold:
Guerre et civilisation
Gallimard - París, 1953
90. VARSAVSKY, C.M.:
Pugwash and underdevelopment
Pugwash Newsletter - Nueva York, 1970
91. VERDOODT, Albert:
Naissance et Signification de la Déclaration
Universelle des Droits de l'Homme
Nauwelaerts - Novaina, 1964

92. WARD, Barbara:

Los airados años setenta

Pareso - Madrid, 1970

93. WHYTE, L.L.:

The next development in man

Princeton - Londres, 1944

94. WHYTE, William F.:

The Street Corner Society

Boston University - Boston, 1947

95. WU SHAO-FENG:

"L'Europe créatrice"

on Comprendre, 1958

- - - - -

FE DE ERRATAS

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>D i c e</u>	<u>Debe decir</u>
59	última	Han	Han <u>pasado</u>
117	8	satisfaccía	satisfacía
151	12	con el la	con el <u>resto de la sociedad,</u> la...
221	5	caso en se	caso en <u>que</u> se
237	20	demagogia	demagogia
290	1	muchos ni para	muchos <u>casos</u> ni para

- - - - -



BIBLIOTECA